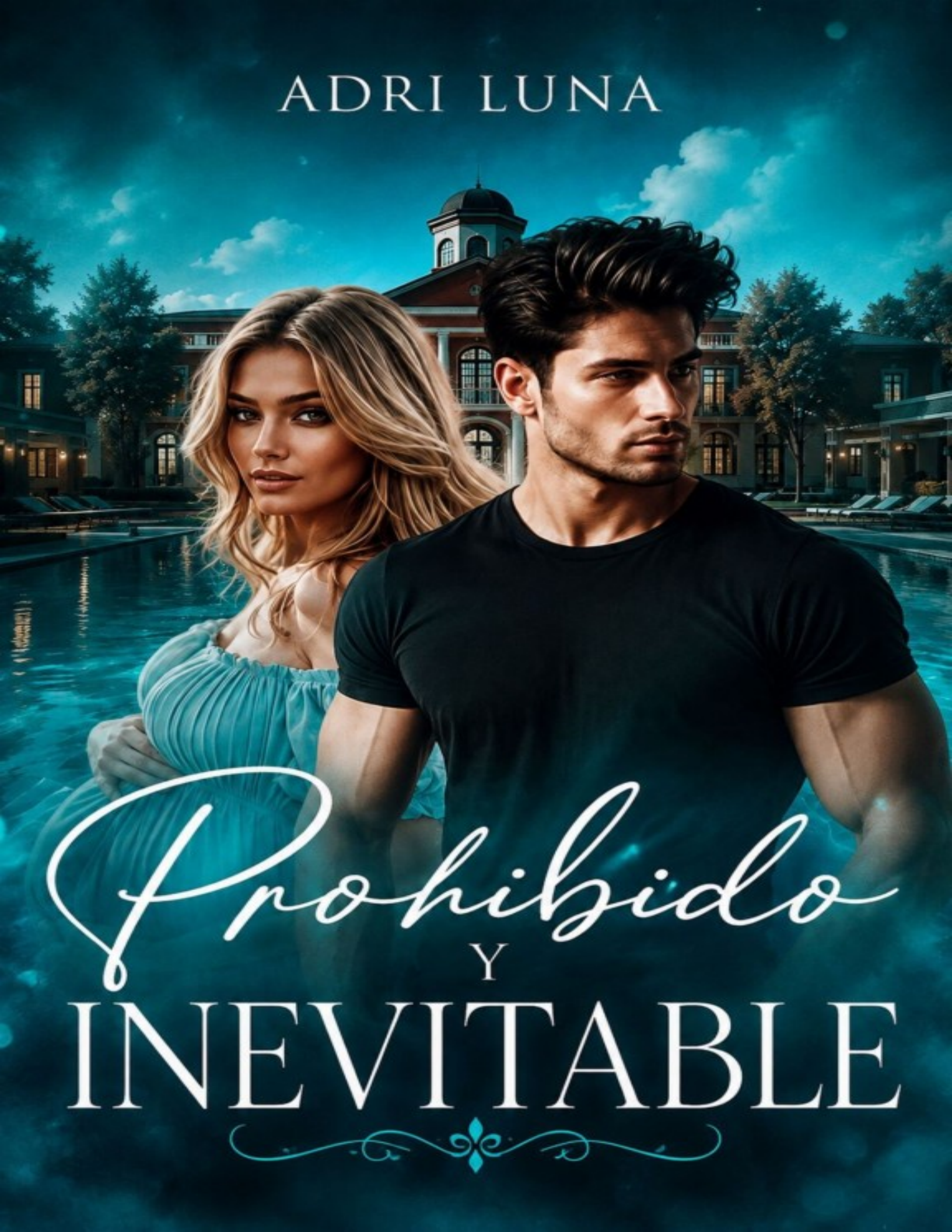
ADRI LUNA



Prohibido Y INEVITABLE

Copyright © 2024 Adri Luna

Revisión: Sonia Carvalho

Maquetación: Adri Luna

Lectoras beta: Carla Santos y Samanta Marinho

Libro registrado en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, en octubre de 2024. Recife – Pernambuco, Brasil, 2024.

Todos los derechos reservados. Informamos que todos los derechos de esta obra están reservados y protegidos por la Ley 9.610 del 19/02/1998. Ninguna parte ni personaje de este libro, sin la autorización previa de la autora por escrito y debidamente registrada, podrá ser reproducida o transmitida, independientemente del medio utilizado: electrónico, mecánico, fotográfico, grabación o cualquier otro.

Esta es una obra de ficción, cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

CONTACTO:

Correo electrónico: adrianalunagaldino@gmail.com

Instagram: @autoraadriluna

WhatsApp: Entrar al grupo

Índice

Nota de la autora

Dedicatoria

Sinopsis

Prólogo

01

02

03

04

05

06

07

08

09

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45

46
47
Epílogo
Agradecimientos

Nota de la autora

¡Hola, querida lectora!

Es un inmenso placer tenerte en una historia más de las mías y, para quienes acaban de llegar, ¡sean muy bienvenidos!

Esta historia nos lleva a un universo que suelo llamar «Universo Milani», un lugar de poder y muchísimo lujo. Los Milani son intensos en todo lo que hacen, son personajes especiales para mí y para muchas lectoras que me siguen desde el principio de todo, «cuando todo esto todavía era monte». Espero que se sientan inmersas en este universo creado por mí, para ustedes.

Me gustaría mencionar que esta es la primera pareja de la **serie Herederos del Imperio Milani**. Vendrán otras parejas intensas por ahí, y ya están presentes en este libro, así que espero que disfruten de la lectura mientras conocen a esta maravillosa familia.

Con cariño,

Adri Luna

Dedicatoria

Para quienes creen que lo prohibido siempre es lo más interesante. Para los lectores que, al igual que yo, creen que quien come callado, come dos veces.

Y, por supuesto, para todos los amigos que dijeron «que nunca funcionaría» y me aconsejaron buscar un trabajo de verdad. Estaban equivocados. Y estoy muy feliz de haberlo conseguido. Los Milani son un éxito y yo los creé mientras muchos me decían que escribir no valía la pena. Así que este libro es para ustedes, mis lectoras que están aquí desde cuando todo esto todavía era monte, y para todas las que están llegando ahora y me dieron la oportunidad de que conocieran mi trabajo. Las amo.

Sinopsis

Miguel Milani

Dicen que es imposible huir del destino, y yo lo intenté, intenté alejarme todo lo posible de donde la vida me había dejado. Fui adoptado a los cinco años por una familia de **multimillonarios**, **poderosos e influyentes.** El dinero nunca volvería a ser un problema, si al menos yo me sintiera digno de él. Creí que estaba lo suficientemente lejos, hasta que el destino decidió mostrarme quién tenía realmente el control. Y ese destino se llamaba Ana Clara.

Ella era todo lo que yo **debía evitar**: hermosa, de sonrisa fácil y extremadamente **sexy.** Al destino no le importa **lo que está bien o mal**, y me arrastró por un **camino sin retorno**. La besé al otro lado del mundo, sin saber que, al regresar a casa, **ella se convertiría en la mujer que me consumiría por completo.**

Ana Clara era **mi obsesión**. **Lo prohibido que se volvía irresistible**. Y ahora, con cada paso que doy, estoy atrapado en un **deseo imposible de controlar**, el deseo por la única persona a la que **no debería desear**. **Dejé embarazada** a la única mujer a la que **no debería tocar**. Y no era solo eso, Ana Clara era la hija del hombre que me acogió como a un hijo, un detalle que yo desconocía cuando la besé.

Prólogo

Miguel Milani

Cuando eres niño, la percepción de las cosas es limitada. A los cinco años, todavía no entendía muy bien lo que significaba tener un padre, porque, en mi corta vida, ya había tenido más padres de los que podía contar. Mi madre tuvo muchas relaciones, y cada uno de esos hombres asumió temporalmente el papel de padre. Pero nunca hubo nadie como Leonardo Milani. Mi madre hizo todo lo posible para garantizarme un lugar en aquella familia. Y funcionó. Leonardo creyó que yo era su hijo biológico y, durante un tiempo, yo también lo creí.

Fui registrado como hijo del hombre más poderoso del país, llevando el apellido Milani como si me perteneciera por derecho. Vivir con Leonardo me dio todo lo que jamás imaginé tener: seguridad, un hogar de verdad y a alguien que parecía preocuparse sinceramente por mí. Cuando enfermé de leucemia, Leonardo fue quien donó médula ósea y me salvó la vida. En aquel momento, era más que un padre para mí, era mi héroe.

Pero la verdad tiene una forma cruel de revelarse. Con el tiempo, descubrí que mi madre lo había manipulado todo, haciendo que Leonardo creyera que yo era realmente su hijo. El descubrimiento fue un golpe muy duro para mí, especialmente cuando supe que murió intentando matar a Samanta, la esposa de Leonardo. Todo se derrumbó de golpe. La mujer que me trajo al mundo intentó destruir a la única familia que había conocido.

Me alejé y devolví hasta el último centavo que Leonardo me enviaba como pensión. ¿Cómo podía seguir en aquella casa y aceptar su dinero sabiendo todo aquello? Aun así, el apellido Milani siguió conmigo, un recordatorio constante de lo que me vi obligado a dejar atrás.

Y ahora, aquí estoy, de regreso en la mansión Milani, el lugar que un día llamé hogar. Los autos de lujo siguen dominando el jardín, y la opulencia del lugar resulta asfixiante. Una presión inmensa me oprime el pecho mientras permanezco allí, inmóvil, luchando contra el deseo de huir. No debería estar aquí. Todo dentro de mí grita que es un error, que regresar significa reabrir heridas que nunca cicatrizaron. Pero no tuve elección, la necesidad me obligó a enfrentar los fantasmas del pasado y a volver bajo la protección del hombre que, durante mucho tiempo, creyó ser mi padre.

01

Ana Clara Milani

Cierro la última maleta con una sonrisa satisfecha. Tal vez nadie entienda cuánto salta mi corazón de euforia; por fin tendré la oportunidad de ser simplemente Ana. Pasaré un mes en Canadá, lejos de los guardaespaldas, de las miradas desconfiadas y de la presión que conlleva el apellido Milani. Por primera vez, podré ser yo misma, sin la sombra de mi legado.

Caminaré por las calles sin que me sigan guardaespaldas, iré a cafeterías sin preocuparme por quién pueda estar observándome y haré amigos que me conozcan como Ana, y no como «la heredera de los Milani». Tal vez incluso descubra quién soy de verdad, sin las expectativas que siempre me han rodeado. En Canadá, seré simplemente una estudiante de intercambio más, y eso me parece más liberador que cualquier riqueza que mi apellido pudiera ofrecerme.

—Papá, ¿quién va a llevarme al aeropuerto? —pregunto mientras arrastro una maleta que parece pesar más que yo.

—No veo motivos para tanta euforia —dice con desdén, apareciendo en la sala.

—¡Papá! —exclamo, mirando el reloj, consciente ya de que su intención es hacerme perder el vuelo.

—Leo, el auto ya está listo. Podemos ir cuando quieras. —Suspiro aliviada cuando mi madre entra en la sala, siempre con esa serenidad que la caracteriza. Ella es la voz de la razón, y sé que heredé eso de ella. Algún día, espero encontrar a un hombre que me ame tanto como mi padre la ama a ella.

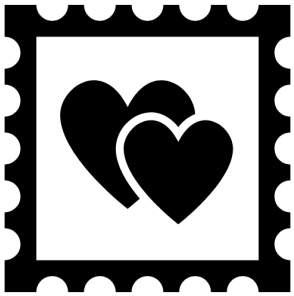
—¿Ustedes dos están conspirando contra mí? —pregunta, fingiendo frustración, aunque no logra ocultar su sonrisa divertida—. Mi niña me está abandonando.

—¡Vamos, Ana! Ya no soporto escuchar los lamentos de papá. Te juro que nunca voy a perdonarte por dejarme aquí aguantando todas sus quejas —dice Higor, uno de mis hermanos gemelos, mientras me quita la maleta de las manos como si pesara lo mismo que una pluma. Vivir con dos hermanos gemelos no ha sido fácil, desde el útero. ¡Imaginen compartir una casa! Son idénticos, pero mientras uno es malhumorado y se enorgullece de ser un bad boy, el otro es el típico chico popular y mujeriego. Aun así, los dos me aman y me protegen, y tal vez esa sea la mayor ventaja de ser la única chica de la familia.

El camino hasta el aeropuerto estuvo marcado por las innumerables recomendaciones de mi padre y por las insistentes advertencias de mi madre, pidiéndome que nunca dejara de contestar sus llamadas. Ella intenta disimular su tristeza, volviendo el rostro hacia la ventana mientras las lágrimas caen silenciosamente. Sé que no quiere que mi padre se dé cuenta de cuánto le duele la idea de que estemos lejos durante un tiempo.

Si él supiera cuánto le duele, sería capaz de cancelar mi viaje solo para evitar que derramara una lágrima más. La vida de mi padre siempre ha estado dedicada a una única misión: hacer sonreír a mi madre.

En el fondo, saben que algún día cada uno de nosotros seguirá su propio camino, pero también entienden que la sólida base que nos dieron es todo lo que necesitamos para enfrentarnos al mundo. Tengo a los mejores padres del mundo.



Desembarco con mi equipaje de mano y, al pisar la terminal, me recibe un escenario completamente distinto de aquel al que estaba acostumbrada; la sensación de libertad es innegable. Paso por inmigración y, al salir al vestíbulo de llegadas, una brisa helada me envuelve y me devuelve a la realidad. Sonrío al ver mi nombre en un pequeño cartel que sostiene un conductor al que mi padre había insistido en contratar, a pesar de que yo había dicho que quería hacerlo todo por mi cuenta.

—Bienvenida a Canadá, señorita Milani —dice con un marcado acento, y mi sonrisa se ensancha todavía más.

—Por favor, llámeme Ana —lo corrijo con amabilidad mientras me dirijo hacia el auto que me llevará a mi nuevo hogar temporal. Por fin estaba empezando a vivir la vida con la que tanto había soñado, lejos de las formalidades y las expectativas que conllevaba el apellido Milani. Aquí, yo era simplemente Ana, y eso era todo lo que necesitaba.

Estaciona en la universidad y me ayuda con las maletas, dejándolas en la entrada de la residencia. Entro en el edificio y el silencio es casi absoluto. Todo parece desocupado; el eco de mis pasos es lo único que llena el pasillo. Estamos en período de vacaciones, y los pocos que se quedaron, al igual que yo, están aquí para hacer cursos de verano.

Llego a mi habitación, tal como indica el papel que llevo en la mano, y abro la puerta con cierta expectación. El lugar es sencillo, pero acogedor, con muebles básicos y dos camas individuales

pegadas a la pared. Todavía estoy detenida en la puerta cuando escucho el sonido de las ruedas de una maleta resonando por el pasillo. Me vuelvo, curiosa, y veo a una chica sin aliento detenerse a mi lado. Parece haber librado una batalla contra las escaleras con aquella maleta, y su expresión de alivio al detenerse por fin resulta casi cómica.

—¡Uf! —exclama, soltando la maleta y apoyándose contra la puerta abierta—. Sabía que debería haber pedido una habitación en la planta baja...

Levanta la mirada y me ve por primera vez. Una sonrisa amistosa ilumina su rostro.

—¡Ah, hola! ¿Tú también estás aquí por los cursos de verano?

—Sí, acabo de llegar —respondo, devolviéndole la sonrisa—. Parece que seremos compañeras de habitación.

Se acerca, todavía un poco agitada, mirando el número de la puerta y el papel que lleva en la mano, y luego me tiende la suya.

—Soy Bruna. ¡Encantada de conocerte!

—Ana —digo, estrechándole la mano—. Encantada de conocerte también.

—Creo que esta maleta ha acabado conmigo —dice Bruna, riéndose mientras intenta recuperar el aliento—. Espero que no te moleste el desorden por ahora, voy a necesitar unos minutos para organizarme.

—No hay problema —respondo, observándola mientras deja caer la maleta al suelo y echa un vistazo rápido a la habitación—. Parece que vamos a compartir el espacio, así que tendremos que hacer algunos ajustes.

—Sí, estaba un poco nerviosa por eso —admite Bruna, acomodándose un mechón de cabello que le había caído sobre el

rostro—. Nunca he compartido habitación con alguien que no conozco, pero creo que nos llevaremos bien.

—Yo también lo creo —digo, sintiéndome ya más cómoda—. Es la primera vez que hago algo así. Quiero decir, estar tan lejos de casa.

Bruna sonríe, como si entendiera exactamente lo que estoy sintiendo.

—Yo también. Creo que eso es lo que hace que todo sea tan emocionante y aterrador al mismo tiempo, ¿no?

—Sin duda —coincido—. Pero es bueno saber que no estamos solas en esto.

Empieza a abrir la maleta, dejando al descubierto ropa doblada de forma casi impecable.

—Entonces, Ana, ¿de dónde eres?

—Soy de Brasil —digo, sonriendo—. Decidí venir aquí para aprovechar esta oportunidad única de ser libre durante un mes.

—¡Qué genial! —responde Bruna, entusiasmada—. Yo soy de Italia. Siempre soñé con estudiar en el extranjero y, cuando surgió esta oportunidad, no lo pensé dos veces.

—¡Italia! Debe ser increíble vivir allí —comento, imaginando las bellezas y la cultura del país.

—Sí, pero confieso que tenía muchas ganas de vivir esta experiencia en un lugar diferente. Conocer gente nueva, culturas nuevas... Como aquí, en Canadá, y ahora con una compañera de habitación brasileña —dice con una sonrisa amistosa.

—Es justo lo que estaba pensando —digo, correspondiendo a su sonrisa.

No tardo mucho en ordenar mis cosas y enseguida bajo con el mapa de la universidad en las manos, todavía intentando

entender dónde queda cada lugar. El campus es más grande de lo que imaginaba y, mientras camino por los pasillos, estoy tan concentrada en el mapa que apenas percibo el movimiento a mi alrededor.

De repente, doblo una esquina sin mirar bien y choco con fuerza contra alguien, haciendo que mis papeles y el mapa salgan volando de mis manos.

—¡Cuidado! —La voz es áspera e impaciente, y cuando levanto la mirada, veo a un chico alto, con expresión irritada, observándome con desdén.

—Lo siento, no te vi —respondo, agachándome rápidamente para recoger los papeles que han caído. Siento que el rostro me arde de vergüenza.

Él no hace ningún esfuerzo por ayudarme. Solo suspira, claramente molesto.

—Deberías prestar más atención por dónde vas —dice con voz fría—. Este lugar es grande, pero no es una pista de carreras.

Su grosería me toma por sorpresa y durante unos instantes me quedo sin palabras. Finalmente, recojo mis papeles y me pongo de pie, intentando mantener la compostura.

—Fue un accidente. No tenías que ser tan grosero —digo, irritada.

Me lanza una mirada breve, pero desconcertante, y nunca había visto a nadie tan guapo como él. Me quedo atrapada en sus ojos azules y me descubro recorriendo su cuerpo con la mirada, observando cómo la camisa marca los músculos definidos de sus brazos.

—¿Qué? ¿Vas a quedarte ahí mirándome?

—Estoy perdida, ¿puedes ayudarme? —pido, desesperada, quizá pensando en cómo disimular que lo he admirado más de lo

que debería. Pero, al mismo tiempo, estoy nerviosa, intentando descifrar el mapa de la universidad y encontrar el camino correcto cuando, por fin, decido tragarme el orgullo y pedirle ayuda.

—¿Ya te fijaste en la cantidad de gente que hay a nuestro alrededor? —replica, impaciente—. ¿Por qué quieres que te ayude yo? ¡Pregúntale a cualquiera!

Lo miro, sorprendida por su grosería. Observo a mi alrededor y ni siquiera hay tanta gente; veo a varios que parecen tan perdidos como yo. Vuelvo a mirarlo. Es guapo, demasiado guapo. Y el aroma amaderado que desprende me provoca una sensación extraña e inesperada. Estoy hipnotizada por él.

Y cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, siento algo diferente. Algo en él se suaviza y da un paso hacia mí, acortando aún más la distancia entre nosotros. Es como si el mundo a nuestro alrededor se detuviera y, de repente, me siento vulnerable, casi como si estuviera esperando que hiciera algo... algo que nunca antes había deseado.

Contengo la respiración, y él lo nota. Una ligera sonrisa se dibuja en sus labios, una sonrisa que me deja todavía más confundida y... con otra sensación que no sé cómo nombrar.

—¿Quieres que te bese? Supongo que eso es lo que quieres, pero no puedo dártelo —murmura—. Soy un hombre, y tú no eres más que una mocosa que debe rondar los diecisiete años.

Se aleja con una risa seca, borrando aquella sonrisa que me había dejado tan indefensa.

—Busca algo que hacer, mocosa —dice con seriedad.

Da media vuelta y se aleja rápidamente, dejándome allí de pie, con la respiración agitada y el corazón latiendo fuera de ritmo. ¿Qué fue eso que acabo de sentir? Nunca en mi vida había experimentado algo así, algo que no sé cómo definir ni explicar. Durante un instante, esperé y deseé que me besara.

02

Miguel Milani

Llego al apartamento que comparto con mi amigo, Ryan, un lugar que dentro de poco ya no podré pagar. Con apenas cien dólares en la cuenta y una lista interminable de facturas por vencer, mantenerme aquí sin trabajo se está volviendo imposible, aunque nunca esperé que fuera fácil.

—¿Conseguiste algún trabajo? —pregunta Ryan en cuanto pongo un pie en la sala.

—No. —Mi respuesta es breve, cargada de frustración.

—Si no hubieras devuelto todo el dinero que recibiste de tu padre durante todo este tiempo, ahora no estarías en esta situación.

—Él no es mi padre, y el dinero no es mío. Parece que entendió el mensaje, hace meses que no entra nada en mi cuenta.

Rayan suspira, sabiendo que discutir ese punto conmigo es inútil.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé... —murmuro, cerrando los puños con rabia—. No soy un adolescente, tengo que arreglármelas solo. Tenía otros planes para mi vida cuando llegara a los veinticuatro años y mírame ahora, compartiendo apartamento con un mocoso.

—Mocoso nada, solo soy tres años menor que tú.

—Y con la mentalidad de un chico de quince años.

—No exageres. A veces pareces un viejo y te pones peor que mi padre.

—Tu padre te cumple todos los caprichos, no exageres. —Él sonríe, dándome la razón, y yo respiro hondo intentando pensar en una solución—. ¿Crees que debería intentar hablar con Maya?

—Esa chica no vale la pena. Cree que puede tener todo lo que quiere, y parece que ahora lo que quiere eres tú, cueste lo que cueste. Es mejor que te mantengas lejos de ella.

—¡Que se joda! —exclamo, sin poder contener la rabia en la voz—. No pasó casi nada, estaba borracho y solo fue un beso.

—No va a hacerte la vida fácil, y lo sabes. Llevaba años detrás de ti; ni siquiera un beso estaba permitido en una situación así. Está enferma por ti.

Antes de que pueda responder, suena el timbre. Ryan y yo intercambiamos una mirada rápida antes de que él se levante para abrir. Regresa con un sobre en las manos, el rostro pálido.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Una citación judicial —dice, tendiéndome el sobre.

Abro el documento y sonrío con burla. Me están acusando de agresión y acoso sexual.

—¡Esto... esto es una locura! ¡Está mintiendo! ¡Eso nunca pasó!

Ryan se pasa una mano por el cabello mientras camina de un lado a otro.

—Lo sé, amigo. Pero tiene dinero, tiene influencias. Va a usarlo todo contra ti.

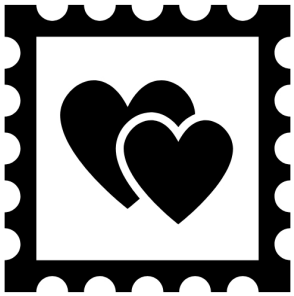
—¡No tengo ni un centavo para contratar a un abogado, mucho menos para enfrentar una batalla legal!

—Creo que ahora el dinero de tu padre vendría bastante bien.

—Él no es mi padre —digo irritado, ya estoy cansado de repetírselo—. Y no soy un adolescente para ir a pedirle refugio.

—Pero ahora te conviene que sea tu padre y que le pidas refugio, o te aplastarán como a un insecto.

Cierro los ojos por un momento, intentando ordenar mis pensamientos. La idea de pedirle ayuda a mi padre adoptivo me asfixia.



Pasan los días y sigo buscando una solución que parece no existir. Después de que me quitaran mi puesto de mentor en la universidad, todas mis demás actividades remuneradas también se esfumaron. Si este es su intento de hacer que me quede con ella, estamos avanzando en una dirección completamente opuesta. Cada día que pasa, la única salida que veo es pedir ayuda. Ya no tengo a nadie de mi lado aquí.

Estoy acostado en un banco, debajo de un árbol, intentando encontrar algo de paz. Tengo los ojos cerrados y las voces de fondo suenan amortiguadas, pero no puedo evitar escuchar fragmentos de la conversación de las chicas.

—Ah, Bruna, ¿crees que él va a fijarse en ti? —dice una de ellas, riéndose. Su voz es clara, un poco burlona.

—Lo sé, pero tiene algo diferente... —responde la otra, con un tono soñador. Parece estar enamorada.

Pongo los ojos en blanco detrás de los párpados cerrados, intentando ignorar la conversación. Pero antes de poder decidir si me levanto o me quedo ahí, siento una mano pesada sobre mi hombro. Lucho por no abrir los ojos y suspiro, irritado. Cuando finalmente los abro, veo a Ryan riéndose.

—¿Qué quieres, Ryan? —pregunto de mal humor.

No responde de inmediato, solo mira en dirección a las chicas, señalando a una de ellas, que está de espaldas a nosotros.

—Esa chica... ¿quién es? —pregunta, con una curiosidad evidente en la voz, aunque sin la menor idea de quién es.

Me paso una mano por los ojos, intentando espantar el sueño y la irritación.

—Son solo dos mocosas —digo, negando con la cabeza como si fuera algo obvio.

—¿Mocosas? —Arquea una ceja—. ¿Qué tendrán, dieciocho?

—Mocosas —respondo con sequedad, sin cambiar de opinión.

Ryan, siendo Ryan, no pierde el tiempo. Se levanta y va hacia las chicas, mientras yo me quedo en el banco, observándolo con una mezcla de aburrimiento y curiosidad. Se acerca a ellas con esa sonrisa engreída que siempre usa.

—¿Les gustan los juegos de mesa? —pregunta Ryan, intentando claramente mostrarse encantador.

Las chicas se miran entre sí y estallan en carcajadas. Casi siento lástima por mi amigo.

—¿Cómo que juegos de mesa? —pregunta una de ellas, todavía riéndose, aunque visiblemente intrigada.

—Vamos a hacer una pequeña fiesta en casa, con algunos juegos de mesa —explica Ryan; quizá ellas no lo sepan, pero en esos juegos todos terminan borrachos después de varios shots de tequila—. Pueden venir, si quieren.

Veo que una de las chicas se entusiasma con la idea. Sus ojos brillan, mientras la otra —a la que observo intentando recordar de dónde la conozco— desvía la mirada hacia mí. Intenta no quedarse mirándome, pero noto su interés.

—Ese es Miguel De Angelis, mi amigo y mentor. —Ryan me presenta con un gesto, y yo solo puedo negar con la cabeza.

«Me acuerdo de ella», pienso mientras analizo sus facciones. No tengo ganas de más problemas.

Ella suelta una risita baja, apenas disimulada. Escucho el comentario que hace más para sí misma que para los demás: —Entonces, ¿es él quien te enseña frases baratas para ligar?

Contengo una carcajada, tiene la lengua afilada y no niego que me gustan las lenguas cuando se usan de la manera adecuada. Miro a Ryan, que está completamente entusiasmado, aunque haya entendido la broma. Nunca se rinde.

—Intento enseñarle a no darles alas a las mocosas, pero ¿qué puedo hacer si a él le gustan? —digo, levantándome del banco y preparándome para irme.

—¿Mocosas? —repite la gatita de expresión desafiante, con una sonrisa divertida.

—Sí, mocosas —respondo, encogiéndome de hombros mientras me alejo.

Ryan, al darse cuenta de que estoy alejándome, les guiña un ojo a las chicas antes de correr para alcanzarme.

—¡Espero que consideren la invitación! —grita por encima del hombro, todavía intentando impresionarlas.

Yo solo niego con la cabeza, riéndome para mis adentros mientras me alejo, pensando en cómo Ryan siempre consigue meterse en estas situaciones.

—Espero que se te haya olvidado darles la dirección —me burlo.

—¿Crees que se me olvidó? —Se echa a reír—. Una para cada uno, vi cómo te miró su amiga.

—¿Viste? Me miró con burla. No quiero más problemas.

—No son de aquí, deben estar haciendo cursos de verano. Nos acostamos con ellas y luego se van.

—¡No quiero!

—Joder, estás insoportable.

—¿Insoportable? Me están demandando por acoso. Que se joda toda esta mierda, no quiero más problemas.

—Está bien, tienes razón, yo me quedo con la chica y tú te quedas tranquilo.

—Haz lo que quieras, solo mantenme lejos de los problemas.

—¿Ya hablaste con tu padre? —pregunta cuando estamos subiendo al apartamento.

—Todavía no he tenido el valor de llamarlo, ¿sabes cuánto tiempo hace que no hablo con él? Ni siquiera sé si todavía se acuerda de mí.

—Claro que se acuerda, dijiste que siempre te tuvo cariño.

—Intenté encontrar una solución durante días, pero... no hay otra opción. —Miro fijamente el número que comunica directamente con su despacho en la presidencia de la empresa, el único número que tengo, ya que después de tantos años quizá incluso haya cambiado su número de celular.

03

Ana Clara Milani

Me siento en el banco junto a la ventana de la residencia para atender la llamada de mi padre, mientras Bruna se arregla con entusiasmo para la fiesta. Intenté convencerla de lo contrario, pero al final fue ella quien terminó convenciéndome de ir. Estamos aquí para estudiar, pero también para divertirnos, y una fiesta parece un buen comienzo.

—Hola, papá —contesto con un tono animado.

—Estás muy animada, pensé que a estas horas estarías cansada después de todo un día de clases.

—Me está encantando todo, no consigo sentirme cansada.

—Quiero ver ese mismo entusiasmo cuando empiecen las clases.

—Cuenta con ello. —Sonrío—. Seré tu mayor orgullo.

—Ya lo eres. Pero dime, ¿todo está bien por ahí?

—Sí, estoy comiendo, durmiendo, estudiando. Todo está bien.

—Hija, ¿seguro que todo está bien? —La voz preocupada de mi padre resuena a través del teléfono. Mi padre es sobreprotector, y no solo conmigo por ser mujer, mis hermanos pasan por lo mismo a diario.

—Sí, papá, todo está genial —respondo, intentando sonar lo más convincente posible—. Las clases van bien y ya hice algunas amigas.

Miro de reojo a Bruna, que está esparciendo maquillaje sobre el pequeño escritorio de la habitación mientras tararea una canción

pop cualquiera. Se da cuenta de que la miro y me dedica una sonrisa cómplice antes de volver a concentrarse en el delineador.

—Me alegra oír eso, Ana. Sabes que, si necesitas cualquier cosa, puedes llamarme a cualquier hora, ¿verdad?

—Sí, lo sé, papá. Gracias. Pero ahora tengo que irme, debo prepararme para una reunión de estudio.

Decido omitir la parte de la fiesta; mi padre se pondría paranoico si supiera que voy a salir de noche.

—Está bien, entonces no te entretengo más. Cuídate, ¿sí?

—Claro. Buenas noches, papá.

Cuelgo la llamada y dejo escapar un suspiro de alivio. Mentir nunca ha sido mi fuerte, pero a veces es necesario para evitar preocupaciones innecesarias.

—¿Reunión de estudio? ¿En serio, Ana? —me provoca Bruna, sin apartar la mirada del espejo mientras se aplica un labial rojo intenso.

—Fue lo primero que se me ocurrió. —Me encojo de hombros, levantándome del banco y caminando hacia el armario—. Además, en cierto modo, estamos estudiando... estudiando las culturas sociales locales.

Bruna se ríe a carcajadas, casi corriéndose el labial.

—¡Esa estuvo buena! Ahora date prisa, elige algo bonito. No vamos a llegar tarde a nuestra primera fiesta, ¿verdad?

Abro el armario y observo mi ropa. Rebusco entre las prendas hasta encontrar un vestido negro básico que mi madre insistió en que trajera.

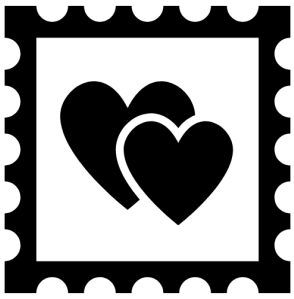
—¿Este sirve? —pregunto, sosteniendo el vestido contra mi cuerpo.

Bruna se vuelve para mirarme y abre mucho los ojos en señal de aprobación.

—¡Perfecto! Te va a quedar genial.

—Eso espero —murmuro.

No soy precisamente el tipo de persona que suele ir a fiestas, al menos no sin mis hermanos, pero quizá sea bueno salir de mi zona de confort.



Aproximadamente una hora después, caminamos por el campus en dirección al apartamento donde se está celebrando la fiesta. El sonido lejano de la música alta y las risas nos guía por el camino.

—Pensé que sería algo pequeño en un apartamento —digo mientras camino al lado de Bruna.

—Y lo era, pero parece que las cosas cambiaron.

—Entonces, ¿quién exactamente está dando esta fiesta? —pregunto, acomodándome la correa del bolso sobre el hombro.

—El mismo chico que conocimos, Ryan —responde Bruna, mirando el mapa y el camino frente a nosotras.

—Ah, sí, el maestro de los juegos de mesa —digo con una sonrisa sarcástica.

—No seas tan dura. Parecía simpático... y muy guapo —añade con un guiño.

—Reconozco que sí, es bastante guapo. En cambio, su amigo parecía más reservado y malhumorado. Hay algo en él que me intrigó.

Llegamos a la casa, que ya está abarrotada, y no sé si todos son estudiantes. Bruna me agarra de la mano y tira de mí hacia el interior antes de que pueda reconsiderarlo.

Por dentro todo es aún más caótico. Gente bailando, conversando, bebiendo. El aire está cargado con el olor a perfume, alcohol y un ligero toque de humo.

—¡Vamos a buscar algo para beber! —grita Bruna por encima de la música, arrastrándome hacia la cocina.

Mientras atravesamos la multitud, siento miradas curiosas sobre nosotras. No debería haberme puesto un vestido de Zimmermann. En la cocina, el chico pelirrojo de cabello rizado que ahora sé que se llama Ryan está sirviendo bebidas, sonriendo y conversando con un grupo de chicas.

—¡Miren quiénes decidieron aparecer! —exclama al vernos, ensanchando su sonrisa—. Bruna y...

—Ana —respondo con una sonrisa amable.

—Me alegra que hayan venido. Siéntanse como en casa. ¿Quieren algo de beber?

—¡Claro! —responde Bruna con entusiasmo.

Ryan nos entrega vasos rojos llenos de algún líquido de color. Lo huelo con cautela antes de darle un sorbo. Es dulce y fuerte, probablemente una mezcla de jugo con vodka.

—¿Y dónde está tu amigo? —pregunta Bruna, como si tuviera segundas intenciones con Ryan y no quisiera dejarme sola.

—¿Miguel? Ah, está por ahí en alguna parte, probablemente fingiendo que no se está divirtiendo. —Ryan se ríe, negando con la

cabeza.

Bruna comienza una conversación animada con Ryan, dejándome un poco de lado. Decido explorar la casa, intentando familiarizarme con el ambiente. Camino por la sala, observando a la gente divertirse, bailar y conversar.

Al acercarme al balcón, veo a Miguel apoyado en la barandilla, mirando el cielo nocturno mientras da un sorbo a su bebida.

Respiro hondo y decido acercarme.

—No es mucho tu estilo, ¿eh? —digo, deteniéndome a su lado.

Gira lentamente la cabeza hacia mí y me observa con esa mirada desdeñosa que suele dedicarme.

—Podría decir lo mismo de ti —responde, arqueando una ceja.

Me encojo de hombros, doy un sorbo a mi bebida y toso unas cuantas veces al sentirla fuerte.

—Bruna me convenció de venir. Pensé que podría ser divertido.

—¿Y lo está siendo? —pregunta con un tono neutro.

—Todavía no lo he decidido —respondo con una leve sonrisa.

Permanecemos en silencio durante un momento, ambos mirando el cielo estrellado. La música y el ruido de la fiesta parecen lejanos aquí afuera.

—Entonces, ¿te gustan los juegos de mesa? —pregunto, intentando romper el incómodo silencio.

Deja escapar una suave risa, la primera vez que lo veo esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Fue lo mejor que se le ocurrió a Ryan para invitarlas. En realidad, ni siquiera tenemos juegos de mesa aquí.

Me río, negando con la cabeza.

—Bueno, funcionó. Estamos aquí, ¿no?

Asiente, llevándose nuevamente el vaso a los labios.

—¿Y tú? ¿Te estás divirtiendo? —pregunto, curiosa.

—Las fiestas no son mucho lo mío. Pero Ryan insistió en que viniera.

—Parece que a los dos nos arrastraron nuestros amigos, entonces.

Me mira de nuevo y, esta vez, su mirada es menos fría, casi amable.

—Eso parece.

El silencio que sigue resulta cómodo esta vez.

—¿Quieres volver adentro? —ofrezco—. Quizá podamos encontrar algún juego de verdad.

—Vuelve tú. Hoy no tengo ganas de mezclarme con nadie. Y, sinceramente, no deberías estar bebiendo, todavía ni siquiera tienes edad para hacerlo.

—Mi padre no vino, así que, si tú no se lo cuentas, todo está bien.

Me recorre de arriba abajo con la mirada y luego fija los ojos en los míos.

—¿Quién te garantiza que no hay guardaespaldas vigilándote ahora mismo? Las chicas de aquí no suelen llevar un vestido que cuesta más de lo que un padre de familia gana en un año de trabajo.

—Es falso —respondo rápidamente—. ¿Nunca has oído hablar de las réplicas?

¿Qué diablos es esto? ¿Un hombre que entiende de marcas de ropa femenina?

Salgo del balcón y regreso a la sala, donde rostros desconocidos conversan. Debería integrarme, pero todavía no he decidido dónde encajaría. Vuelvo a mirar a Miguel, que permanece en el balcón, de espaldas a todo lo que sucede aquí.

—No deberías perder el tiempo con él, no se acuesta con nadie.

Levanto la mirada hacia el lugar de donde proviene la voz.

—Kevin —dice, tendiéndome la mano. Es alto, de cabello rubio y ojos muy azules, y mantiene una sonrisa engreída en los labios; podría jurar que es un mujeriego.

—Ana Clara —respondo a su apretón de manos, que él se empeña en terminar con un beso.

—¿Qué estás bebiendo? —pregunta como si fuéramos amigos íntimos. Lo miro con desconfianza.

—Perdona, solo me pareciste bonita y vine a hablar contigo. Voy a beber lo mismo que tú. Vodka, ¿verdad?

—En realidad, no voy a tomar otro vaso, me quedaré con este.

—Disfruta, solo se vive una vez, ¿no? —Se encoge de hombros con una sonrisa—. Voy a buscarte un refresco. Vuelvo enseguida.

Realmente regresa al poco tiempo. Ni siquiera tuve oportunidad de decidir hacia dónde escapar y ya está ahí, con un vaso en la mano. Empieza a conversar conmigo y me permito

relajarme un poco, observando a Bruna divertirse con Ryan. No quiero estorbar.

Minutos después, ya he bebido tanto refresco que me pregunto si podré volver a beber algo en los próximos meses. Intento levantarme, pero la cabeza me da vueltas y termino cayendo sentada otra vez.

—¿Estás bien? ¿Dónde vives? Puedo llevarte a casa, ¿o prefieres ir a la mía? —pregunta con un tono malicioso.

—Suéltame —susurro, sin fuerzas para protestar.

—Ella está conmigo. —Escucho la voz familiar del amigo de Ryan, cuyo nombre llevo intentando recordar desde temprano, pero siento alivio, no porque lo conozca bien, sino porque de alguna manera me siento protegida.

—¿Y dónde estuviste todo este tiempo? —pregunta el chico que está a mi lado, sujetándome el brazo con fuerza.

—No importa, ella está conmigo y punto.

—¿Ana? —Escucho la voz de Bruna—. Vámonos a casa.

—Si vuelves a tocarla, te voy a romper la cara. —Escucho una discusión que parece lejana.

—¿Solo tú puedes divertirte con las mujeres? —Es lo último en lo que consigo concentrarme antes de caer sentada en el sofá, escuchando sonidos confusos de puñetazos y patadas.

04

Miguel Milani

—Miguel, en serio, llévala a casa. La dejas en su habitación y yo sigo con su amiga, ¿sabes? —suplicó Ryan, intentando encontrar una solución para tener más tiempo con Bruna.

—¡No! No voy a salir en mi auto con una chica drogada, y mucho menos con una que ni siquiera tiene edad para beber —respondí, con la voz cargada de frustración.

—Está bien, entonces vamos en mi auto —dijo Ryan, decidiendo tomar las riendas de la situación.

—¡Qué carajo! Llévalas tú, dejas a la chica en su habitación y listo. Quédate con su amiga, ella ni siquiera se va a enterar —repliqué, tocándome las heridas de la boca e intentando mantener la calma—. Ese hijo de puta. ¿Y esta chica es tonta o qué? ¿Su padre no le enseñó a no aceptar bebidas de desconocidos?

—Te importa, porque si no fuera así, no habrías recibido unos cuantos golpes por ella.

—No recibí unos cuantos golpes por ella. Todavía no sé por qué me meto en tus líos, ya no soy un mocoso y encima está toda esta mierda con Maya.

Tiene razón, me importó, pero porque jamás permitiría que abusaran de ella. Mis instintos me gritaban que protegiera a aquella chica, aunque apenas la conociera.

—Déjame encargarme de esto —dije, acercándome a Ana e intentando ser lo más cuidadoso posible. La ayudo a levantarse y camina tambaleándose a mi lado—. Ryan, tú vienes conmigo en el auto con su amiga.

—Está bien, Miguel —aceptó Ryan.

La ayudé a acomodarse en el asiento trasero y entré en el auto, comenzando a conducir hacia su residencia. Estacioné y la tomé en brazos.

—Bruna, espera. —Rayan le tomó la mano, impidiendo que me siguiera—. Miguel la deja allí, no te preocupes. Quedémonos aquí un poco más.

—No tienes que quedarte si no confías —digo con voz fría.

—Es la habitación 102. Subo enseguida —responde, apoyándose contra el auto y quedándose al lado de Ryan.

Respiro hondo y comienzo a subir las escaleras.

—Carajo, pesas más de lo que imaginaba.

Llego al piso sin aliento y encuentro la puerta de la habitación 102. La apoyo contra la pared para abrir la puerta y el contacto entre nuestros cuerpos es inmediato. Su cuerpo presionado contra el mío, incluso en su estado de vulnerabilidad, despierta una oleada de sensaciones en mí, algo que no esperaba. Su respiración caliente golpea mi cuello, y el leve roce de su cuerpo contra el mío hace que mi propia respiración falle por un instante.

Mientras mis dedos luchan con la cerradura, es imposible ignorar su cercanía. Su perfume dulce, mezclado con el calor de su cuerpo, me envuelve, y siento que mi corazón se acelera.

Cuando por fin consigo abrir la puerta, la acomodo con cuidado en la cama.

—¿En serio tengo que hacer de niñera? Más vale que bebas agua —digo como si estuviera lo bastante consciente para entenderme.

—*¡Mierda!* —Su voz sale arrastrada, casi en un susurro, y se levanta tropezando con sus propias piernas al mismo tiempo que

escucho un ruido en el baño y, enseguida, el sonido de alguien vomitando. Entro y está desplomada en el suelo.

—Creo que será mejor llevarte al médico.

—Dame un poco de agua —pide, y la levanto del suelo, ayudándola a volver a la cama.

—¡Ah, mierda! —exclamo al chocar con la mesa y derramarme el agua encima. Vuelvo a llenar el vaso, le entrego el agua y me quito la camisa mojada. La miro y veo que tiene los ojos fijos en mí—. ¿Qué estás mirando? —pregunto, irritado por tener que hacer de niñera de una mocosa.

—Eres todavía más guapo sin camisa, ¿lo sabías? —dice con una sonrisa lánguida, los ojos todavía fijos en mi abdomen.

Frunzo el ceño y contengo una sonrisa.

—Parece que vomitar te hizo bien, ahora pareces más lúcida.

—Sí, creo que lo estoy —responde sin apartar los ojos de mí, como si midiera cada centímetro de mi cuerpo.

—Ahora acuéstate y duerme —ordeno mientras me alejo.

—Miguel De Angelis —dice y sonríe. Detengo mis pasos y vuelvo a mirarla.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto, arqueando una ceja.

—Nada, es que estaba intentando recordar tu nombre, no quería preguntártelo porque parecería interesada.

—¿Y lo estás?

Se levanta, tropezando con su propia pierna, y la sujeto antes de que llegue al suelo.

—Joder, ¿puedes quedarte sentada? —Me mira, todavía con una expresión aturdida y confusa, y entonces empieza a acariciarme

el rostro con la mano libre—. Tu boca es tan suave —murmura, recorriendo con los dedos el contorno de mis labios.

Intento retroceder, acaba de vomitar. Pero, por un momento, me quedo inmóvil. Se pone de puntillas, todavía apoyando todo el peso de su cuerpo sobre el mío. Entonces nuestros labios se tocan.

—¿Qué mierda estás haciendo? —murmuro.

—Mañana seguramente no voy a recordar nada, así que aproveché para hacer lo que tenía ganas de hacer.

—No soy un mocoso que anda dando besos. Así que nunca vuelvas a besar a un hombre cuando estés sola con él en una habitación. —Mis palabras se pierden cuando se queda dormida entre mis brazos.

La miro, todavía intentando procesarlo todo, y dejo escapar un suspiro frustrado. Puede que mañana ella no recuerde nada de esto, pero yo sí, sobre todo porque me besó después de haber vomitado todo en el baño.

05

Ana Clara Milani

Los días se arrastraron, y los flashes de aquella noche seguían apareciendo en mi mente, yendo y viniendo como una pesadilla que no conseguía olvidar. Dios mío, lo besé. Y después de haber vomitado, no podía ser más vergonzoso. Cada vez que pensaba en eso, mi vergüenza no hacía más que aumentar. Por otro lado, agradecía enormemente no haberme cruzado con él desde entonces, aunque una parte de mí quería encontrarlo y fingir que no había pasado nada, como si pudiera alegar una conveniente amnesia.

Mientras tanto, Bruna sigue firme con sus encuentros con Ryan. Los dos parecen encajar perfectamente. Claro que no tuve el valor de preguntarle por Miguel. La simple idea de hacerlo me revuelve el estómago, y no por el recuerdo del vómito.

—Voy a encontrarme con Ryan, ¿qué te parece si vienes conmigo? —pregunta Bruna, intentando sonar casual, pero queda claro por su tono de voz que quiere mucho que vaya.

—¿Y quedarme estorbándolos? —Niego con la cabeza—. Ni hablar.

—Ana, está organizando una despedida. Nos vamos dentro de dos días.

—¿Una despedida? —repito, sintiendo un repentino interés.

—Sí, será algo pequeño en su apartamento —dice Bruna, observando mi reacción.

Me muerdo el labio, dudando.

—¿Qué pasó realmente aquella noche? —vuelve a preguntar, con la insistencia que ya esperaba.

—Ya te dije que nada —respondo, intentando mantener la calma, pero mi voz sale más alterada que las otras veces.

—Ya... pero él bajó sin camisa y parecía bastante alterado. Entonces, ¿quieres que crea que no pasó nada? No sé qué ocurrió, pero estabas muy borracha. Incluso temí que...

—¡Él no hizo nada! —la interrumpo rápidamente, antes de que pueda sacar conclusiones equivocadas. Suspiro y suelto la verdad antes de perder el valor—. Yo lo besé.

Bruna abre los ojos de par en par y una sonrisa traviesa se extiende por sus labios.

—¿Antes o después de vomitar?

—¡Bruna! —exclamo, empezando a caminar por la habitación como si buscara algo que hacer con las manos.

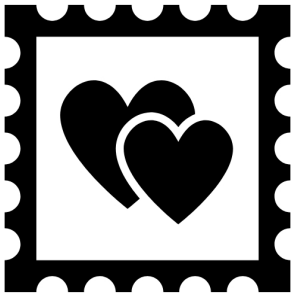
—¡No me lo puedo creer! —Se echa a reír, claramente divirtiéndose con la situación.

—¿Ahora entiendes por qué no quiero ir?

—Solo finge que no recuerdas nada.

—Pero él seguro que lo recuerda.

—Pero es nuestra última fiesta juntas. —Junta las manos y me lanza una mirada suplicante, y yo cedo.



Miguel Milani

Respiro hondo antes de cerrar la última maleta, mientras un dolor agudo me atraviesa el pecho. No estoy preparado para volver a la casa de los Milani, nunca lo estaré, ese jamás fue mi plan.

El sonido del teléfono vibrando interrumpe mis pensamientos. Es Lucas, mi amigo que está a punto de graduarse en Derecho. Siempre ha ido directo al grano, y sé que esta conversación solo empeorará la presión que siento en el pecho.

—Miguel, tenemos que hablar de tu caso —dice en cuanto contesto.

—Te escucho —respondo, sentándome en el borde de la cama.

—La situación con la acusación de acoso es grave, Miguel. Sin el apoyo de una familia influyente, las cosas pueden complicarse todavía más. Tienes un apellido poderoso, pero nadie lo sabe. Y sé que siempre quisiste mantener esa distancia, pero ahora tenemos que pensar estratégicamente.

—Entiendo lo que estás diciendo, Lucas, pero no estoy preparado para volver. No quiero que piensen que estoy utilizando el apellido para salir de esto.

Lucas suspira al otro lado de la línea, y ya estoy preparado para escuchar que no tengo ninguna posibilidad si no lo hago de esa

manera.

—Miguel, respeto mucho tu postura, pero este podría ser un momento en el que necesites reconsiderarla. No sé exactamente qué ocurrió entre ustedes, pero ahora no estamos hablando solo de tu orgullo. Estamos hablando de una situación que podría arruinarte la vida.

Hace una pausa antes de continuar.

—Tu padre tiene recursos e influencia que podrían ser cruciales ahora. Públicamente, nadie necesita saber quién eres realmente, pero el hecho de que tengas una base familiar sólida y un apoyo que vaya más allá de amigos y conocidos podría marcar la diferencia. Sé que la relación con tu padre no es fácil, pero está dispuesto a ayudarte. Volver con él no es una debilidad, Miguel. Puede ser la estrategia correcta.

Aunque ya tengo las maletas listas, todavía no he hablado con Leonardo, lo he pospuesto durante todos estos días.

—Está bien, Lucas. Voy a hablar con él. Veremos qué pasa a partir de ahí.

—Estoy aquí para lo que necesites, Miguel.

Después de colgar, me quedo mirando la maleta, ahora con el corazón todavía más pesado. Volver significa mucho más que simplemente buscar ayuda. Significa enfrentarme a mi pasado, a mis decisiones y aceptar que no puedo lidiar con esto solo.

Marco el número de la tarjeta arrugada que guardo desde hace años, desde que vine a Canadá. El número conecta directamente con su despacho, y siento que mi cuerpo se estremece con cada tono.

—¿Hola? —Su voz resuena al otro lado de la línea, firme, segura, el tipo de voz que hace que cualquiera se detenga a escuchar. Mis manos empiezan a temblar y, por un instante, la voz

desaparece de mi garganta—. ¿Hola? —repite, esta vez con una ligera preocupación en la voz.

—Hola —consigo decir, con la voz entrecortada, casi quebrándose.

—¿Miguel? —Reconoce mi voz al instante, como si los años que han pasado desde que me fui de allí no hubieran cambiado nada. Sigo siendo el niño que se marchó aferrado a su padre biológico, dejando atrás una casa que siempre fue mucho más que simples paredes y un techo.

Me quedo en silencio, intentando encontrar el valor para continuar. Es como si pudiera sentir mi vacilación, como si supiera exactamente lo que pasa por mi cabeza, incluso a la distancia.

—Puedes venir cuando quieras —dice con voz firme. Es como si estuviera leyendo mis pensamientos.

—Será solo por un tiempo —respondo, con la voz arrastrada por la culpa y por el miedo de ser una carga, de no ser digno.

—El tiempo que necesites —replica sin vacilar—. ¿Pasó algo?

—Sí, pero no hice nada malo —confieso, sabiendo que, si hay alguien en el mundo que cree en mí, es él.

—Lo sé, Miguel. Confío en ti. Ven, yo lo resolveré todo, sea lo que sea —la seguridad de su voz me da confianza, como si fuera capaz de enfrentarse al mundo entero por mí, sin pensarlo dos veces.

—Yo... no tengo dinero para el boleto de avión —admitirlo es como tragar pedazos de vidrio. Es humillante, y la vergüenza arde dentro de mí.

—¿Cómo? ¿No estás recibiendo el dinero que envío todos los meses? —La sorpresa en su voz es genuina, casi de conmoción.

Nunca dejó de cuidar de mí, ni siquiera desde lejos, ni siquiera después de todo.

—Hace un tiempo que no lo recibo... lo devolví tantas veces que pensé que... —intento explicar, con la vergüenza asfixiándome, pero me interrumpe antes de que pueda terminar.

—¡Nunca! —exclama, y la fuerza de su voz me hace estremecer—. Nunca te dejaría sin lo que te corresponde por derecho.

La realidad es que sé que no tengo derecho a nada. No soy su hijo biológico, no llevo su sangre en las venas. Pero él siempre insiste en tratarme como si lo fuera. Como si yo fuera tan importante como cualquier heredero legítimo.

—Haré que depositen el dinero ahora mismo. Samanta estará feliz de tenerte de vuelta —dice sin siquiera pestañear. Como si, para él, yo fuera más importante que cualquier otra cosa que tuviera que resolver durante su día.

—Necesito contarte lo que está pasando —intento insistir, sintiendo la necesidad de ser sincero, de no ocultarle nada.

—No. Ven y hablamos —me corta, con un tono firme, pero lleno de una ternura que me obliga a tragar saliva—. No te preocupes por nada, eres un Milani. Apuesto a que nadie ahí lo sabe, pero van a descubrirlo.

Y ahí está la verdad. Para el mundo, soy solo uno más. Pero para Leo, soy un Milani. Y eso significa que, aunque no sea su hijo biológico, siempre tendré un lugar a su lado. Aunque intente distanciarme, nunca permitirá que me pierda.

Escucho que llaman a la puerta y no recuerdo estar esperando a nadie.

—Llegaron —Ryan entra animado por la puerta de mi habitación.

—¿Quiénes?

—Mi gatita y su amiga.

06

Miguel Milani

Me levanto y voy hacia la sala, donde la mesa está repleta de aperitivos y bebidas. Las botellas de alcohol brillan bajo la suave luz de las lámparas.

—¿Alcohol? —digo con desaprobación al ver las botellas.

—Relájate, las chicas no van a beber, a menos que quieran.

—¡No! —digo, decidido, mientras empiezo a recoger las bebidas—. No necesitamos más problemas hoy.

Las chicas entran en la sala, lanzando miradas curiosas a su alrededor.

—¿Qué les dijiste? —le susurro a Ryan, intentando entender la situación.

—Que era una fiesta de despedida —responde con un tono triste—. Se van pronto, igual que tú.

—Yo tampoco estoy feliz de tener que irme —confieso, con la voz más apagada de lo que me gustaría.

—Pensé que habría más gente —dice Bruna, deteniéndose junto a Ryan, que deposita un beso rápido en sus labios.

Ana, sí, ese es el nombre de la chica de cabello largo y mirada segura que está justo frente a mí. Se viste de manera delicada, siempre con un aire dulce, aunque sus expresiones revelan que, detrás de esa fachada, esconde algo que definitivamente no quiero conocer. No puedo seguir metiéndome en problemas con estas niñas mimadas. Baja la mirada en cuanto nuestros ojos se encuentran.

—¿Cómo estás? —pregunto con naturalidad.

—Bien, ¿y tú?

—Voy a mostrarle unas cosas a Bruna, volvemos enseguida —dice Ryan, llevándose a la chica hacia su habitación.

Y ahora estamos solos, como la otra noche. Ana se sienta en el sofá, sus movimientos son gráciles, es el tipo de mujer que evito. Tomo una bebida, necesito algo con lo que ocupar las manos, la mente. Voy hasta el balcón, buscando el frescor del final de la tarde para tranquilizarme, pero ella no tarda en seguirme.

—Perdóname por la otra noche —empieza, con la voz baja, casi en un susurro.

—Deberías tener más cuidado —digo, sin dirigir la mirada hacia ella.

—Sí, no fui muy inteligente —admite, algo incómoda—. Una vez más, gracias.

—Lo habría hecho por cualquiera.

—Sí, imagino que sí. Eres así... cerrado, pero pareces alguien en quien se puede confiar.

—No siempre —respondo, con la voz más áspera de lo que pretendía—. A veces tengo ganas de besar y agarrar mujeres, arrojarlas sobre mi cama solo para satisfacerme.

Ella se ríe, un sonido bajo y provocador, y desvío la mirada para observarla.

—Pero apuesto a que pides permiso.

La miro, el vestido holgado y fino revelando más de lo que debería. Aparto la mirada, intentando resistir la tentación que está justo frente a mí. Pero es una batalla perdida.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto, dando un sorbo a la bebida que tengo en la mano, antes de dejarla sobre la mesa a mi lado.

Se ríe otra vez, una risa que me provoca todavía más.

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo dímelo.

—Dieciocho.

La palabra resuena en mi mente. Dieciocho. Todavía es tan joven. Solo deberías darle la espalda y volver a tu habitación, Miguel. Me muevo, alejándome de donde estoy, debería ir a mi habitación, pero me detengo detrás de ella. Ana se vuelve para mirarme, con los ojos clavados en los míos, y no consigo apartar la mirada.

—Te vas de aquí dentro de dos días, y la probabilidad de volver a verte es prácticamente nula —digo, con la voz más ronca.

—¿Y qué? —susurra, con los labios a pocos centímetros de los míos.

«Y qué, si sabes lo que quiero».

—Entonces, ¿por qué no? —murmuro, mientras apoyo las manos en la barandilla del balcón, atrapándola contra mi cuerpo. Ella no retrocede; al contrario, se inclina hacia mí, con los labios entreabiertos, esperando lo que ambos sabemos que va a suceder.

Nuestros labios se encuentran en un beso hambriento. La sensación de su piel contra la mía, el calor de su cuerpo, el sabor de su boca, todo es intensamente enloquecedor, haciéndome perder el control que tanto valoro.

Ana se entrega al beso, sus manos se enredan en mi cabello, atrayéndome aún más. La aprieto contra mí, sintiendo cada curva de su cuerpo a través de la fina tela del vestido. El calor del momento

se apodera de mí y deslizo los labios hasta su cuello, su piel suave contra mi boca. Ella deja escapar un suspiro tenue, animándome a continuar. Mis instintos toman el control y mis manos recorren su espalda hasta alcanzar la curva de su cintura. Encaja perfectamente entre mis brazos, como si hubiera sido hecha para eso. Pero la intensidad del deseo va más allá de lo que imaginaba y, sin pensarlo, dejo que mi mano descienda todavía más, envolviendo y apretando su trasero, atrayéndola aún más contra mi erección.

Su cuerpo responde, arqueándose ligeramente mientras nuestras respiraciones se mezclan. Sus manos aprietan mis hombros, aferrándose mientras continúo explorando cada centímetro de piel expuesta. El deseo en sus ojos, la forma en que se mueve contra mí, todo grita por más, y siento que estoy a punto de perder el control.

Pero una parte de mí todavía lucha por conservar un mínimo de cordura. Mis pensamientos me llevan hasta Maya y me detengo sin previo aviso. Tengo la respiración agitada. *Qué carajo*, ya estoy demasiado jodido como para meterme en otra mierda.

—¿Quieres beber algo? —pregunto, alejándome.

—Agua —dice, dándome la espalda con la respiración pesada.

Paso junto a ella y regreso pocos segundos después con el agua. Me duele la polla y las ganas de terminar lo que empezamos me consumen. *¿Qué me lo impide?*, grita mi mente. Yo quiero, ella quiere. Me muerdo el labio, todavía intentando controlarme.

—¿Dónde vives? —pregunto, intentando desviar la atención —. Déjalo, no quiero saberlo —digo antes de que responda.

—¿Por qué actúas como si me tuvieras miedo?

—Créeme, me tengo miedo a mí mismo, no a ti. Y tú también deberías tenerlo.

Escucho a Ryan carraspear detrás de mí y agradezco que me haya salvado de mis instintos.

07

Ana Clara Minali

Me despido de Bruna con un nudo en la garganta y le prometo que visitaré Italia pronto. Aunque podría pasar fácilmente un fin de semana allí y regresar a clases el lunes, como si hubiera visitado la ciudad vecina. Pero mis repentinas ganas de ir a Italia despertarían las sospechas de mi padre sobre si estoy involucrada con alguien allí, lo cual no es cierto. Ni siquiera conseguí novio en Canadá, pero si Miguel me lo pidiera, consideraría vivir viajando de un país a otro solo para verlo. En el fondo, me estoy despidiendo de alguien a quien conocí hace poco, pero que se convirtió en una de mis mejores amigas.

En cuanto el avión aterriza, el calor sofocante de mi país tropical me envuelve, e inmediatamente me quito el abrigo que me acompañó durante todo el viaje. Mis ojos recorren el aeropuerto en busca de mi padre. Es fácil encontrarlo: su presencia es inconfundible, además de que basta con seguir las miradas de los guardaespaldas distribuidos por el lugar.

—¡Bienvenida de vuelta, hija! —Me abraza y me levanta del suelo.

—Gracias, papá —respondo.

—Qué bueno tenerte de vuelta, cariño. —Mi madre me abraza justo después.

—Tienes cara de haber hecho alguna travesura. ¿Oíste, papá? Tiene cara de traviesa —dice Hiago, y le doy un codazo.

—No hice nada, no seas idiota.

—¿Y cómo estuvo el viaje? —pregunta mi madre mientras nos acercamos al estacionamiento. Veo a Higor vestido

completamente de negro, ignorando el calor insoportable. Está apoyado contra el auto con su habitual cara de fastidio.

—Fue increíble, perfecto, ahora solo quiero descansar hasta que empiecen las clases en la universidad...

—¿Volviste? —dice Higor con desdén, abriéndome la puerta.

—Sí, para tu desgracia todavía tienes una hermana.

—Eres insoportable, podrías haberte quedado allá.

—¿Y dejarte consumiéndote de la nostalgia que jamás admitirías sentir? Todavía tengo mucho que vivir por aquí.

Solo levanta un lado de los labios, porque sonreír no es precisamente su especialidad. Al contrario de Haigo, que siempre lleva una sonrisa amable en los labios.

—Tengo una sorpresa para ustedes —dice mi padre, poniéndose al volante y, por la mirada que mi madre le dirige, no imagino que sea la mejor de las sorpresas.

Higor sonríe con burla, siempre parece saberlo todo antes que Hiago y yo, quizá simplemente está más pendiente de todo lo que ocurre a nuestro alrededor.

—Ya les adelanto que no estoy dispuesto a aceptar a nadie como hermano, porque además él no lo es.

—¿Hermano? ¿De qué estás hablando? —pregunto frunciendo el ceño.

—Higor, ya hablamos de esto —dice mi padre con voz dura.

—¿Y qué? Aun así, no quiero a un extraño como hermano. Ese mocoso ya ha causado demasiados problemas.

—¿Qué problemas? ¿Cómo que problemas? —pregunto. Él realmente parece saber mucho más que Hiago y yo; Hiago

simplemente cerró los ojos y se puso los auriculares en cuanto surgió la conversación en el auto.

—¡Basta, Higor!

—Leo, todos tendrán tiempo para adaptarse —dice mi madre con voz tranquila y con esas manos mágicas que solo necesitan tocar a mi padre para que respire y vuelva en sí.

Cuando llegamos a casa, nada ha cambiado, todo está exactamente igual que el día en que viajé. Excepto la habitación junto a la mía, que están preparando.

—¿Qué significa esto? —le pregunto a Hiago, que se detiene frente a la puerta de su habitación y estudia mi reacción.

—Nuestro hermano, el que se fue con su padre biológico, va a volver. Ya no es una sorpresa como papá pretendía hacerlo parecer. Ahora es bastante obvio, y eso irrita a Higor. Sabes cuánto lo odia. En el fondo, se cree el más importante solo porque nació unos segundos antes, pero nunca consiguió sentirse como el primero en el corazón de papá. Y sabe perfectamente para quién será la presidencia en cuanto nuestro padre se jubile.

—Pero eso no cambia nada, siempre supimos de su existencia, y nuestro padre nunca ocultó que todo se dividiría entre los cuatro.

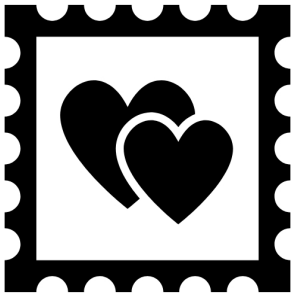
—¿Estás bien con eso? —pregunta Higor, atravesándose frente a nosotros mientras va hacia su habitación.

—No me importa.

—Es un estafador igual que su madre y nuestro padre se arrepentirá de haberlo metido en nuestra casa.

—Entra en tu habitación y descansa, la noche será bastante movida. —Hiago sonríe y vuelve a ponerse los auriculares antes de entrar en su habitación.

Me dejo caer sobre la cama, desconectándome de todo ese drama familiar que no me interesa en lo más mínimo, y vuelvo al día en que besé a Miguel en el balcón. Debería haberle pedido su número. Abro el celular y busco a Ryan entre las redes sociales de Bruna, y no tardo en encontrarlo. Ahora solo necesito encontrar a Miguel y listo. Dejo el teléfono a un lado, decepcionada, cuando no encuentro nada. ¿Cómo puede alguien no tener redes sociales?



Me despierto con el viento frío que entra por el balcón abierto. Ya pasan de las seis, y me levanto para darme una ducha rápida. Mi padre nunca me perdonaría si decidiera actuar como Higor y desafiar su decisión de traer al chico de vuelta a casa.

Después de la ducha, elijo un vestido ligero y bajo las escaleras. La casa está tranquila, con una calma casi extraña. Nuestro hermano todavía no ha llegado, así que me dejo caer en el sofá a esperar.

—¿Emocionada? —pregunta Hiago mientras baja las escaleras.

—Tranquila —respondo con una sonrisa—. ¿Cómo se llama nuestro hermano? —pregunto, haciendo un esfuerzo por recordarlo.

En ese momento la puerta se abre, y mi padre entra con una amplia sonrisa, realmente feliz, junto a él, el hombre que está muy lejos de ser el niñito que mis padres recuerdan.

—Miguel De Angelis, o mejor dicho, Milani —susurra Haigo con burla junto a mi oído—. Mi cuerpo se hiela antes incluso de que

consiga verle el rostro.

08

Miguel Milani

Momentos antes…

Bajo del avión con un peso enorme sobre los hombros. Hacía años que no sentía el clima de aquí y lo había extrañado. El sol todavía está presente en el cielo, aunque no tardará en ponerse. No traje muchas cosas, unos cuantos pantalones y camisas fueron suficientes, sé que difícilmente podré usarlos si quiero encajar en la familia.

—Todavía no puedo creer que hayas venido —la voz de Leonardo me hace volverme hacia él. Antes de que pueda decir nada, me abraza con fuerza.

—¿Cómo me reconociste? —pregunto, como si él no fuera el hombre al que siempre he considerado omnipresente. No tengo idea de cuál fue la última noticia que recibió sobre mí, incluso podría haber sido ayer.

—¿Crees que alguna vez dejé de recibir noticias tuyas?

—¿Cariño? —Me estremezco al escuchar la voz de Samanta. Perdí a mi madre siendo muy pequeño, y era esa voz la que me tranquilizaba durante las noches de pesadillas.

La abrazo intentando ser fuerte. Intentando no decir cuánto la extrañé y cuánto lamento lo que mi madre le hizo.

—Sé que no es tan fácil como intentas hacer parecer —susurra junto a mi oído—. Pero estoy muy feliz de que hayas vuelto.

—Gracias.

—Vamos, los chicos están esperando para cenar —dice Leonardo mientras camina a mi lado hacia el estacionamiento.

—Preferiría irme a un apartamento, si me das un empleo, yo mismo lo pagaré.

—Tu habitación está preparada —responde como si fuera un asunto que no admite discusión.

—Déjalo elegir, Leo —dice Samanta, acariciándole el cabello mientras él conduce.

—Quédate un tiempo, después podemos resolverlo. ¿Qué te parece, Miguel? —pregunta con la voz cargada de expectativas.

—Puedo intentarlo —respondo, y veo cómo su sonrisa se ensancha a través del espejo retrovisor.

Siento que mi cuerpo se estremece a medida que nos acercamos a la mansión, y un peso se instala en mis pulmones, impidiéndome respirar.

—Detén el auto, Leo. —Escucho la voz desesperada de Samanta y él lo hace de inmediato. Ella abre la puerta, baja y vuelve a entrar en el auto por mi lado—. Oye, no tienes que ir allí si no quieres, estaremos felices de tenerte con nosotros, pero no te sientas obligado. Respetaremos tu tiempo.

—Ustedes son las mejores personas que alguien podría encontrarse en el camino.

—No tienes que ir hoy si no te sientes preparado —dice con un tono comprensivo.

—Vamos —digo, y Leo no duda en poner el auto en marcha.

Cuando entramos en la mansión, todo sigue igual. Los autos de lujo repartidos por distintas partes del jardín, como si los garajes no fueran suficientes para albergarlos, y la enorme casa que me provoca una sensación de asfixia. Pienso en retroceder, en

marcharme, y me pregunto una y otra vez por qué vi esto como mi única salida.

—Entonces, ¿vamos? —dice Leonardo mientras sale del auto.

Está feliz, puedo verlo en la forma en que me mira, en contraste con la mirada preocupada de Samanta. Ella es más sensible, a veces creo que puede leer las almas.

Dejo escapar un último suspiro antes de entrar en la mansión a su lado.

—Este es Miguel —dice en cuanto entramos en la inmensa sala por la que solía correr cuando era niño—. Miguel, este es Higor y este es Hiago —dice, presentándome a los gemelos idénticos, y recorre la sala con la mirada hasta detenerse en la hermosa chica de ojos brillantes y cabello impecable. Sus mejillas se sonrojan y mi sangre se hiela—. Y esta es Ana Clara, tu hermana. Otro hermano más para cuidarte, cariño —dice con un tono orgulloso.

¿Hermana? No, no y no. ¿Qué mierda hiciste, Miguel?

—Bienvenido —dice Ana con el rostro todavía enrojecido. Las palabras desaparecen de mi boca y apenas hago un breve gesto con la cabeza. *¿Qué carajo? ¿Tenía que ser precisamente ella?*

—Papá, tengo hambre, Maria ni siquiera me dejó tocar la comida —refunfuña uno de los gemelos. Todavía no sé distinguirlos.

—Entonces, vamos a comer. —Le aparta la silla a Samanta para que se siente y luego ocupa la cabecera de la mesa.

—No tengo hambre —digo, todavía de pie.

—Ah, genial, esperamos al huérfano para nada —dice el gemelo vestido completamente de negro. Aprieto la silla con fuerza, podría lanzársela fácilmente a la cabeza si continúa.

—Higor, creí que ya habíamos hablado de esto. Miguel es tan hijo mío como ustedes tres.

—Qué drama, solo es uno más que viene a vivir a esta casa, tenemos muchas habitaciones, que simplemente desaparezca en una de ellas.

—¡Basta, Higor! —grita Samanta esta vez.

—No tengo hambre, de hecho, se me quitó el hambre. —Arrastra la silla con fuerza.

—¡Siéntate! —La voz autoritaria de Leonardo corta el aire, y él obedece sin cuestionarlo, regresando a su lugar con una expresión seria. A continuación, Leonardo me mira y entiendo el mensaje sin necesidad de más palabras. Suspirando, me siento a la mesa, sabiendo que la otra opción sería pasar una buena temporada tras las rejas por algo que no hice. Mi mirada, sin embargo, permanece clavada en el mocoso mimado que tengo enfrente. Si sigue comportándose así, no pasará mucho tiempo antes de que reciba unos buenos puñetazos del huérfano de aquí.

El personal empieza a servir la comida y pruebo un poco de todo, aunque siento que amenaza con volver a salir. Evito mirar hacia Ana, pero siento sus ojos quemándome. Tendré que evitar a esa chica a toda costa porque nuestro último encuentro me dejó con ganas de ir mucho más allá.

09

Ana Clara Milani

—Creo que deberías mirar menos al huérfano. Nuestro padre se va a dar cuenta. —Me detengo en la escalera y me vuelvo para enfrentar la burla de Higor.

—Deberías dejar de decir tantas mierdas —replico irritada, y él se ríe con sarcasmo.

—Nuestro padre está metiendo en casa al tipo que va a acostarse con su hija.

—Deja de decir tonterías.

—¿Ustedes se conocieron en Canadá?

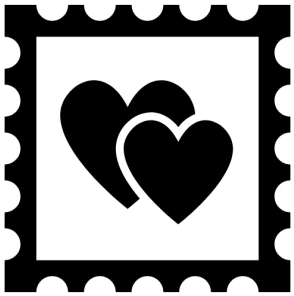
—Higor, no te metas en mi vida.

—Voy a decirte una cosa, Ana, si ese hijo de puta te pone un dedo encima, le rompo la cara. Voy a ver hasta dónde llega todo esto, estaría bastante feliz de ver a nuestro padre echándolo de aquí, pero no quiero que salgas lastimada en esta historia, eres mi hermana y te amo. Así que mantente lejos de él.

—Ve a buscar algo que hacer —digo, dándole la espalda.

—Lo haré, no te preocupes.

Subo los escalones que faltan con calma, todavía no sé qué hacer, qué decirle. De todas las personas, ¿tenía que ser precisamente él, el hijo adoptivo de mi padre?



Miguel Milani

No conseguí dormir en toda la noche. Mi reflejo en el espejo revela mi mirada cansada mientras intento encontrar fuerzas para enfrentar los próximos días. La inmensidad de esta casa parece querer tragarme. El sonido de unos golpes en la puerta me saca de mis pensamientos y la abro rápidamente. Samanta está allí de pie, sosteniendo una bandeja con el desayuno. Solo entonces me doy cuenta de la hora, ya pasan de las diez. Me quedé demasiado tiempo en la cama.

—No bajaste, así que te traje comida.

—Gracias, no me di cuenta de cómo pasaba el tiempo.

—Cuando tu padre dijo que vendrías, pensé que estabas bien, que habías conseguido superar lo que pasó —dice, dejando la bandeja sobre la mesa que está cerca del balcón.

De todas las personas del mundo, ella es con quien menos me gustaría estar hablando de esto, siendo la más perjudicada por mi llegada a esta casa, siendo la persona a la que mi madre intentó matar. Y es la persona que más me hizo sentir bien aquí, me amó como a un hijo y cuidó de mí de una manera que ni siquiera mi propia madre había hecho.

—Yo también pensé que estaría bien. —Fuerzo una sonrisa.

—Creciste, eres un hombre muy guapo y tu padre está muy orgulloso de ti. Espero que estés preparado para trabajar en la empresa, te lo digo para que no te sorprendas cuando tu padre entre aquí, te haga ponerte un traje y te mande subir con él al piso de la presidencia.

—Confieso que no lo estoy.

—Come, te está esperando en el despacho.

Seguramente ya tiene alguna respuesta sobre mi caso, se lo expliqué todo ayer mismo antes de intentar dormir, y ya debe haber decenas de abogados ocupándose del asunto. Eso era lo que quería que resolviera, entonces ¿por qué mi corazón no encuentra paz?

Después de comer, bajo las escaleras y voy directamente al despacho, pues ya sé exactamente dónde está. Nada ha cambiado desde la última vez que estuve aquí. Al llegar, doy unos suaves golpes en la puerta antes de abrirla.

—Buenos días —digo al entrar.

Leonardo levanta los ojos de los papeles y los deja a un lado, haciéndome un gesto para que entre.

—Entra —dice con un tono neutro—. Acabo de hablar con el abogado sobre tu caso.

Hace una pausa, observándome durante un momento antes de continuar.

—No te preocupes. Esto se resolverá rápidamente. Este tipo de problema no es nada que unos cuantos ceros más en la cuenta de alguien no puedan solucionar.

Hay cierta indiferencia en su voz, como si solo estuviera resolviendo otro inconveniente trivial. Eso debería tranquilizarme, pero, en realidad, solo hace que me sienta todavía más

desconectado de todo. Para él, es simplemente otra situación que el dinero puede resolver; para mí, es mucho más que eso.

—¿Eso es todo? —pregunto.

Leonardo me observa durante un momento, evaluando mi reacción.

—Eso es todo —confirma—. No hay necesidad de preocuparse. Yo me encargaré de todo.

Me dedica una sonrisa que no llega a sus ojos, como si me estuviera garantizando que el mundo sigue girando de la manera que él conoce y que el dinero siempre lo resuelve todo.

—Me acusó de acoso. —Mi tono sale frustrado, como si nada fuera suficiente para resolverlo.

—Se retractará. No permitiré que manchen tu imagen.

—¿Y qué esperas de mí a cambio? —cuestiono, porque sé que no puede tratarse solo de venir, cenar con su familia perfecta, dormir una noche en esta majestuosa casa y que todo esté bien.

—Solo espero que te quedes y que vengas a trabajar conmigo.

—Esa silla no es mía.

—Quien decide quién se sienta en ella soy yo.

—Tal vez no sea la persona más confiable del mundo.

—Pero sigues siendo mi hijo. Solo deja de comportarte como un hijo pródigo, esta es tu casa. Te dejé marcharte con tu padre porque parecía lo correcto, pero él ya no está aquí y solo nos tienes a nosotros, a tu familia.

—¿Por qué insistes tanto en amarme?

—¿Por qué insistes tanto en rechazar lo que siento por ti? Vístete, tenemos mucho trabajo en la empresa.

—Quiero mudarme, quiero irme a un apartamento, acepto el puesto en la empresa, usaré mi salario y pagaré algún lugar cómodo.

—Dame un mes, quédate aquí. Te extrañaba. Durante ese tiempo buscaremos algún apartamento que sea de tu agrado.

Llevo jeans y camiseta, y él me mira con insatisfacción. Lo sigo mientras entra en el vestidor que hay en el despacho.

—Ponte uno —dice, señalando decenas de trajes—. Tal vez te queden un poco grandes o quizá no, has crecido bastante. Voy a encargar ropa para ti —dice mientras me cambio.

Una vez vestido, no muestra ninguna reacción exagerada, solo me mira con aprobación.

—¡Perfecto!

Salimos del despacho y respiro aliviado al no ver ni a los mocosos ni a Ana. Podría evitarla fácilmente durante toda una vida, pero tengo un mes por delante en el que tendré que retroceder por los pasillos o inventar excusas para cenar fuera solo para no tener que enfrentarla. Sí, estoy siendo infantil, huyendo. Pero no puedo negar que mi lado de hombre todavía la ve como una mujer que claramente está interesada en tenerme dentro de ella. Y esa idea me incomoda más de lo que debería.

—Elige uno. —Señala los autos—. El negro es de Higor y el rojo de Hiago, los demás son míos, así que elige.

—Podemos ir juntos.

—Sí, pero no puedo llevarte a todas partes. —Hace un gesto con la cabeza y uno de los guardaespaldas me entrega la llave del convertible blanco.

No discuto más, sé que es inútil. Leonardo es así, utiliza el dinero para todo, incluso lo utilizó para conseguir a la esposa que

tiene. No es que ella sea interesada, es él quien tiene dificultades para expresar lo que siente de otra manera.

10

Ana Clara Milani

Estoy en el balcón de mi habitación cuando veo llegar a Miguel. Me acomodo el vestido frente al espejo, respiro hondo y bajo por la escalera exterior que hay en mi balcón. Él no entra en la casa; se queda parado en medio del jardín, en una zona más apartada, cerca de la piscina. Noto que da unos golpecitos al auto, inquieto, como si intentara encontrar algo que hacer con las manos mientras ordena sus pensamientos.

—¿Te molestó? —pregunto mientras me acerco. Abro mucho los ojos cuando lo veo más de cerca, está guapísimo tan impecable con el traje negro, que contrasta con su barba en crecimiento y su cabello rubio, que se ondula ligeramente en las puntas.

—Hola —su tono es seco y aparta la mirada mientras guarda las llaves del auto en el bolsillo.

—¿Vas a seguir actuando como si no me conocieras?

—No, sí te conozco, eres la hija de Leonardo Milani —dice, intentando sonar indiferente.

—¿Eso es un defecto? —pregunto, apoyándome en el auto.

—Solo actúa como si no hubiéramos... Ya sabes.

—¿Y si quisiera continuar donde lo dejamos?

—Aquello no fue gran cosa, solo iba a ser sexo. Menos mal que no pasó. Mereces tener tu primera vez con alguien mejor que yo.

—¿Vas a contárselo a nuestro padre? Ya sabes, que me conociste en Canadá y lo que casi ocurrió.

—Él no es mi padre, es el tuyo. No hables así porque me haces sentir como si hubiera estado a punto de cometer incesto. No somos hermanos de sangre, ni siquiera consigo verte como una hermana, así que simplemente olvidemos esto.

—¿Y si no quiero olvidarlo? —pregunto, y me mira sorprendido por mi respuesta—. No quiero olvidarlo.

—Es tu problema, no el mío.

—¿No sentiste nada? —insisto.

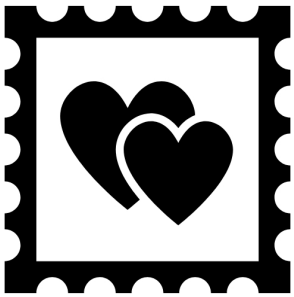
—Excitación, Ana, eso es lo que sentimos cuando estamos a punto de llevarnos a una mujer a la cama —responde, y puedo percibir la incomodidad en su voz.

—Estás siendo grosero. ¿Estás intentando hacerme daño?

—No seas tonta, solo fueron unos besos, unos cuantos roces. Yo ni siquiera sabía quién eras, y tú mucho menos quién era yo. Eso fue todo, Ana, un momento.

—No me enamoré de ti, si eso es lo que estás pensando. ¿Crees que las mujeres no pueden disfrutar simplemente del momento? —Una comisura de sus labios amenaza con dibujar una sonrisa.

—Busca a alguien mejor, alguien con quien puedas vivir esos momentos.



Le doy la espalda para evitar mirarla otra vez, pero fracaso y vuelvo la vista hacia ella. Está preciosa con ese vestido corto. No soy la mejor persona para estar a solas en la oscuridad con una mujer. Nunca pienso demasiado antes de arrastrar a alguna hasta mi cama, dejo que la cabeza de abajo piense más que la de arriba cuando estoy excitado. Pero con esta tengo que contenerme.

Los aspersores instalados en el jardín se activan de repente y un chorro de agua golpea de lleno a Ana. Suelta un grito agudo, más por la sorpresa que por miedo, mientras el agua empapa el fino vestido blanco que lleva puesto. La tela, ahora pegada a su cuerpo, revela más de lo que debería. Respiro hondo, intentando mantener el control cuando veo el agua deslizándose por su cuerpo, resaltando cada curva. No lleva sostén, y el vestido transparente lo deja perfectamente claro.

Ana intenta cubrirse el cuerpo con las manos, pero es imposible ocultar lo que el vestido mojado revela ahora. Mis ojos se empeñan en desobedecer y recorren sus curvas, que se han vuelto todavía más evidentes con la tela pegada a la piel. Respiro hondo, luchando por no dejar que el deseo se apodere de mí.

—¡Mierda! —murmura, más para sí misma que para mí, e intenta apretar el vestido contra su cuerpo, en vano.

Sin pensarlo demasiado, me quito la chaqueta del traje y me acerco, colocándola suavemente sobre sus hombros. Mis dedos tiemblan al tocar su piel cálida y suave. Es el tipo de mujer a la que consideraría entregarme, es dulce, tierna, pero está prohibida para mí.

—Gracias —susurra, con los labios entreabiertos e invitadores, y mi mirada se fija allí, en la tentación que representan.

—Esto va a terminar muy mal —digo, bajando la mirada por su cuerpo. Y me atrevo a rozar con la punta del pulgar el pezón endurecido de su pecho. Ella gime con mi toque y mi polla reacciona, creciendo dentro del pantalón—. Será mejor que subas.

—Mi voz sale atormentada. Ella no se mueve y mi mano se cierra alrededor de sus pechos—. ¡Carajo! —Levanto las manos y me las llevo a la cabeza. Una expresión de desesperación se dibuja en mi rostro.

—No me importa si todo se va a la mierda. —Se pone de puntillas y rodea mi cuello con los brazos. Me muerdo el labio intentando resistirme desesperadamente. Pero soy débil, siempre lo he sido. Mi boca encuentra la suya mientras mis manos atraen su cuerpo más cerca, frotándolo contra mi erección. Ella gime deliciosamente contra mi boca y mi respiración se vuelve agitada.

«¡Miguel!» La voz de Leonardo grita furiosa en mi mente y me aparto como si la voz fuera real.

—Quédate ahí —digo, retrocediendo unos pasos—. Esto no va a pasar.

Ella me mira, todavía jadeando, y da un paso hacia mí.

—Retiro lo que dije. Somos hermanos y, aunque tu padre me haya adoptado, no puedo tocarte. Soy un hombre y tú una niñita descubriendo el sexo. No voy a ser yo quien te lo enseñe.

11

Ana Clara Milani

Me despierto con el sonido del despertador y los rayos de sol entrando por las cortinas de mi habitación. Hoy es el primer día de clases en la universidad. Miro el vestido arrugado sobre la silla y recuerdo lo de ayer, a Miguel y a mí. ¿En qué estaba pensando al creer que...? *Él tiene razón, mi padre se volvería loco.* Tomo el vestido como si aquel trozo de tela me hubiera ofendido y lo tiro a la basura. Me doy una ducha rápida, elijo algo de ropa y bajo.

Cuando entro en el comedor, veo a Miguel sentado a la mesa, terminando ya el desayuno. Se levanta en cuanto me ve, como si mi presencia le molestara de alguna manera.

—Ya terminé. Voy a preparar mis cosas para ir a la empresa —dice, sin mirarme directamente. Nuestros ojos se encuentran brevemente, pero él aparta la mirada enseguida y sale del comedor.

Mis hermanos también están sentados a la mesa, pero no tardan mucho en levantarse y marcharse, cada uno siguiendo su propio camino.

—Buenos días, cariño —dice mi padre, poniendo una rebanada de pan tostado en mi plato antes de volver a centrar su atención en mi madre, que me sonríe. Son la pareja más hermosa que he visto en mi vida.

—¿De verdad vas a aceptar el trabajo con el actor? —le pregunta despreocupadamente a mi madre, que suspira, ya sin paciencia. Ella tiene una empresa de arquitectura de tamaño mediano, mi padre odia que trabaje, pero odia mucho más no hacerla sonreír, así que acepta todo lo que ella le pide.

—Ya hablamos de eso —responde ella con un tono tranquilo, y yo me pongo los auriculares, dejándolos conversar en paz.

Intento concentrarme en la música que suena, pero mi mente sigue regresando a Miguel, a la forma en que me evitó. Intento apartar esos pensamientos, concentrándome en mi playlist favorita, pero es difícil ignorar las ganas que siento de estar con él. ¿Cuándo ocurrió esto? Parece que surgió de la nada. Simplemente apareció en mi mente y ahora estoy aquí, deseando que vuelva a tocarme de aquella forma que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Desvío la mirada hacia la escalera cuando lo veo bajar. Regresa, ahora con una expresión seria. Bajo el volumen de la música, pero finjo estar absorta en ella.

—Miguel, ¿por qué no llevas a Ana a la universidad hoy? —sugiere Leonardo de repente—. Los otros autos necesitan una revisión, y tú ya vas de camino, no te cuesta nada dejarla allí.

Me quito rápidamente los auriculares para negarme, ya planeando llamar a una amiga e ir con ella, pero Miguel habla primero.

—No hay problema. Puedo llevarla —dice con indiferencia.

—Perfecto, cuando llegues a la empresa ve directamente a mi despacho.

—¿Ya terminaste? —pregunta, mirándome.

—Sí. —Me levanto y paso directamente junto a él, tomo el bolso que está sobre el sofá y camino con pasos firmes hasta el auto.

Durante el trayecto, el silencio entre nosotros es espeso. Me quedo mirando por la ventana, intentando ignorar su presencia a mi lado. Hasta que finalmente rompe el silencio.

—¿Vas a comportarte como una niña e ignorarme?

—¿Una niña? —Esbozo una sonrisa que no llego a mostrar.

—Ana, sobre lo de ayer... —empieza, con la voz más baja de lo habitual.

—Detén el auto —digo, interrumpiéndolo antes de que pueda continuar.

—Pero todavía ni siquiera hemos llegado —responde, confundido.

—Pero aquí está perfecto —insisto, mirando el mensaje que Thiago, el hermano mayor de una de mis amigas, me envió; me encontrará exactamente en este punto.

Frena bruscamente y se vuelve hacia mí, claramente irritado.

—¿Cuál es el problema? —pregunta, visiblemente molesto.

—Tú. Tú eres el problema —replico, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Estás así porque no te quiero? —me desafía, con los ojos fijos en los míos.

—¿De verdad no me quieres? —contraataco, acercando mi rostro al suyo y viendo cómo sus ojos bajan hacia mis labios con un deseo apenas disimulado.

Sonrío, sabiendo que puede negarlo todo lo que quiera, pero sí me desea.

—Gracias por traerme —digo, bajando del auto antes de que pueda responder.

Antes de que pueda dar más de unos pasos, el auto de Thiago se detiene delante del de Miguel. Probablemente tienen la misma edad, pero, a diferencia de Miguel, él no me considera tan niña.

—Te extrañé —dice con una cálida sonrisa.

—Escuché que vas a hacer una fiesta en tu casa el fin de semana —digo, pero él desvía la mirada hacia el auto detenido detrás de nosotros y yo sigo sus ojos. Miguel nos escucha con atención.

—¿Y ese quién es? —pregunta, lanzándole una mirada a Miguel, que baja del auto con aire tranquilo.

—Es mi hermano mayor —respondo, fingiendo que no tiene la menor importancia.

—Ah... ¿el que se había ido? —comenta sin pensar.

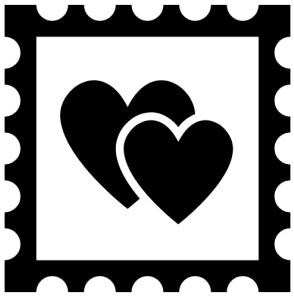
Miguel sonríe mientras se acerca.

—Tu mochila —dice, entregándomela—. Que tengas buenas clases, Ana.

—Voy a hacer una fiesta el fin de semana, también puedes venir.

—Agradezco la invitación, pero tengo otros planes.

—Vamos. —Paso el brazo alrededor del de Thiago, que me besa en la parte superior de la cabeza mientras abre la puerta del copiloto para mí.



Miguel Milani

Llego a la empresa y voy directamente al piso de arriba, donde sé que Leonardo me espera. Por el camino, noto las miradas

respetuosas de los empleados y hago un gesto a algunos que me saludan. Lo encuentro en la oficina de la presidencia y enseguida se levanta, dando a entender que quiere mostrarme algo.

—Vamos, te llevaré a tu nueva oficina —dice sin rodeos.

Caminamos por el pasillo hasta detenernos frente a la puerta de la vicepresidencia. Esto no es lo que quiero, no vine para esto.

—Pero... podría hacer otra cosa —murmuro después de soltar un pesado suspiro.

—¿Sabes cuánto tiempo estuvo vacía esta oficina esperándote? —dice con un tono frío. Nunca deja margen para discutir, pero aun así lo hago.

—No es justo para tus hijos.

—¿Por qué te resulta tan difícil aceptarme como tu padre? A veces pienso que me equivoqué en algún momento. En algo que no consigo reparar.

—Nunca te equivocaste conmigo. Soy yo quien siente que se equivocó, que falló. No sé, siento que debo culparme por desear ser tu hijo igual que ellos.

—Pero lo eres. Tengo a Higor, a Ana y a Hiago, sí. Pero también te tengo a ti, mi hijo mayor. Los chicos están empezando la universidad, dejemos esas cuestiones para cuando realmente sean un problema. Y pondría a cualquiera en este cargo si no hubiera estado esperándote. Y estás preparado, te graduaste en Economía y vi que estabas haciendo un posgrado en Finanzas. Piensa en retomar el curso.

Antes de que pueda responder, escuchamos un estruendo, seguido de un «¡Ay!» amortiguado.

Miramos en dirección al sonido y, justo después, una joven aparece desde debajo de la mesa, visiblemente avergonzada.

—Esta es Diane, tu asistente y secretaria —dice Leonardo. Se estaría riendo si tuviera una personalidad divertida, pero siempre es serio—. Los dejaré para que se acostumbren a la oficina. Diane te explicará tu agenda.

—Estoy lista para ayudarlo, señor —dice Diane, intentando recomponerse, pero tropezando con sus propios pies al acercarse a mí.

Suspiro, preocupado por lo torpe que es. ¿De verdad consigue hacer algo? Observo la oficina, identificando cada cosa que hay en ella. Me siento en la silla detrás del escritorio, todavía sintiéndome fuera de lugar. Ella vuelve a tropezar mientras camina hacia mí.

—Siéntate, Diane. Si no, vas a terminar lastimándote de verdad.

—No sabía que la señora Milani tenía un hijo de su edad, ella es bastante joven —suelta, pero se da cuenta del error en cuanto ve mi expresión seria.

—Soy adoptado —comento sin rodeos.

—Lo siento, señor.

—No tienes que disculparte. Eso no es un problema para mí. Ahora dime qué hay en la agenda.

—Tiene un almuerzo de negocios con el presidente, la revisión del proyecto de ampliación de la sucursal de Boston y, por la noche, no debe hacer planes porque cenará con sus padres.

Entrecierro los ojos.

—¿Eso está en la agenda?

—Sí, señor.

—Mi vida personal no forma parte del trabajo. Concéntrate únicamente en Milani.

Parece un poco nerviosa, pero insiste.

—Señor, estoy aquí para organizar su vida.

—No compliques la mía y yo no complicaré la tuya. Concéntrate únicamente en el trabajo. Vivo allí, puedo verlos después de la cena si tengo planes antes y creo que no habrá ningún problema con eso.

—Está bien, señor, son sus padres, al fin y al cabo, nunca discutiría eso. —Tacha la cena de la agenda.

—Gracias por eso.

—¿Debo comprarle el almuerzo? —pregunta mientras se levanta. Estoy acostumbrado a hacer mis propias cosas, no necesito una niñera. Además, es demasiado joven para hacer de niñera de un hombre adulto como yo.

—Diane, concéntrate únicamente en los asuntos de Milani.

—De acuerdo, señor. —La rubia de cabello ondulado en las puntas se levanta, no sin antes sonreír mostrando sus labios pintados de rojo sangre. Se acomoda el vestido una última vez antes de salir de la oficina.

Apoyo la cabeza en el respaldo de la silla y miro mis manos. Se me hace agua la boca al recordar que estuvieron sobre los firmes pechos de Ana y, con un suspiro prolongado, recuerdo que no puedo involucrarme con ella, ni en broma ni aunque quisiera tomármelo en serio.

12

Miguel Milani

Llego a casa bastante tarde, evité la cena, no por Leo, sino porque estoy evitando acercarme demasiado a Ana. Está decidida a provocarme y yo no soy precisamente el mejor resistiéndome.

Estoy subiendo las escaleras cuando escucho unas risas apagadas provenientes de la cocina. Me detengo, curioso, y me acerco a la puerta entreabierta. Miro por la rendija y veo a uno de los gemelos en una situación que me toma por sorpresa: ¿Hiago o será Higor? Está con una de las empleadas de la casa, una joven bastante bonita, por cierto. Ella está sobre la mesa y él entre sus piernas.

—Tenemos que ser rápidos —susurra.

La empleada, todavía riéndose, se aparta y, en un instante de pánico, empieza a buscar algo.

—¡No lo encuentro! —dice con voz apresurada mientras busca por el suelo.

Pongo los ojos en blanco, pues ya veo las bragas sobre el fregadero. Empujo la puerta, haciendo que ambos me miren sorprendidos.

—¿Interrumpo algo? —pregunto, dirigiéndome al dispensador de agua y llenando un vaso.

Él se endereza inmediatamente y, por la sonrisa que aparece en su rostro, ya sé que se trata de Hiago. Aunque sea un mujeriego, es simpático.

—Yo... ella... —empieza, pero las palabras parecen escapársele.

Ignoro su nerviosismo y camino hasta el rincón donde están medio escondidas las bragas perdidas. Las tomo y se las entrego a la empleada, que parece muerta de vergüenza.

—Aquí tienes —digo, y vuelvo a darle la espalda para dejar que se recomponga.

Ella murmura un agradecimiento apresurado, enrolla la prenda entre los dedos mientras evita mi mirada.

—Será mejor que te vayas —sugiero, mirándola directamente. Ella asiente con la cabeza, todavía incómoda, y sale apresuradamente de la cocina.

Cuando desaparece, me vuelvo hacia el mocoso que parece estar en plena pubertad, parado frente a mí, todavía intentando recomponerse.

—¿En serio? ¿Ni las empleadas de la casa se salvan? —pregunto con un tono divertido.

—Amigo, no es lo que estás pensando... —Empieza a explicarse, pero levanto la mano, interrumpiéndolo.

—No es asunto mío, pero deberías buscar un lugar mejor para hacer ciertas cosas. No sé cómo es Leonardo con esto, pero a Samanta no le gustaría encontrarlos así. Y mucho menos a tu hermana.

—Tendré más cuidado la próxima vez —dice mientras sale de la cocina.

¿La próxima vez?

Escucho un auto estacionarse en la entrada y unas risas resuenan por la sala.

—Gracias por traerme a casa. —Respiro hondo al escuchar la voz de Ana y empiezo a subir las escaleras.

—¿De verdad tienes que entrar ahora? No vi el auto de tu padre. —Me detengo al escuchar una voz masculina con ese tono malicioso que ya conozco.

—Entra, Ana. —Escucho la voz de Higor. Sé que es él no solo porque el otro acaba de subir, sino por ese tono altivo y arrogante. Estaba a punto de hacer lo mismo, pero agradezco que haya sido él y no yo.

—Higor, ¿cómo estás? —La voz del idiota vuelve a resonar en el silencio. Subo hasta el balcón desde donde puedo verlos.

—Estoy bien, no es hora de visitas —responde Higor con tono seco.

—Eso no es asunto tuyo, Higor —protesta Ana.

—Tu hermano tiene razón. Hasta mañana, Ana.

—Adiós. —Ella le hace un gesto con la mano mientras él entra en el auto.

—¿Estás desesperada para andar por ahí con ese idiota? —Higor entra todavía discutiendo con ella.

—Eso no es asunto tuyo.

—Vas a agradecerme por salvarte de convertirte en una más en la cama de esos imbéciles.

—¿En serio? Menos mal que no tengo que salvar a ninguna de ti, eres tan idiota que nadie te quiere.

Suben juntos y él me mira por encima del hombro al verme en el balcón.

—Ahora también tengo que soportar a un extraño en mi propia casa.

—Buenas noches para ustedes también.

Pasa de largo, entra en su habitación y lo escucho cerrar la puerta con llave. Le doy la espalda y vuelvo a centrar mi atención en la vista del jardín.

—Disculpa a Higor por eso —susurra ella. Siento ganas de volverme. Pero no lo hago, espero que continúe, aunque solo escucho sus pasos alejándose.

—¿Y tú qué piensas? —pregunto, y ella detiene sus pasos.

—¿Sobre qué? —pregunta, todavía parada en el mismo lugar.

Me vuelvo para mirarla. Quiero saber exactamente en qué momento empecé a desear tanto a esta chica.

—¿Qué piensas de tener a un extraño en tu casa?

—Tú no eres un extraño.

No, no lo soy, aunque desearía ser simplemente alguien a quien conoció por casualidad en Canadá. Me acerco, acortando la distancia entre nosotros. Ella retrocede un paso hasta encontrarse con la puerta de su habitación.

—¿Y el que te trajo, quién es? —No debería estar haciendo esta pregunta, pero no consigo resistir la curiosidad.

—El hermano mayor de mi amiga.

—¿Te gusta que esté interesado en ti? —pregunto con el rostro cerca del suyo.

—Todavía no tengo una opinión formada al respecto. Pero quizá estés equivocado, solo está siendo amable.

Acerco mi cuerpo al suyo y siento que su respiración se detiene por un momento mientras a mí me cuesta respirar.

Escucho las voces de Leo y Samanta, abro la puerta sin previo aviso y la sujeto por la cintura, impidiendo que caiga. Con mi cuerpo todavía pegado al suyo, cierro la puerta detrás de nosotros.

—¿Qué estás haciendo? —su voz sale más baja de lo habitual.

—Necesito dejar de desear tenerte en mi cama —susurro contra sus labios.

—Voy a ver cómo están. —Escucho hablar a Leonardo y Ana abre mucho los ojos, temiendo que entre.

—Deben estar dormidos, vayamos directamente a nuestra habitación —responde Samanta, y ambos se ríen.

Permanecemos inmóviles, esperando que el sonido de sus pasos se aleje. Puedo sentir el corazón de Ana latiendo acelerado.

—Necesito dejar de desear tenerte en mi cama —susurro de nuevo, pero esta vez con una intensidad casi desesperada. Su perfume, mezclado con el calor de su cuerpo, hace que cada instinto de resistencia dentro de mí vacile—. Prométeme que no vas a entregarte a ese imbécil.

—¿Y por qué te prometería eso? —Se muerde el labio inferior, un gesto que envía una oleada de calor por todo mi cuerpo. Mis dedos siguen firmes alrededor de su cintura, manteniéndola cerca de mí, y sé que, si no hago algo ahora, ceder será inevitable.

—Espera hasta encontrar a alguien que te valore, alguien que merezca tocarte.

—¿Por qué estás perdiendo el tiempo diciéndome esto? —pregunta. Mi respiración se acelera todavía más y mi erección amenaza con salirse del pantalón.

—¿Qué me estás haciendo, Ana? —pregunto, más para mí mismo que para ella, intentando mantener el control, pero fracasando miserablemente.

—Yo solo fui sincera contigo, Miguel. Algo que tú también deberías ser.

Hace un movimiento casi imperceptible, una ligera inclinación de la cabeza que hace que sus labios rocen los míos de manera suave, casi accidental. Es un contacto breve, pero suficiente para desencadenar una explosión de sensaciones que estaba intentando contener desesperadamente.

Y entonces, sin pensar, sin vacilar, mis labios encuentran los suyos con fuerza y la levanto del suelo, manteniendo su cuerpo aprisionado contra la puerta con las piernas alrededor de mi cintura. Mis besos recorren la curva de su cuello y vuelvo con la lengua hasta encontrar su boca otra vez. Mi polla palpita, desesperada por enterrarse en ella, mientras Ana gime deliciosamente junto a mi oído, frotándose contra mí en busca de aliviar la excitación que yo también estoy sintiendo.

—No podemos. —Me aparto una vez más, luchando contra mí mismo, intentando respirar. Salgo de la habitación sin preocuparme por quién pueda estar en el pasillo, concentrado únicamente en huir, pero ¿cómo escapar de mí mismo y de mis ganas de tenerla?

13

Ana Clara Milani

Han pasado varios días desde que Miguel entró en mi casa como alguien prohibido, aumentando todavía más mi deseo por él. Sí, es extraño, verlo todos los días sin poder tocarlo me vuelve loca de ganas de romper todas las reglas impuestas por la sociedad. Desde entonces evitamos estar cerca, yo evito con empeño los horarios en los que podría cruzarme con él. Sé que él está intentando hacer lo mismo.

Ya lo he visto suplicarle a nuestro padre que le permita irse a un apartamento. Sí, le pide permiso como si le debiera algo, como si el motivo por el que vino aquí fuera pedirle algo importante. Algo que, por lo que parece, nuestro padre le concedió a cambio de su presencia no solo en esta casa, sino también en su vida.

Me siento a la mesa, cómoda y convencida de que él ya se fue, como hace todos los días, apresurándose a desayunar para evitar cruzarse conmigo. Pero me equivoco por completo. Mi corazón se acelera cuando lo veo bajar las escaleras, con el cabello todavía mojado y su perfume extendiéndose por el comedor. Lleva una camiseta de algodón y unos jeans, exactamente el estilo casual que solía usar en Canadá. Entonces recuerdo que hoy es sábado. He perdido por completo la noción del tiempo, tan concentrada en huir de él mientras intento, en vano, mentirme a mí misma sobre lo que realmente siento.

—Preparen las maletas —dice mi padre mientras baja las escaleras poco después.

—¿Por qué? —pregunta Higor con tono aburrido.

—Vamos a hacer un viaje.

—Yo ya tengo un compromiso —argumenta Miguel.

—Cancelen sus compromisos —replica mi padre, y Miguel no es el único que deja escapar un pesado suspiro. Higor suelta el aire con fuerza y clava un cuchillo con todas sus fuerzas en una de las manzanas del frutero que está al lado.

—Si vamos a la casa de la playa, ya dejé mucha ropa allí, así que estoy listo —responde Hiago con naturalidad. Todo siempre está perfecto para él, con tal de que haya internet y mujeres, y sé que eso hay, en nuestra casa de la playa vive la hija de la empleada y a Hiago le encanta ilusionar a la chica.

—¿Por qué siempre eres tan idiota? —espetó Higor en un murmullo insatisfecho dirigido a Hiago, que solo sonríe como respuesta.

—Entonces voy a preparar mis cosas. —Me levanto y me cruzo con mi madre cuando paso por el pasillo hacia mi habitación.

—Ana, tengo una sorpresa para ti —dice, siguiéndome hasta mi habitación.

—¿Qué? —pregunto, abriendo una maleta pequeña y eligiendo algunas cosas de mi vestidor.

—Invité a Tâmara y a su hermano a la casa de la playa.

—Higor va a odiar eso. —Me echo a reír.

—Ya sabrá superarlo —responde sonriendo también—. Voy a bajar y te espero abajo.

Tâmara no es mi mejor amiga, pero es lo más cercano que tengo aquí. Cuando tienes más dinero del que puedes contar, escasean los amigos sinceros, y el único motivo por el que Tâmara actúa como si yo fuera la mejor amiga que podría tener tiene un nombre: Higor. Está enamorada de él desde siempre, aunque él sea ese cretino insoportable todo el tiempo. Quizá sea la única que lo

prefiere a él y no a Hiago, con quien ya se habría acostado, porque mi hermano del medio suele ser bastante fácil.

Salgo de mi habitación en cuanto termino de preparar la maleta, la puerta de Higor está completamente abierta, algo que no es habitual, y no puedo resistirme a entrar para provocarlo un poco.

—¿Sabes quién va a ir a la casa de la playa? —pregunto, dejándome caer sobre su cama negra. Todo es negro en esta habitación, quizá por eso siempre tiene esa energía tan negativa.

—No me importa —responde con desdén.

—Tâmara —digo de una vez, y él suspira mientras se pasa una mano por el cabello. Ellos no son el tipo *enemies to lovers* porque ella se parece más a la villana que a la protagonista. Él la odia, lo que no ve es que son exactamente iguales. Me da pena la mujer que se enamore de mi hermano.

—Ya dije que no me importa. —Su tono de voz es más irritado esta vez.

—Insoportable —digo, dejándolo solo en la habitación.

Bajo sonriendo, pero mi buen humor desaparece enseguida cuando veo a Miguel junto a una rubia con un vestido ceñido y un labial rojo que podría verse desde la Luna.

¿Quién es esta?

—¿No podías esperar hasta el lunes? —le pregunta él, mientras ella sonríe y se apoya en su brazo, fingiendo perder el equilibrio sobre unos tacones tan vulgares como ella—. Diane, siéntate. Te juro que cualquier día vas a romperte alguna parte del cuerpo. ¿No aprendiste a caminar de niña?

—Quizá si usara unos tacones más bajos perdería menos el equilibrio. Los tacones no son para todas —desdeño mientras bajo el último escalón.

Ella me lanza una mirada llena de segundas intenciones y, por la forma en que gira los documentos sobre la mesa, ya sé que es la zorra de su asistente. El nuevo vicepresidente de Milani, y eso es suficiente para atraer a muchas trepadoras como ella.

—¿Tu hermanita? —pregunta con una sonrisa irónica.

Miguel levanta los ojos y lo veo tragar saliva.

—Sí —confirma con tono seco.

—Su familia es preciosa, señora —dice mirando a mi madre, que se lo agradece.

¿De qué agujero salió esta?

—Y tú debes ser la asistente de Miguel.

—Soy Diane Di Stefano, mucho gusto —pronuncia el apellido con orgullo, uno bastante conocido en la industria vinícola.

—¿Y qué te llevó a ser asistente? —pregunto y escucho a mi madre carraspear.

—Ana, no seas grosera —me reprende.

—No hay problema, señora. Soy sobrina de Di Stefano, mis padres fallecieron, vine a vivir con mis tíos, pero quiero tener independencia, ¿entiende?

—Perfectamente. —Sonrío, reconociendo a alguien desesperada por atrapar a un heredero.

—Listo, ya puedes irte y muchas gracias, Diane —dice Miguel, poniéndose de pie mientras se acomoda la camiseta sobre el cuerpo.

—Que tengan un buen viaje en familia.

—Puedes venir con nosotros si quieres —dice mi padre al regresar de la cocina.

—En familia, papá, como ella misma dijo.

—Gracias por la invitación, señor Milani, será para la próxima.

Sí, puedes irte a buscar otro hueso que roer, querida.

Me siento al lado de Miguel, reconsiderando mi idea de facilitarle las cosas. Si para mí es difícil desear y no poder tener, que para él también lo sea.

—¿Divirtiéndote mucho con las horas extra en el trabajo? —susurro como una idiota celosa.

—Me divierto más cuando llego, estaciono el auto frente a tu ventana y tengo el privilegio de sorprenderte en uno de tus descuidos, pasando frente a ella solo en bragas. —Contengo la respiración cuando pronuncia las palabras en voz baja, temiendo que mis padres noten lo sonrojado que debe estar mi rostro ahora —. Ese es el mejor momento de mi día —completa.

—No te preocupes, seré más descuidada las próximas veces —respondo, levantándome.

14

Miguel Milani

Poco a poco, la incomodidad de mi regreso va desapareciendo, y me pregunto por qué me fui y nunca volví. Tal vez, si nunca me hubiera marchado definitivamente, ahora llamaría papá a Leo y vería a los gemelos como mis hermanos, y no miraría a Ana con los ojos de un depredador a punto de devorar su inocencia.

Estoy en el balcón de la casa de playa de la familia, observando el mar mientras la brisa salada agita suavemente mi cabello. A mi lado, Higor está apoyado en la barandilla, claramente aburrido. El auto de Thiago Montenegro estaciona, y Higor está en el mismo balcón que yo. Levanta la mirada, también ve el auto y suspira con ese aire de superioridad.

—Aunque detesto a la familia Montenegro, sigo prefiriendo eso antes que verte con mi hermana —dice Higor, lleno de arrogancia.

—¿Yo? Creo que estás viendo cosas donde no las hay.

—Realmente espero que no las haya, te destrozo la cara si la tocas.

—Higor —Tâmara, la chica de voz irritante y amiga de Ana, lo saluda desde abajo.

—Cómo detesto a esos dos.

—¿Hay alguien a quien no detestes? —pregunto, arqueando una ceja.

—Estoy cansado de los oportunistas sociales —responde sin rodeos.

—Debe ser bastante triste vivir encerrado en un caparazón —respondo, mirando hacia el horizonte.

—Es más seguro —dice sin vacilar.

—¿Seguro o solitario?

—¿Y quién dijo que la soledad es mala? Es silenciosa y me gusta el silencio.

—¿No te gustan porque tienen menos dinero que tú? —pregunto, aunque mi voz deja claro que es más una afirmación.

—Me gusta que sepan cuál es su lugar —responde Higor con frialdad—. Y, al igual que tú, parece que no lo saben.

—Todavía eres joven, ni siquiera sabes cuál es tu lugar. Espero que, cuando lo encuentres, no sea precisamente el lugar sobre el que escupes hoy. —Lo miro directamente, esperando que mis palabras lo alcancen.

—No te preocupes por mí, estaré bien aquí, sin importar las vueltas que dé el mundo.

Le doy la espalda y bajo las escaleras. Ana abraza a su amiga y duda antes de corresponder al cálido abrazo de Thiago, lo que me hace sonreír orgulloso de ella. Ella no es para él. Ella *no es para mí.* Repito esa frase en mi mente decenas de veces al día, pero cada vez que sonríe, siento que estoy traicionando mi propia cordura.

—Miguel —dice Thiago, acercándose—. Entonces, ¿acostumbrándote a tu nueva vida?

La pregunta viene acompañada de una sonrisa que no llega a ser amistosa.

—¿Nueva vida? —repito, fingiendo no entender.

Thiago deja escapar una risita.

—Que te adopte una familia multimillonaria y, de repente, tener todo este lujo y estatus. Debe ser emocionante.

—No es la primera vez que tengo que adaptarme a los cambios.

—Sobre todo cuando son para mejor. De huérfano a Milani.

Giro el cuerpo hacia él, prestándole toda mi atención, algo que antes no me interesaba hacer.

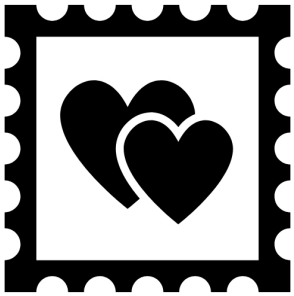
—No me siento inferior por haber sido adoptado de niño. Al contrario, eso es mucho mejor que vivir arrastrándote, intentando ascender en la sociedad. Tal vez tuve suerte de entrar en una familia como esta —digo, lanzándole una mirada firme a Ana, que nos observa desde lejos—. Una suerte que tú, claramente, no tendrás. Si es que me entiendes.

—¿Eso crees? He pasado muy buenos momentos con Ana. ¿Leonardo ya se dio cuenta de la forma en que la miras? Creo que TODAVÍA no —enfatiza.

—¿Te molesta la forma en que la miro o cómo ella me mira a mí?

—Vas a perder toda esa pose muy pronto, basta con que cruces la línea con ella. No me trago esa cara de perrito abandonado que pones.

—Será mejor que te acostumbres a fingir que sí te la tragas porque, hasta donde sé, la empresa de la que soy uno de los herederos es la principal aliada de la empresa de tu familia y, solo para refrescarte la memoria, se habla de que pronto cambiaré de puesto. Teniendo en cuenta que soy el vicepresidente, imagino que sabes adónde iré después. En cuanto a Ana, eso es asunto nuestro. Que tengas una buena estancia, Thiago, pero recuerda que esta es mi casa y tú eres el invitado.



Estoy acostado sobre la arena de la playa, escuchando las olas mientras la luna ilumina el mar de manera espléndida. Las manecillas del costoso reloj de mi muñeca se acercan a las once de la noche, el auto de lujo se quedó en el garaje y vine caminando hasta aquí para estar solo, en silencio, y sonrío al recordar las palabras de Higor.

Me froto los ojos cuando veo acercarse a mi tentación con un vestido rosa claro, mientras su cabello vuela con el viento y ella sonríe. ¿Qué diablos hace aquí?

Está prohibida, y cuanto más intento alejarme, más cerca quiero estar.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, acostándose a mi lado.

—¿Ya te diste cuenta de lo hermosa que está la luna hoy? —respondo, mirando el cielo.

—Yo me di cuenta de lo extraño que estás hoy —replica, entrecerrando los ojos.

—¿Extraño? —pregunto, volviendo la cabeza para mirarla.

—Sí, hoy me miraste más que durante los últimos días, en los pocos segundos en que nos cruzamos por la casa.

Dejo escapar una risa breve y vuelvo la mirada hacia el cielo.

—Solo estoy acostado, pensando.

—¿Y en qué has estado pensando? —pregunta, todavía girada hacia mí.

—En todo. En las decisiones que tomé, en lo que quiero de ahora en adelante.

—¿Me incluyes en alguno de tus planes? —pregunta directamente, sin rodeos.

—Tú... lo complicas todo —admito, intentando no mirarla—. Intento mantener las cosas simples, seguir las reglas, pero contigo... nada parece sencillo.

Se ríe suavemente, y el sonido es como una melodía que me envuelve, haciendo vacilar mi autocontrol. Se acerca, con el rostro a centímetros del mío. La cercanía hace que mi respiración se vuelva irregular y el calor de su cuerpo se mezcla con el mío.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, volviéndome de nuevo para mirarla.

—Solo quería caminar —responde sin apartar los ojos de mí.

—Entonces sigue caminando —suplico con la voz atormentada.

—¿Todavía no te has dado cuenta? Que esto duele.

—¿Qué exactamente?

—Luchar contra los deseos, creyendo que huyendo la vida será mejor.

—Estoy evitando problemas con nuestro padre. —Ella cierra los ojos y respira hondo al escuchar mis palabras. La expresión nuestro padre, para ser más exactos.

—Él no tiene por qué saberlo.

—Si pudiera volver atrás, nunca habría abierto esta puerta —digo, mirando sus labios, luchando por seguir manteniendo cerrada

la puerta que nuestros deseos se empeñan en abrir.

—Tengo el pie metido entre ella, nunca conseguirás cerrarla por completo, sobre todo cuando la abres un poco más para espiarme durante la noche o simplemente para verme pasar cuando nos cruzamos en la sala. La abres y la cierras, pero nunca le echas llave.

Siento su mano subir por mi abdomen y mi cuerpo se calienta. Me está llevando al límite del deseo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto como un chico asustado, muy diferente de quien soy. Alguien que ataca, que derriba sin pensar en las consecuencias.

Ella no responde, solo deja que su lengua trace un camino delicioso por mi cuello. Al diablo con la sensatez. La tomo por la nuca, la atraigo hacia mí y la beso. Introduzco la lengua en su boca, exigiendo más y más de ella. Gime entre los besos y mis manos todavía permanecen inmóviles. Hasta ahora.

Levanta las manos y hunde los dedos entre mi cabello, mientras la mía acaricia la parte interna de su muslo y siento que su cuerpo se estremece. Entonces muerde mi labio inferior y mi cuerpo tiembla junto con el suyo. Deslizo la mano hacia arriba y siento su sexo caliente y húmedo por encima de las bragas al mismo tiempo que ella abre las piernas en respuesta.

—No pares —ordena mientras masajeo su clítoris por encima de la fina tela.

—Te quiero —respondo con la voz ronca de placer.

—Entonces tómame —responde, subiéndose sobre mí y frotando su delicioso sexo contra mi erección. La sensación es electrizante y sé que ya no hay vuelta atrás. Voy a follármela aquí mismo, ahora.

Pero antes de que pueda siquiera moverme, un grito resuena en la noche.

—¡Ana! —La voz está cargada de autoridad y furia. Ana se sobresalta y se pone de pie, jadeando. Yo también me quedo inmóvil, con el cuerpo todavía palpitando de deseo, pero completamente paralizado por la interrupción.

—¿Higor? —pregunta con voz temblorosa.

—Voy a romperte la cara, hijo de puta. —Avanza rápidamente hacia mí y yo no reacciono, lo que hace que detenga el movimiento a medio camino.

—Qué carajo, Ana, nuestro padre se va a volver loco —dice, suavizando la expresión, y ella deja escapar el aire que retenía.

—No se lo cuentes, Hiago —le suplica al reconocerlo, e incluso yo respiro más aliviado. Al fin y al cabo, no es el «gemelo malvado».

—Nuestra madre, nuestro padre —repite con las dos manos sobre la cabeza—. Ustedes tienen que parar con esto —advierte, todavía con la voz alterada.

—Hiago —la voz de Ana sigue suplicando.

—Tienen suerte de que no haya sido Higor, pero no voy a encubrir esto —advierte, apuntándome con el dedo—. Ven, volvamos a casa.

Ana me lanza una última mirada por encima del hombro antes de seguirlo.

—Esto tiene que parar, Miguel —me digo a mí mismo. Necesito a alguien que distraiga mi mente y alivie esta excitación. Necesito sacarla de mi cabeza.

15

Ana Clara Milani

—Vete a dormir, Ana —dice con la voz atormentada.

—Me está gustando.

—Ana, no quiero hablar contigo de esto, te lo juro. Te encontré sentada en su regazo. Carajo, eres una niña.

—Hiago, tenemos la misma edad, solo nacimos con unos segundos de diferencia. Si tú te consideras un hombre, yo también soy una mujer.

—Pero tú eres mi princesa —dice con la respiración pesada.

—Me gusta, y me gusta mucho.

—¿Hasta dónde han llegado?

—No hicimos nada más de lo que viste.

—Thiago parece una buena opción. ¿Has pensado que podrías intentarlo con él?

—¿Por qué tengo que intentarlo con alguien a quien no quiero?

—Por respeto a nuestros padres. Nos convertiremos en el hazmerreír, todo el mundo hablará. Nos guste o no, ustedes son hermanos. No importa que no compartan la misma sangre, seguimos siendo hermanos. —Deja escapar un largo suspiro, apretando los labios hasta formar una línea dura—. Entra, vete a dormir.

Paso junto a él sin mirar atrás, subo las escaleras apresuradamente y me dejo caer sobre la cama en cuanto entro en la habitación.

—¿Dónde estabas? —Suelto un grito agudo al ver a Tâmara sentada en el borde de mi cama, a oscuras.

—Qué mierda, me asustaste.

—Estaba viendo a Higor.

—¿Viendo a Higor? ¿Dónde? —pregunto, encendiendo la lámpara de la mesita de noche.

—Estaba nadando en la piscina que está cerca de tu ventana.

—¿Alguna vez has pensado en intentarlo con Hiago? Es mucho más accesible —bromeo.

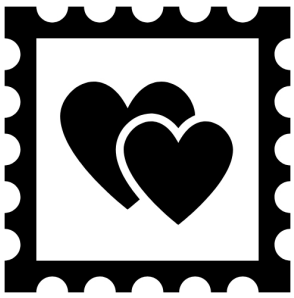
—Amo a Higor.

—Lo siento por ti, Tâmara. Higor es la persona más idiota que conozco y nadie será nunca lo suficientemente bueno para él.

—¿Puedo quedarme junto a tu ventana? —pregunta con un tono que me da pena.

—Puedes dormir en la cama que está junto a ella si quieres, solo apaga la luz.

—Gracias.



Miguel Milani

Dormiría en la playa con tal de evitar esta conversación que Hiago está a punto de empezar, pero aquí estoy, caminando hacia el

balcón de la casa, como si le debiera explicaciones a un mocoso que apenas consigue controlar sus propias hormonas. Tal vez solo esté intentando ganar tiempo, hacer que se calle.

—Tenemos que hablar, Miguel —dice, bloqueándome el paso.

—Siento lo que viste —empiezo, sin demasiada paciencia para escuchar lo que tiene que decir.

—¿Lo sientes? —Sonríe con un toque de burla—. Imagino que sientes muchas cosas, pero el remordimiento no es una de ellas.

—Tienes toda la razón —admito—. Todavía no consigo pensar en las consecuencias más allá de mis deseos. ¿Y tú? ¿Piensas mucho antes de...? —Me encojo de hombros, insinuando sus propios defectos.

—Estamos hablando de Ana, de mi hermana —insiste, con un tono cada vez más serio.

Contengo la risa. *Claro, mientras no sea su hermana, está bien.*

—Respeto a Ana tanto como tú —respondo, intentando mantener la calma.

—¿En serio? ¿Qué carajo fue eso? —La irritación en su voz es poco habitual, especialmente viniendo de él.

—No consigo controlarlo —confieso—. Y te aseguro que lo estamos intentando.

—No voy a fingir que esto no me preocupa.

—Siento algo por ella, algo que no consigo controlar.

—Si algo sale mal, ella terminará lastimada.

—No quiero que sufra, Hiago —digo, sintiéndome culpable—. Pero no sé cómo alejarla.

—Vete de nuestra casa, aléjate —sugiere, como si no conociera a su propio padre.

—Estoy intentando convencer a nuestro padre de que me deje vivir en un apartamento.

—Pero hasta entonces, ten cuidado. No hagas nada que no puedas deshacer. Y, por el amor de Dios, si realmente te importa, piénsalo dos veces antes de actuar.

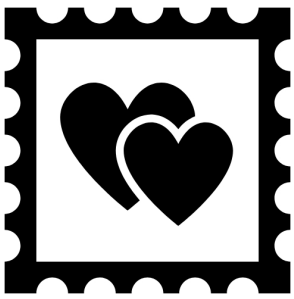
—Gracias por no contar nada —agradezco, reconociendo lo que está haciendo.

—No lo hago por ti. Nuestro padre se sentiría decepcionado y mamá... ni siquiera quiero pensar en eso.

—No lo pienses, no es tu responsabilidad.

—Voy a subir e intentar dormir —dice, dándome una palmada ligera en el hombro antes de darse la vuelta y entrar en la casa.

Me quedo allí durante un momento, observándolo desaparecer, sabiendo que tiene razón, pero sin saber si conseguiré hacer lo correcto.



El sol se está poniendo cuando salgo al balcón. Allí abajo, Ana está jugando al voleibol con Thiago, Hiago y Tâmara. Thiago, claro, con esa sonrisa presumida, está más cerca de ella de lo que me gustaría. Forman una buena pareja jugando al voleibol, riéndose de algo que solo ellos parecen entender.

Debería ignorarlo, pero, en lugar de eso, me quedo observándolos con la mandíbula tensa. Thiago no pierde ninguna oportunidad de tocarla, sujetándola del brazo cuando tropieza, ayudándola a levantarse cuando cae en la arena. Y Ana, con esa risa fácil, se está divirtiendo más de lo que debería.

—Ana solo lo ve como un amigo, eso es lo único que él es para ella —murmuro para mí mismo, intentando apartar la molestia que crece dentro de mí. Pero conozco la verdad. Estoy sintiendo algo, algo que no quiero admitir. Celos.

Yo, que siempre me he enorgullecido de ser controlado, estoy siendo consumido por algo tan... infantil. Y ahí está Thiago, actuando como si fuera el único capaz de hacerla sonreír.

Cuando Ana salta para alcanzar la pelota y cae sobre la arena, Thiago se apresura a ayudarla a levantarse. Intercambian miradas y se ríen, como si estuvieran en un ridículo anuncio romántico. Esa fue la gota que colmó el vaso.

—Ya basta, Miguel. No tienes por qué seguir mirando esto —murmuro, alejándome del balcón antes de que puedan verme.

Necesito hacer algo para calmar la mente, quizá salir a correr, darme un baño en el mar. Cualquier cosa que me aleje de la idea de que, de repente, me importa demasiado quién está jugando al voleibol con Ana.

Salgo del balcón, me cambio rápidamente de ropa y, antes de poder pensarlo dos veces, estoy corriendo por la playa, sintiendo la arena bajo mis pies y la brisa fría golpeándome el rostro. El sonido de las olas rompiendo en la orilla es casi hipnótico, ayudándome a concentrarme en cualquier cosa que no sean Ana y Thiago. Sé que tengo que dejarlo pasar. No tiene sentido seguir dándole vueltas a unos sentimientos que yo mismo estoy intentando reprimir.

El teléfono vibra en mi mano mientras sigo corriendo por la playa. Respiro hondo antes de contestar, intentando mantener el ritmo.

—¿Qué tal, hermano? —pregunta Ryan al otro lado de la línea. Incluso a la distancia, sigue siendo mi mejor amigo, pero hablar de cosas serias con él es como intentar conversar con alguien que solo sabe hacer bromas.

Me dejo caer sobre la arena, todavía respirando agitadamente.

—¿Cómo van las cosas por ahí? —pregunto, todavía recuperando el aliento.

—¿Estabas corriendo o interrumpí algo? —Se ríe, divirtiéndose al otro lado de la línea.

—Estoy corriendo por la playa —respondo, dejándome caer hacia atrás mientras intento normalizar la respiración.

—Ya resolviste todo con la justicia, deberías volver pronto.

—Confieso que no extraño Canadá.

—Claro, la buenísima de tu hermana sigue ahí.

—Si estuvieras aquí, te arrancaría la lengua para enseñarte a respetarla.

—Relájate, solo estoy bromeando. Pero entonces, ¿va a pasar algo por ahí?

—No. No puedo hacer eso.

—Estoy esperando a que resistas. Tú puedes. —Vuelve a reírse a carcajadas. Sabe que nunca he sido de resistirme a este tipo de cosas.

—Solo necesito mantenerme alejado de cualquier situación que pueda hacerme perder el control.

—Quieres decir que tienes que mantenerte alejado de Ana.

Miro hacia donde están jugando al voleibol y veo a Ana venir en mi dirección.

—Ryan, te llamo más tarde —digo, terminando la llamada.

—¿Por qué no viniste a jugar? —pregunta, deteniéndose a mi lado.

Me levanto, sacudiéndome la arena pegada al cuerpo.

—¿Debería haber ido? —pregunto con tono serio.

—Estás muy callado hoy —dice mientras me sigue cuando empiezo a caminar de regreso a la casa.

—Solo estoy pensando en algunas cosas —respondo sin mirarla.

—Ah, ¿sí? ¿En qué? —insiste, siguiendo mi paso apresurado.

—Nada importante, vuelve con tus amigos. Voy a subir a darme una ducha, ya casi es hora de cenar.

Acelero el paso, dejándola atrás. Me siento como un adolescente huyendo.

16

Ana Clara Milani

Miguel cenó y después subió a su habitación. Desde el incidente con Hiago, me ha estado evitando, y esa distancia solo aumenta mi deseo. Decidí que quiero estar con él y punto, no importa si será una vez, dos o más; solo necesito que me dé una oportunidad.

Miro el reloj en mi muñeca, que marca casi la una de la mañana. Esperé pacientemente hasta que todos estuvieran dormidos antes de dirigirme a su habitación. Recorro los silenciosos pasillos de la casa; el sonido de mis pasos queda amortiguado por el grosor de las alfombras. Cuando llego a la puerta de la habitación de Miguel, la encuentro cerrada con llave, como era de esperarse.

—¿Miguel? —mi voz es un susurro ansioso mientras llamo a la puerta.

Pero la única respuesta que recibo es el silencio. Lo intento una vez más, un poco más firme.

—Miguel, por favor —vuelvo a susurrar.

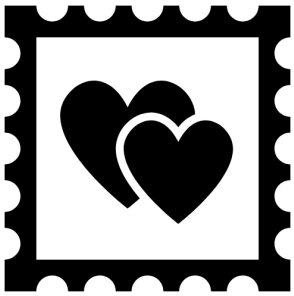
El pomo gira lentamente y la puerta se abre con un suave chirrido. Miguel aparece frente a mí solo con un pantalón de chándal, con la expresión de alguien que, al igual que yo, no ha pegado ojo esta noche.

—¿Qué haces aquí, Ana? —pregunta, detenido en la puerta entreabierta.

Sin dudarlo, doy un paso al frente, obligándolo a dejarme entrar, y él me hace espacio.

—Vuelve a tu habitación —dice, sentándose en el borde de la cama.

—¡No! —digo, acercándome y tirando de su brazo para que me abrace por la cintura—. Necesito estar contigo hoy.



Miguel Milani

—No lo necesitas.

Ella parece no oírme mientras mis manos se deslizan por su cuerpo.

—Ana, no soy el tipo de hombre para ti. Necesitas… —me callo; iba a decir que necesitaba a alguien de su edad, alguien menos experimentado, pero la idea de que otro la toque me vuelve loco.

Ella se arrodilla frente a mí y mi respiración se acelera.

—Vas a follar conmigo —digo cerca de su rostro, sintiendo el aliento cálido y dulce que emana de ella—. Deberías ayudarme, Ana —digo con voz ronca, rozando mis labios con los suyos.

Ella acaricia mi abdomen y traza un camino con la lengua mientras siento sus uñas arañándolo.

—No me hagas esto —suplico como un niño a punto de ser castigado e incapaz de defenderse.

Ella besa mi piel y un gemido se escapa de sus labios, un gemido delicioso, caprichoso, provocador.

—¿Qué estás pensando hacer? —pregunto con un gemido, viéndola mirar mi polla, que casi se sale del pantalón.

—Voy a demostrarte que no soy una niña, que no tienes que tener tanto miedo. Sé lo que quiero, solo tienes que dejar de huir de mí.

Ella baja las manos y me baja el pantalón. Cuando su lengua alcanza mi polla, cierro los ojos y arqueo el cuello. Gimo, yendo del cielo al infierno.

Ella me toma por completo y vuelve a succionar la punta, volviéndome loco. Pasa la lengua sin conseguir tragarme por completo y tiro de su cabello, haciendo que me mire.

—¿Eso era lo que querías? Entonces abre bien esa boquita, trágame y chúpame con muchas ganas. Haz que me corra en esa boquita atrevida.

Sujeto su cabello y vuelve a tragarme todo lo que puede. Me muevo, follándole la boca; ya no tengo cordura, mucho menos autocontrol. Llevo demasiado tiempo deseando follarme a esta chica.

—¿Quieres demostrarme que sabes hacerlo? Entonces chúpame rico —digo, delirando con su boca suave—. Lámeme con ganas.

Ella sube y baja, lamiendo y dando mordiscos suaves. Nunca imaginé que una mamada de una virgen inexperta me dejaría tan enloquecido.

Suelto su cabello y me apoyo en la cama, relajándome, dejando que chupe y muerda la punta como viene haciendo.

—Me voy a correr —advierto, volviendo a sujetar su cabello y follando su boca mientras muevo las caderas—. Tienes que

tragártelo todo —ordeno, y ella lo hace, lamiendo sin asco ni piedad. Chupa con ganas, empapándose. Deliciosa hija de puta.

La levanto del suelo y limpio su boca.

—Ahora me toca a mí corresponderte —digo, sentándola en la cama. Le quito el camisón que lleva y uso la boca para quitarle las bragas.

Me arrodillo frente a ella y tira de mi cabello para que la bese. Arquea la espalda; bajo los besos por sus pechos y trazo un camino con la lengua hasta su coño empapado.

—Quiero follarte muchísimo. —Muerdo su muslo, dejando mi marca mientras lamo y chupo su piel. Ella grita agudo y me levanto alarmado, poniendo una mano sobre su boca.

—Joder, gime bajito.

—No puedo más.

—¿Cómo que no puedes más? —digo, acariciando su punto sensible con la mano sobre su boca, amortiguando sus gemidos—. Córrete en mi mano —ordeno. Arquea la espalda cuando aumento la velocidad del estímulo, quedándose flácida entre mis manos, y vuelvo a arrodillarme, metiendo la lengua y sintiéndola correrse en mi boca.

—Así —gime más bajo esta vez, casi en un susurro.

—Necesito follarte —digo, subiendo mi boca para encontrar la suya—. Quiero mucho más —digo, sin aliento.

—Soy toda tuya.

Sí, es toda mía. Lo admito, consciente de que no dejaría que otro hombre la tocara.

Su teléfono vibra al lado de la cama y lo toma para abrir el mensaje, y un suspiro frustrado se escapa de su boca.

—¡Mierda! Tâmara va hacia mi habitación.

—Dile que no vaya —suplico, repartiendo besos por la curva de su cuello.

—Ya está subiendo. —Se levanta, se pone el camisón a toda prisa y sale de la habitación.

Tomo las bragas que quedaron en el suelo y las huelo, sintiendo cómo mi polla crece, loco por las ganas de follarla, deseando más y más de ella.

17

Miguel Milani

Me despierto sobresaltado en la cama, con el corazón desbocado al ver a Leonardo sentado en el sillón de al lado, con expresión tranquila.

—Perdona, Miguel. No quería asustarte —dice, con un tono ligero, casi divertido.

—Está bien... Solo que no esperaba despertarme con alguien observándome —respondo mientras me acomodo en la cama.

—¿Estás saliendo con alguien? —La pregunta de Leonardo me toma por sorpresa y frunzo el ceño.

—No... ¿Por qué? —pregunto, intentando mantener la calma.

—Estabas hablando mientras dormías. Mencionaste que querías estar con alguien —explica con una sonrisa casi imperceptible.

Mi sonrisa es tensa y mi mente corre en mil direcciones, buscando una excusa que tenga sentido. ¿Qué fue exactamente lo que escuchó?

—¿Está todo bien? —intento cambiar el rumbo de la conversación—. ¿Vino aquí por algún motivo en particular?

Leonardo niega con la cabeza y sonríe.

—Solo estaba pensando en algunas cosas. Sabes, Miguel, confío en ti. Siempre te he considerado como un hijo, sangre de mi sangre, y sé que tienes la cabeza bien puesta. Pero noto que cada día estás más distante y me pregunto qué pasa por tu mente.

Se me revuelve el estómago, pero intento mantener la compostura.

—Estoy bien, solo cansado. Creo que la mudanza aquí y las responsabilidades en la empresa me están dejando así.

Leonardo me mira de una forma que hace parecer que está sopesando cada una de mis palabras.

—Sé que la presión es grande. Pero quería que supieras... que me gustaría mucho verte más con los chicos, que hablaran más. Quiero verte sintiéndote parte de esta familia. Al final, Ana tendrá un hermano más que la proteja.

Cada frase es un cuchillo girando en la herida de la culpa que siento ahora. Solo pienso en contárselo, en quitarme este peso del corazón. Pero soy débil, estoy intentando alejarme de ella.

—Te juro que lo intentaré.

Él sonríe, satisfecho con mi respuesta, y se levanta del sillón.

—Sé que puedes hacerlo, Miguel —dice después de un largo suspiro, como si llevara mucho tiempo conteniendo esas palabras, esperando el momento de pronunciarlas.

Cuando sale, siento el peso de las palabras que no se dijeron. Leonardo confía en mí y yo... traicioné esa confianza de una forma que quizá no tenga vuelta atrás.

Mi teléfono vibra sobre la mesita de noche.

**Ana Clara:** Buenos días, ¿no vas a bajar? Estamos desayunando para volver a casa.

**Miguel:** Estaba con Leonardo. Voy a ducharme y bajo.

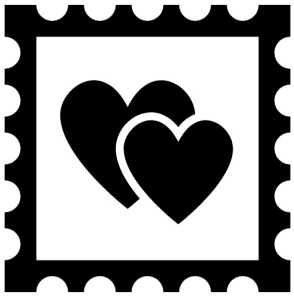
**Ana Clara:** ¿Con papá? ¿Qué te dijo?

Miguel: Que me acerque más a ustedes y así me sienta parte de la familia.

Veo que aparece su nombre indicando que está escribiendo, pero la respuesta no llega. Imagino que quizá sea un mensaje largo o que lo esté borrando varias veces hasta encontrar las palabras adecuadas.

Ana Clara: Todavía no terminamos lo que empezamos ayer. Soñé contigo dentro de mí.

Lanzo el teléfono sobre la cama, sintiendo cómo se me vuelve pesada la respiración. Esto no puede continuar.



Ana Clara Milani

Miguel no bajó, así que subo a buscar mi maleta y lo veo apoyado en el balcón de su habitación, cuya puerta está completamente abierta. Se vuelve hacia mí en cuanto me oye hacer ruido al entrar.

—¿Por qué no bajaste? —pregunto, cerrando la puerta detrás de mí.

—Deja la puerta abierta y baja, Ana —dice con frialdad.

—¿Cuál es tu problema? Estos cambios de humor tuyos me están matando de ansiedad, Miguel.

—Baja y vuelve con tu amigo. No puedes alejarte ni un minuto porque enseguida empieza a recorrer las habitaciones buscándote.

—¿Por eso estás así? ¿Quieres que te diga con todas las letras que él no tiene ninguna oportunidad?

—Él sí la tiene. Soy yo quien no la tiene.

—¿De qué estás hablando?

—De la verdad, Ana. ¿Qué quieres? ¿Que bajemos tomados de la mano?

—Estás siendo un idiota.

—Perdóname, soy un idiota.

—Pero ayer nosotros...

—Ayer hiciste lo que querías hacer y yo hice lo que me pediste que hiciera.

—¡Carajo, Miguel! ¿Ahora qué estás insinuando que soy?

—No estoy insinuando nada. Simplemente no puedo enamorarme de ti, Ana. No va a pasar, ya lo sabíamos. —Su voz vacila y veo el dolor en sus ojos. Está sufriendo.

—¿Qué vas a decirle? ¿Que el hijo de puta al que acogió en su casa estaba follándole la boca a su hija?

—No. Voy a decirle que me enamoré. Y que espero que me apoye.

—Olvidemos esto. Baja y vuelve con tu amigo.

—¿Me estás empujando hacia él? —Quiero gritar, pero no puedo. Me obligo a controlar la voz mientras me acerco a él, sintiendo el corazón acelerado.

—Necesitas olvidarte de mí, Ana. Leonardo se va a decepcionar, no nos va a perdonar.

—¿Y desde cuándo te importa? ¿No fuiste tú quien se marchó durante años y volvió Dios sabe por qué?

—No es por mí, Ana. Estoy pensando en ti.

—Puedo tomar mis propias decisiones.

—Y yo puedo ayudarte a elegir. No me elijas.

Lo dice mientras toma las llaves del auto de encima de la mesa y sale de la habitación, dejándome sola con un agujero en el pecho.

18

Ana Clara Milani

Han pasado algunas semanas, y Miguel y yo seguimos distantes. Esta vez, no le facilité las cosas. Mantuve mi rutina como de costumbre, sin preocuparme por evitar nuestros encuentros ni por provocarlos. Si nos cruzamos o no, fue simplemente obra del azar. Crecí escuchando a mi padre decir: «Somos Milani». Siempre me hizo gracia, al fin y al cabo, no es más que un apellido. Pero la frase que venía después cargaba con todo el peso de nuestra familia: «Nunca nos rendimos. Nunca bajamos la cabeza». Ya no voy a bajar la cabeza ante Miguel, y tampoco voy a volver a renunciar a mí misma.

—¡Ana! —La voz de Bruna en la videollamada me devuelve a la realidad.

—Perdona, me distraje —digo, soltando una carcajada a la que ella se suma.

—¿Vas a venir o no el próximo feriado? —pregunta Bruna mientras se acomoda el cabello frente al espejo.

—Sí, voy a ir —respondo, terminando de maquillarme—. Pero quería que vinieras este fin de semana, para la fiesta.

—¿Fiesta? ¿Qué estás celebrando? —pregunta con una sonrisa curiosa.

—¡La vida! —respondo con una risa ligera.

Oigo la bocina del auto de Tâmara y me despido de Bruna antes de bajar las escaleras a toda prisa. Tomo una manzana de la mesa y le doy un mordisco, sintiendo el sabor dulce que me distrae por un momento.

—¿No vas a sentarte a comer? —pregunta mi madre, levantando la mirada del plato.

—Tâmara ya me está esperando —respondo con la boca medio llena, dando otro mordisco a la manzana. Intento sonar despreocupada, pero siento el peso de la mirada de Miguel desde la mesa, aunque se esfuerza por no mirarme directamente.

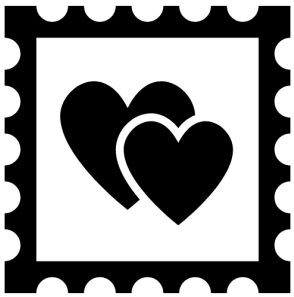
—Vamos a hacer un trabajo y después dormiré en su casa —añado, girándome rápidamente para salir, como si estuviera huyendo de algo más que de la conversación.

Miguel permanece en silencio, con los ojos clavados en el plato frente a él. ¿Y yo? Finjo que ni siquiera está ahí. Como si no formara parte de ese mundo que estoy intentando reconstruir.

—Cuídate —dice mi madre, sin apartar la atención.

—Descuida, mamá. Sé cuidarme —respondo, más para mí misma que para ella, mientras salgo por la puerta y me dirijo hacia el auto de Tâmara. El sol ya se está poniendo y siento una ligera brisa de libertad.

Me niego a bajar la cabeza. Después de todo, soy una Milani.



Miguel Milani

Ana sale de casa con esa energía que solo ella tiene, casi corriendo hacia el auto de Tâmara, como si estuviera huyendo de algo. Tal vez de mí.

Debería sentirme aliviado porque mantenga esa distancia, pero, en realidad, solo me siento más inquieto. Hay algo en ella que parece haber cambiado, como si finalmente hubiera decidido que ya no va a mirar atrás, y eso me molesta más de lo que quiero admitir.

—¿No vas a terminar de comer, Miguel? —La voz de Samanta me saca de mis pensamientos.

—Ya terminé —respondo, apartando el plato medio vacío. En realidad, la comida ni siquiera me bajó bien.

Me levanto, pasándome una mano por el cabello e intentando despejar la mente. Pero la mirada de Samanta es aguda; sabe que algo está pasando, aunque no tenga claro qué.

—Ana está diferente, ¿no crees? —pregunta con aparente indiferencia.

—¿Diferente? —respondo, fingiendo no haber notado nada. No soy el tipo de persona que comparte sus pensamientos con facilidad, sobre todo cuando ni siquiera yo tengo respuestas claras.

—Creo que está enamorada —continúa con una sonrisa cómplice mientras mira hacia los lados para comprobar si Leonardo está regresando del despacho, adonde fue a buscar unos documentos.

—¿Enamorada? —Me encojo de hombros, fingiendo desinterés.

—Tal vez sea Thiago.

—¿Y aun pensando eso vas a dejar que duerma en su casa? —Mi tono sale con más intensidad de la que me gustaría y ella suelta una carcajada.

—¿Ana ganó otro hermano celoso? —bromea, todavía sonriendo.

Camino hacia la enorme ventana y la abro para poder respirar sin sentir que estoy atrapado en algo que no consigo controlar. Me quedo allí, observando cómo el auto de Tâmara se aleja, llevándose a Ana lejos una vez más.

¿Y por qué eso me molesta tanto? Ella está siguiendo adelante, viviendo su vida, tal como le sugerí que hiciera. Pero entonces, ¿por qué cada vez que da un paso al frente siento como si estuviera perdiendo algo importante?

Respiro hondo, intentando alejar esa sensación. Necesito concentrarme en otras cosas, en cualquier cosa que no sea esta confusión interna que Ana provoca en mí. No sé hasta cuándo podré mantener esta distancia.

Leonardo regresa con varias carpetas entre los brazos y voy hacia él para ayudarlo.

—Ven conmigo en el auto, podemos hablar de los puntos de la reunión por el camino —dice, entregándome algunas de las carpetas.

Le paso la llave de mi auto a uno de los guardias de seguridad, que llevará el vehículo a la empresa.

—Papá... —La palabra sale de mí de una forma tan inesperada que veo a Leonardo casi detenerse en mitad del movimiento de entrar al auto. Me mira, visiblemente sorprendido.

—¿Qué pasó? —pregunta, entrando finalmente en el auto. Sigo su ejemplo y me siento a su lado.

—¿Tiene que pasar algo para que te llame papá? —intento suavizar la situación con una sonrisa nerviosa.

—Sí, me asusta cuando haces algo fuera de lo habitual —responde, todavía con una expresión de ligera preocupación.

—Encontré un apartamento.

—Pensé que ya te sentías cómodo quedándote en casa con nosotros. Con eso de acercarte a tus hermanos.

—Sí, lo estoy, pero necesito un espacio que sea solo mío. A mis hermanos les gustan las fiestas, estaré presente siempre que sea posible. Después de todo, estamos en etapas diferentes.

Él vuelve a centrar la atención en las carpetas mientras me acomodo la corbata, intentando disimular la ligera incomodidad que la conversación me ha provocado.

—Entiendo —dice, rompiendo el silencio—. Todos necesitamos nuestro propio espacio en algún momento. Pero sabes que Samanta te echará de menos.

—Lo sé. Y no estoy planeando alejarme de ustedes. Solo quiero un lugar donde pueda... pensar con más claridad, concentrarme en las cosas que necesito resolver.

Leonardo me mira con una expresión de ligera preocupación. Hemos vivido demasiado tiempo lejos el uno del otro y sé que teme que vuelva a distanciarme.

—Está bien. Si es lo que necesitas, entonces adelante. Solo quiero que sepas que siempre tendrás un lugar en casa, pase lo que pase. Samanta ha estado hablando mucho conmigo; necesito dejarte tomar tus propias decisiones.

—Gracias —respondo, sintiéndome un poco más aliviado porque no haya hecho más preguntas.

Él esboza una pequeña sonrisa y luego vuelve a concentrarse en las carpetas.

—Vamos a resolver lo que tenemos para hoy —dice, regresando a su modo de trabajo—. Y después, si quieres, enséñame ese apartamento.

Asiento, apreciando la forma en que maneja la situación. Leonardo no necesita conocer los detalles complicados que me

llevaron a tomar esta decisión. Por ahora, basta con que entienda que estoy intentando hacer lo correcto, aunque eso signifique alejarme un poco.

19

Miguel Milani

Llego a la oficina y Diane, con su habitual energía matutina, me aborda en cuanto cruzo la puerta.

—¡Señor, buenos días! —dice animada, casi dando saltitos.

—Buenos días —murmuro, sin prestarle demasiada atención, dirigiéndome directamente a mi despacho.

—¡Señor, señor! —insiste, corriendo detrás de mí.

Respiro hondo, impaciente, esperando únicamente que no me ofrezca café, como ha estado haciendo últimamente, suponiendo que no he dormido bien y necesito despertarme.

—¿Qué pasa, Diane? —pregunto, deteniéndome de repente, y ella choca contra mí.

—¡Uy! —dice, recomponiéndose del golpe—. Su agenda, señor. Déjeme explicársela —añade, tropezando con sus propios pies como de costumbre. En un movimiento automático, la sujeto antes de que caiga.

—¡Maldición! ¿No puedes hacer nada sin caerte o lastimarte? —me quejo, soltándola rápidamente.

—Lo siento, señor —responde con una sonrisa avergonzada, enderezándose.

—Dime cuál es mi agenda de hoy —digo, sentándome frente al escritorio.

Mientras Diane empieza a explicarme la agenda del día, siento que mi teléfono vibra una vez más en el bolsillo. Debería

haber dejado de seguir a Ana en las redes sociales, pero no lo hice, y cada vez que publica algo, me llega una notificación.

—¿Su novia? —se aventura a preguntar Diane, percibiendo mi incomodidad al mirar la pantalla del teléfono que dejo sobre el escritorio, y se arrepiente de inmediato al ver mi expresión severa.

—Ana Clara, su hermana, ¿verdad? —intenta corregirse rápidamente al reconocer la foto de Ana en la pantalla de mi teléfono.

—Diane, sé breve. Dime lo que tengas que decir y vuelve al trabajo —ordeno, mirándola fijamente.

—Claro. Hoy tiene una cena importante, pero su padre no podrá asistir, así que tendrá que encargarse de todo usted solo —empieza, tratando de mantener la concentración—. Y sobre la expansión del banco en Boston, su inglés tiene que estar impecable.

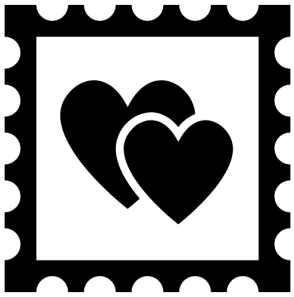
La miro con seriedad y ella vuelve a concentrarse rápidamente en la agenda.

—Ah, y tenemos un cóctel a las seis de la tarde, algo informal para estrechar las relaciones entre las empresas. El señor Milani me pidió que lo acompañara, ya que conozco bien a todos los que estarán allí y consideró importante mi presencia —termina, claramente orgullosa de sí misma.

—No veo ningún motivo para eso. Sal a tu hora habitual y ocúpate de tus asuntos personales. Si eso es todo, voy a empezar el día con los documentos que están sobre el escritorio antes de la reunión —respondo, despidiéndola sin rodeos.

Ella vacila durante un segundo, pero enseguida sale del despacho. Respiro hondo, intentando concentrarme en las tareas que tengo por delante, pero la irritación sigue ahí. Ana continúa distrayéndome, incluso cuando intento concentrarme. Me enderezo en la silla, dispuesto a sumergirme en el trabajo, pero pensar en

cualquier otra cosa que no sea Ana durmiendo en casa de Thiago me resulta imposible.



A primera hora de la tarde, recibo un traje enviado para el cóctel. Algo que, probablemente, mi padre organizó para asegurarse de que estuviera impecable para la ocasión. Cuando llega el final de la tarde, me doy una ducha rápida y me cambio, aliviado al saber que Diane ya no está en la empresa. Su torpeza me agota y hoy no tengo paciencia para lidiar con sus metidas de pata.

Llego al lugar del cóctel sintiéndome fuera de lugar. Estos eventos sociales siempre me parecen forzados, pero sé que forman parte del trabajo. La incomodidad solo empeora cuando alguien choca conmigo y derrama vino sobre mi camisa blanca.

—¡Señor, lo siento! —La voz de Diane resuena frente a mí. Bajo la mirada, irritado, y veo la camisa manchada de rojo.

—¿Qué mierda haces aquí? Te dije que no vinieras —digo, intentando controlar la frustración.

—En realidad, señor, soy sobrina del anfitrión. Iba a estar aquí de todas formas —responde, sonriendo como si no hubiera pasado nada.

—¿Sobrina? —Entrecierro los ojos, analizándola. Esta chica parece estar en todas partes.

—Sí, mi tío me consiguió ese puesto en Milani. ¿Recuerda que se lo dije? No quiero depender de él para todo —explica Diane,

todavía sonriente—. Déjeme ayudarlo con la camisa.

Antes de que pueda reaccionar, me tira de mí y me lleva a una habitación del lugar. Con un movimiento rápido, empieza a quitarme la camisa.

—Oye, oye, ¿qué estás haciendo? —pregunto, apartando las manos apresuradas de Diane.

—Lo siento, estaba intentando ayudar —responde con una sonrisa que pretende ser inocente.

—Ayudas más si dejas de chocar con todo a cada rato. ¿No aprendiste a caminar de niña? —Vuelve a extender las manos para ayudarme—. Y no me toques. Sé quitarme la camisa solo.

—Voy a pedirle a la empleada que quite la mancha, la meta en la secadora, la planche y se la traiga —dice, saliendo de la habitación con la camisa en las manos.

—Está bien, esperaré aquí —murmuro más para mí mismo que para ella, porque ya ha cruzado la puerta. Vuelvo mi atención hacia el jardín a través de la ventana, intentando tranquilizarme.

Después de varios largos minutos, regresa.

—Ahora solo hay que esperar —dice, sentándose en el borde de la cama.

—¿Y vas a quedarte aquí conmigo?

—Claro que voy a quedarme, ¿adónde más iría? —responde como si fuera obvio.

—Creo que no quedaría muy bien si nos encontraran aquí.

—Relájese, es una habitación del servicio y está vacía. Su camisa estará aquí enseguida.

Me siento en la silla junto a la ventana y cierro los ojos después de soltar un largo suspiro.

—Debería relajarse más, está demasiado estresado.

—Y tú deberías dejar de ser tan torpe —digo irritado, y ella se ríe con ganas.

—Listo, aquí está la camisa, señora —dice una de las empleadas al entrar en la habitación después de llamar suavemente a la puerta.

—Gracias. —Tomo la prenda con prisa y me la pongo rápidamente. Quiero salir de esta habitación lo antes posible.

—¿Conoce a alguien? —pregunta Diane, mirando a su alrededor mientras me sigue.

—No —respondo secamente.

—Entonces tendrá que aceptar mi ayuda —dice con evidente satisfacción—. Aquel de allí es mi tío, Di Estefano.

—¿Son italianos? —pregunto. No sé demasiado sobre lo que he venido a hacer aquí.

—Sí, y usted también tiene un apellido italiano, así que debe entenderlo —responde, sonriendo.

—Es verdad —concuerdo, recordando que los Milani, a pesar del apellido, no son italianos—. ¿Tu tío no tiene hijos?

—No.

—Entiendo. Podrías intentar trabajar con él. ¿A qué tipo de negocios se dedican? —pregunto, intentando mantener la conversación ligera.

—Adivine. —Sacude la copa llena de vino como si eso fuera una pista.

—¿Copas de cristal? —respondo, divertido.

—No, vinos. —Se ríe—. Pero creo que no voy a aprender demasiado siendo su secretaria.

—Quién sabe, quizá salgas de allí con una coordinación motriz mucho mejor. Y perdona si parezco antipático, pero así soy —digo, intentando compensar mi facilidad para perder la paciencia.

—Ya me estoy acostumbrando a sus cambios de humor —dice con una sonrisa—. Pero voy a pedir un aumento de sueldo si esto sigue así.

—Deberías ocupar el escritorio de tu amiga de al lado, creo que allí pagan mucho más —digo, refiriéndome a la asistente de Leonardo—. Entonces, ¿qué tengo que hacer aquí? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—Pensé que no me necesitaba, señor sabelotodo —se burla —. Vamos a sentarnos en aquella mesa. Esos hombres son nuestros primeros contactos para abrir sucursales por toda Italia —explica.

—¿Algo tan grande como eso? No debería tener semejante responsabilidad.

—Su padre lo eligió porque es joven. Esos empresarios tienen ideas modernas y ven a los jóvenes como su público objetivo. ¿No leyó nada de lo que había en el informe que dejé sobre su escritorio?

Debería haberlo leído, debería haber hecho muchas cosas, pero Ana sigue rondando por mi cabeza y me hace perder la concentración en todo aquello en lo que debería estar empeñado.

—Entonces, vamos —digo, resignado.

20

Miguel Milani

El tiempo pasa y, para mi disgusto, el cóctel se prolonga durante horas. Me instigan a beber más y más vino, sin poder simplemente levantarme y dejar los asuntos inconclusos. Lo único que quiero es que esta noche termine pronto, pero sé que aún tengo mucho que resolver.

El vino empieza a afectar mi capacidad de razonamiento. No quiero que nadie se dé cuenta de que estoy más borracho de lo que me gustaría.

Como si fuera una alucinación, veo a Ana entrar con Thiago a su lado. Está deslumbrante, el vestido moldeando a la perfección sus curvas. La sonrisa en su rostro es radiante, pero verla junto a Thiago solo hace que aumente la incomodidad que ya siento. Se mueven juntos por la sala, saludando a algunas personas, y por un instante ella me ve, pero enseguida desvía la mirada y continúa la conversación con Thiago.

¿Qué es esto? ¿Va a fingir que no me vio?

—No tenía idea de que vendrían —dice Diane, deteniéndose a mi lado.

Algo dentro de mí se agita. Quizá sea el vino, quizá sea el hecho de que está aquí con él, pero, sin pensarlo, me levanto y empiezo a caminar hacia ellos.

—¡Ana! —Mi voz suena un poco más alta de lo que pretendía, pero es suficiente para que ella se detenga y se vuelva hacia mí. Thiago hace lo mismo, mirándome con una expresión despreocupada.

—¿Miguel? ¿Estás bien? —pregunta Ana, dando un paso al frente.

—Tal vez mi tío le hizo beber demasiado vino —responde Diane con un tono divertido.

—Estoy muy bien —respondo—. No necesito que nadie responda por mí. —Miro irritado a Diane, que retrocede un paso—. Quiero saber qué estás haciendo aquí con él. —Veo cómo la respiración de Ana se vuelve más pesada ante mi pregunta. No estoy siendo cauteloso en absoluto, y tanto Thiago como Diane perciben mi tono posesivo.

—Thiago me invitó —dice, manteniendo la calma, pero puedo ver que intenta medir la situación—. Solo estamos disfrutando de la noche.

—¿Disfrutando? —repito con una sonrisa irónica—. Claro que sí.

—Miguel, tal vez deberías volver al lugar del que viniste —sugiere Thiago, pero su voz lleva un tono que suena más como una orden que como un consejo.

—Vamos, Miguel —dice Diane con suavidad, intentando guiarme de regreso a donde estaba sentado—. ¿Por qué no hablan después, en otro lugar?

Ana coloca suavemente una mano sobre mi brazo. Siento su contacto y, por un momento, el calor de su tacto parece calmar la tormenta dentro de mí.

—Creo que es mejor llevarlo a casa —dice Ana, y Diane asiente.

—Lo haré.

—Voy a pedir un taxi, no estoy tan borracho como para no saber dónde vivo. Solo fueron unas copas de vino de más.

—Iré contigo —insiste Ana.

—Está bien —acepto, lo que irrita a Thiago.

Mientras nos alejamos de la fiesta, siento el aire nocturno en el rostro y eso me ayuda a despejar un poco la mente. Ana finalmente se detiene en un rincón más apartado y me mira.

—¿Qué estás haciendo, Miguel? —pregunta con ambas manos en la cintura y una expresión hermosa, furiosa.

—Podría preguntarte lo mismo —replico, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Dame las llaves del coche. —Extiende la mano y las saco del bolsillo para entregárselas.

—Solo para que conste, puedo conducir —digo, encogiéndome de hombros.

—No estoy tan segura de eso —dice mientras toma el volante del coche, y yo me siento a su lado.

—¿Sabes lo que haces? —pregunto, abrochándome el cinturón. Nunca la he visto conducir.

—Claro que sí, no conduzco porque no quiero.

—Detente a dos cuadras de aquí, yo te iré indicando el camino.

Hace lo que le pido sin cuestionar, deteniéndose frente al edificio donde alquilé un apartamento para venir cuando quiero estar solo y pensar en la vida, algo que nadie sabía que existía hasta ahora.

—¿Qué edificio es este? —pregunta, mirando el edificio con curiosidad.

—Es donde tengo un apartamento. Me quedaré aquí esta noche.

—Te ayudaré a subir —dice después de un suspiro impaciente.

—Ana, ¿de verdad crees que no puedo subir solo?

—Lo que sé es que no tenía idea de lo terco que te pones cuando bebes.

—Si quieres subir conmigo, vamos. —Extiendo el brazo, indicándole el camino.

Subimos en silencio hasta el ático; ni siquiera consideré alquilar algo menos que eso. Leonardo no me dejaría vivir en algo por debajo de lo que él considera aceptable para un Milani.

—¿Nuestro padre ya sabe lo del apartamento? —pregunta al salir del ascensor que da directamente al ático.

—Lo mencioné por encima —respondo, entrando mientras ella me sigue—. Ahora que ya me dejaste en casa, puedes irte. —respondo, dejándome caer en el sofá—. Llama a tu amigo para que venga a buscarte. —Mi tono es irónico y ella fuerza una sonrisa.

—No hay nada entre Thiago y yo, si eso es lo que quieres saber —dice, por fin lo que quería oír.

—¿Y crees que eso cambia algo? Apareciste allí con él, riendo, divirtiéndote como si... —Me callo y me sonrío a mí mismo por lo deplorable que estoy. Tal vez Ana tenga razón, estoy lo bastante borracho como para decir estupideces.

—Estoy intentando seguir adelante, Miguel.

—¿Con él? —El dolor en mi pecho se intensifica. Estoy jodidamente celoso.

—Podría ser con cualquiera —responde, con voz tranquila, como si intentara mantener una barrera emocional entre nosotros.

—Déjame solo —mi voz sale quebrada.

Ella duda por un momento, mirándome.

—Que tengas una buena noche —dice antes de darse la vuelta hacia la puerta, y yo ya me arrepiento de haberle pedido que se fuera.

—Ana, quédate aquí esta noche —las palabras se escapan antes de que pueda contenerlas.

No tengo por qué sentirme culpable por nada, ni por lo que hice ni por lo que quería hacer, pero dudé. No somos hermanos, nunca lo fuimos, y no me importa lo que vayan a decir. Solo sé que en este momento la quiero, más que a cualquier cosa.

Se detiene junto a la puerta, con las manos sujetando el pomo, y se vuelve lentamente para mirarme.

—Has bebido demasiado, Miguel. No quiero que mañana te arrepientas —dice con tono seco. Fui duro con ella la última vez.

Me levanto y doy unos pasos hacia delante, con los ojos fijos en los suyos.

—No voy a arrepentirme, Ana. Esta vez no —digo con firmeza, reduciendo la distancia entre nosotros.

Ella se muerde el labio inferior, como si estuviera luchando contra una decisión que ya ha tomado, pero aun así duda. Y, por un instante, el silencio entre nosotros es tan pesado que parece imposible de romper.

—Esto es una mala idea, Miguel —susurra, casi como si estuviera intentando convencerse a sí misma.

—Tal vez lo sea, pero ya no puedo dejar de pensar en ti —respondo, con voz baja, pero llena de convicción. Doy un paso más, hasta quedar a pocos centímetros de ella, sintiendo el calor de su cuerpo tan cerca.

Cierra los ojos por un momento, como si intentara encontrar la fuerza para negarse, pero cuando vuelve a abrirlos, veo la misma duda que siento dentro de mí. Un conflicto entre lo que está bien y lo que deseamos.

—¿Y si mañana todo es diferente? —pregunta, con la voz casi quebrada.

—Mañana nos preocuparemos por mañana —murmuro, acercándome aún más—. Ahora, solo déjame estar contigo.

Suelta un suspiro largo y pesado y, durante un breve segundo, creo que va a alejarse, pero da un paso hacia delante y cierra la distancia entre nosotros.

—Está bien, Miguel —dice, con la voz apenas audible—. Solo esta noche. Pero solo voy a dormir, no quiero que mañana digas que me aproveché de tu condición.

Y antes de que cualquiera de los dos pueda cambiar de opinión, la atraigo más cerca y la envuelvo entre mis brazos, en un abrazo cargado de todo lo que he estado reprimiendo.

21

Ana Clara Milani

Me despierto con la sensación del sol de la mañana calentándome suavemente la piel y me giro en la cama, encontrándome con los ojos azules de Miguel fijos en mí. Hoy parecen más claros de lo normal. Está acostado, observándome en silencio.

—Buenos días —digo, con la voz ronca por el sueño—. ¿Por qué me estás mirando?

—¿No puedo? —Sonríe mientras recorre mi rostro con el dedo índice—. Llego tarde al trabajo.

—Nuestro padre va a matarte —bromeo.

—Sí, lo hará. Pero la culpa es de la fiesta regada con vino a la que me mandó ayer —responde Miguel, dirigiéndose al baño. No tarda mucho en salir mientras se pone la camisa para vestirse.

Su teléfono suena sobre la mesa. Entrecierro los ojos al ver el nombre en la pantalla.

—¿Te llama tan temprano? —pregunto, intentando disimular el tono de celos. No somos una pareja como para que pueda demostrar algo así.

—¿Solo tú puedes recibir llamadas de otra persona? —replica con una sonrisa irónica, poniéndose la camisa con un movimiento brusco.

—¿Entonces es eso? ¿Vas a estar con ella?

—Es mi secretaria y *asistente* —responde, enfatizando la última palabra como si quisiera dejar claro el papel de Diane en su vida—. Leonardo quiso ahorrar.

Pongo los ojos en blanco ante la broma. ¿Mi padre ahorrando? Suena tan imposible que casi me hace reír.

—Espérame unos minutos, estaré lista enseguida —digo, levantándome de la cama con la intención de arreglarme rápidamente.

—Puedes quedarte y arreglarte con calma —responde.

—Está bien, entonces.

Miguel comienza a acomodarse el traje, ajustándose la corbata con una eficiencia impresionante, y si no lo hubiera conocido usando jeans y una camisa básica, diría que lleva haciendo esto toda la vida.

—Voy a bajar —anuncia, tomando el teléfono y dirigiéndose a la puerta—. Quédate el tiempo que necesites.

Asiento mientras lo observo salir. Me quedo quieta durante un instante, reflexionando sobre lo que sucedió aquí. ¿Qué somos en realidad? Me dejo caer de nuevo sobre la cama, respirando hondo, intentando entender por qué no consigo decirle que no.

Mi teléfono suena sobre la mesa y pongo los ojos en blanco al ver el número de Thiago parpadeando en la pantalla.

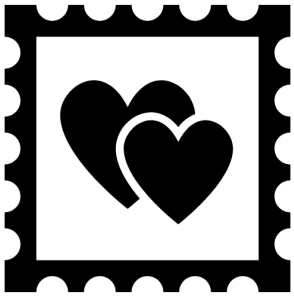
—Hola —digo al contestar.

—¿Dormiste en casa? —pregunta con tono preocupado.

—Sí, regresé a casa. Perdóname por lo de ayer.

—Está bien, después de todo, es tu hermano. Y estaba representando a la empresa de tu familia. ¿Y lo de la fiesta de mañana?

—Está todo bien. Una reunión solo para los más cercanos.



Miguel Milani

A la mañana siguiente voy con Leonardo a una pequeña cafetería en el centro de la ciudad. El lugar es acogedor, discreto, exactamente el tipo de ambiente que le gusta para conversar sobre asuntos triviales. Mientras él da un sorbo a su café, yo juego con la cuchara, removiendo el mío sin demasiado interés.

—¿Y el apartamento? —pregunta Leonardo, observándome con esa mirada evaluadora que siempre me ha hecho sentir un poco incómodo.

—Puedo llevarte a verlo, si quieres —respondo, intentando mantener un tono casual.

—Pero ya sabes que no tienes que quedarte el cien por ciento del tiempo en el apartamento. También puedes quedarte en casa, como si tuvieras dos domicilios.

Sonríe y me da una ligera palmada en el hombro.

—Lo haré de esa manera. Gracias por aceptarme de vuelta, por ayudarme con el caso de acoso. Tengo mucha suerte de tenerte como padre.

—Estoy muy orgulloso del hombre en el que te has convertido —dice Leonardo, dando otro sorbo a su café.

Bajo la mirada hacia la taza frente a mí. Respeto y quiero muchísimo a Leonardo como padre, pero ya he tomado una decisión

con respecto a Ana.

—Cambiando de tema, ¿no vas a ir hoy a la casa de campo? —pregunta, cambiando el tono de la conversación.

—¿Qué hay allí? —pregunto sin demasiado interés, aunque sé que probablemente intentará involucrarme en algo.

—La reunión que Ana Clara organizó con sus amigos. Higor y Hiago no se entusiasmaron, pero tú podrías ir y vigilarla un poco, ¿sabes?

Yo no sabía nada de esa reunión.

—¿Yo? —respondo, sonriendo levemente y negando con la cabeza—. Mejor no.

Leonardo ríe al notar mi vacilación.

—Hoy es sábado. Ve a hacer algo. Invita a una mujer a acompañarte a la fiesta —sugiere con un tono bromista, algo poco habitual en él.

En ese momento, mi teléfono suena sobre la mesa. El nombre de Diane parpadea en la pantalla y rechazo la llamada.

—¿Tu asistente llamándote un sábado? —dice con tono insinuante—. No olvides que es empleada de la empresa. Eso no está bien visto.

—¿Diane? —Sonrío, sin poder creer lo que estoy escuchando —. Tienes que estar bromeando.

—Es interesante —insiste, como si quisiera sacarme alguna confesión.

—No para mí —replico, intentando ser educado, pero dejando claro que no existe la menor posibilidad de que suceda algo entre ella y yo.

Leonardo se encoge de hombros, como si aceptara mi decisión.

—Bueno, entonces ya me voy. ¿Vienes conmigo? Quedé en pasar el fin de semana con Samanta. Haremos un viaje corto. Pero, en serio, ve a la fiesta. Me quedaré más tranquilo si estás allí.

—No, tengo que resolver algunas cosas.

El teléfono vuelve a sonar y esta vez contesto la llamada de Diane.

—¿Algún problema? —pregunto.

—El problema es que te ves guapísimo con ropa casual —responde riendo.

Levanto la mirada, buscándola, y no tardo en encontrarla saludándome con la mano desde el otro lado de la calle.

Cuelgo el teléfono al mismo tiempo que ella, observándola mientras cruza la calle y se acerca hacia mí.

—¡Vaya! Jeans y camisa básica —comenta, deteniéndose frente a mí con una sonrisa.

—¡Vaya! Y tú cruzaste la calle sola sin sufrir ningún accidente —replico con tono divertido.

—¿Adónde vas ahora? —pregunta, y me quedo pensando durante unos segundos hasta que finalmente tomo una decisión.

—Voy a una fiesta —respondo, comenzando a caminar por la acera en dirección a mi auto mientras Diane me sigue de cerca—. ¿Y tú?

—Nada especial. Mi tío está organizando un almuerzo y voy a comprobar que esté todo listo en el servicio de catering. Que te diviertas en la fiesta, Miguel.

—Gracias, Diane. Y procura no tirar el pastel del evento —digo, provocándola mientras entro en el auto.

Ella hace una mueca, pero no consigue ocultar la sonrisa.

—Lo intentaré, señor —responde con tono juguetón antes de despedirse y seguir su camino.

Cierro la puerta del auto y conduzco hacia la casa de campo, la misma que Leonardo compró cuando yo todavía era un niño y a la que solíamos ir para pasar los fines de semana. No tardo en llegar, me identifico en la entrada y estaciono el auto en el jardín, que hasta ese momento está vacío y silencioso.

22

Ana Clara Milani

Estoy acostada sobre la hierba suave en la parte trasera de la mansión, sintiendo la brisa ligera deslizarse entre los árboles y traer consigo el aroma fresco de la naturaleza que nos rodea. El calor del sol calienta mi piel, pero no de una forma incómoda; es ese tipo de calor que relaja, que te hace querer cerrar los ojos y perderte en el momento.

Thiago está a mi lado, sentado sobre la hierba con las piernas estiradas, apoyándose en las manos mientras observa el cielo.

—¿A qué hora quedaste con los demás? —pregunto, sabiendo que él quedó a cargo de esa parte de la organización.

—En unos minutos todos empezarán a llegar —responde con tono tranquilo, sin la menor prisa.

Abro los ojos despacio, parpadeando contra la luz del sol que brilla con fuerza en el cielo. Pero antes de que pueda acostumbrar la vista, veo la mano de Thiago extenderse sobre mí, bloqueando la luz para que pueda ver mejor. Me mira con una sonrisa suave y es imposible no devolvérsela.

—Deberías ser menos hermosa —comenta, inclinándose hacia mí, con los ojos brillando con una intensidad que me hace sonrojar.

—No empieces a coquetear conmigo —le advierto, intentando incorporarme, pero él coloca suavemente una mano sobre mi hombro, impidiéndomelo.

—Relájate, quédate así —dice, con la voz cargada de admiración—. La vista es magnífica.

—¡Thiago! —Mi tono es de reproche, pero mis mejillas traicionan mi seriedad, sonrojándose todavía más mientras me siento a su lado.

Él ríe, una carcajada ligera que solo aumenta mi vergüenza.

—¿Va a venir tu hermano? —pregunta de repente—. Seguro que sí. Nunca te dejaría sola en una fiesta.

—¿De cuál de mis hermanos hablas? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—¿De quién más? De Miguel. Odio la forma en que te mira. Y odio todavía más que tú le devuelvas esas miradas.

—*Ya te dije que no dijeras esas cosas* —susurro, nerviosa—. Mucho menos en voz alta y delante de otras personas.

—Estamos solos, así que puedo decirlo —responde—. Pero tus padres no tardarán en darse cuenta, Ana. Esto es bastante extraño.

—No somos hermanos, así que no pasa nada —replico, sabiendo que, si algún día Miguel y yo decidimos hacer pública nuestra relación, repetiré mucho esa frase. Por más que intente convencerme de que todo está bajo control, la verdad es que ya no me importa qué está bien y qué está mal.

Thiago deja escapar un suspiro pesado, claramente insatisfecho con mi respuesta.

—Deberías intentar algo más sencillo —dice, señalándose a sí mismo con una sonrisa confiada—. Como yo, por ejemplo. Siempre nos hemos llevado bien, incluso ya nos hemos besado alguna vez, ¿recuerdas?

Antes de que pueda responder, escucho una voz detrás de mí y mi cuerpo se sobresalta automáticamente.

—¿La fiesta todavía no ha empezado? —Miguel está de pie a pocos metros de distancia, con los brazos cruzados, observándonos con una expresión que mezcla ironía y una ligera irritación.

Me levanto rápidamente, intentando disimular mi nerviosismo.

—Estamos esperando a que lleguen los demás. Thiago fue quien coordinó todo con todos.

—Incluida la hora a la que debían llegar, por lo visto —comenta Miguel con tono irónico.

Thiago se encoge de hombros, despreocupado.

—Pensé que era mejor así, para asegurarme de que todos llegaran a tiempo.

Miguel da un paso adelante, manteniendo la mirada fija en Thiago.

—Siempre es bueno asegurarse de que las cosas salgan a tu manera, ¿verdad? Voy a entrar a beber algo. Continúen con lo que estaban haciendo.

—Qué idiota —murmura Thiago con desdén—. Tu padre no debería confiar tanto en él, sobre todo después de lo que pasó en Canadá.

Frunzo el ceño, sorprendida.

—¿De qué estás hablando?

Thiago me dirige una mirada presuntuosa, claramente satisfecho de saber algo que yo desconozco.

—¿No sabes por qué volvió?

—No —respondo, intentando ocultar mi creciente preocupación.

—Lo acusaron de acoso por parte de una estudiante de la universidad donde daba mentorías. El abogado de mi padre tiene

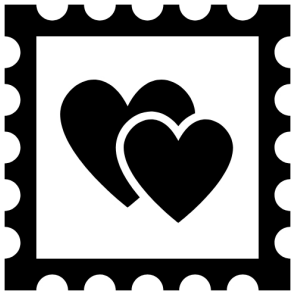
algunos contactos en el bufete donde trabaja el abogado de tu padre. Hubo comentarios.

—Miguel no haría algo así —digo sin siquiera considerar lo que acaba de contarme.

—No sé si lo haría o no. Pero ese es el motivo por el que está aquí —continúa Thiago, sonriendo como si acabara de revelar un gran secreto—. Vino a pedirle ayuda a tu padre.

—Ana.

Escucho la voz de Tâmara y enseguida otras personas bajan de los autos y se acercan. Veo a Miguel observándonos desde lejos con expresión irritada, aunque intente ocultarlo.



Miguel Milani

Ya está cayendo la tarde e intento mantener mi atención lejos de Ana y Thiago, pero cada una de sus risas que resuena en el aire me atrae como un imán. El sonido es como un cuchillo retorciéndose en mi pecho. Me gusta, me gusta muchísimo, la quiero conmigo, cerca de mí.

A lo lejos, veo a una chica rubia, vestida con un top brillante y una minifalda, acercándose hacia mí con una sonrisa invitadora.

—Miguel, ¿verdad? Soy Lívia —dice, tocándome el brazo de una manera un poco más íntima de lo necesario.

Fuerzo una sonrisa, intentando parecer educado.

—Así es, Miguel —respondo, desviando la mirada hacia Ana, que suelta una carcajada por algo que Thiago acaba de decir.

—Ahora que has entrado en escena, todo el mundo se está olvidando un poco de Hiago. Llegaste con esa aura de *bad boy sexy* que a todos les encanta.

—¿*Bad boy sexy*? —Sonrío, más sarcástico que realmente divertido.

—Sí, ya sabes, ese aire misterioso y un poco peligroso. Las chicas de allí están haciendo apuestas. —Suelta una risita, inclinándose un poco más hacia mí—. Dicen que debes de ser más intenso que Hiago.

—¿Ahora nos están comparando a los dos? —pregunto, alzando una ceja, intentando no demostrar lo ridícula que me parece la conversación.

—¡Exactamente! —Parece demasiado entusiasmada con el tema—. Entonces, ¿qué opinas? ¿Vas a dejar que la fama de tu hermanito te supere o vas a demostrarles que apostaron bien por ti?

El comentario me hace reír a pesar de la incomodidad. No estoy aquí para competir con Hiago ni para demostrarle nada a un grupo de desconocidos. Mi atención, por desgracia, está completamente puesta en Ana y en lo feliz que parece junto a Thiago. Necesito apartar mis pensamientos de esa dirección, pero cada vez parece más difícil.

—No me interesan los juegos.

—No parece que te estés divirtiendo mucho. Puedo cambiar eso, ¿sabes?

Antes de que pueda responder, siento una mano sobre mi hombro. Me giro y encuentro a Ana mirándome con frustración.

—Miguel, ¿puedes ayudarme con algo en la cocina? —No espera mi respuesta y me aleja de Lívia tirando de mí, mientras ella arquea las cejas, sorprendida.

En la cocina, Ana suspira mientras se apoya contra la encimera.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunta, dándose la vuelta para tomar unas bandejas de comida.

—Ni un poco —respondo desde el mismo lugar, con los brazos cruzados, observándola buscar algo que hacer con las manos.

Me río y me acerco.

—¿Celos? —susurro junto a su oído, y cada vello de su cuerpo se eriza.

—Tal vez —admite, sonrojándose ligeramente al girarse hacia mí—. No es como si tú fueras... Ya sabes, no es como si entre nosotros no hubiera nada.

Antes de que pueda responder, Thiago aparece en la puerta.

—Ana, tienes que venir aquí —la llama, interrumpiendo nuestro momento.

Ella mira en su dirección, dubitativa, y aprovecho la oportunidad para tomarla de la mano y atraerla suavemente de vuelta hacia mí.

—Sea lo que sea que haya afuera, puede esperar. —Mi voz es firme y ella vuelve a centrar su atención en mí—. Dormimos juntos anoche. ¿Sueles dormir en la misma cama con alguien con quien no tienes nada?

—Solo dormimos juntos, todavía no tenemos nada.

Suelto su mano lentamente, sintiendo una opresión en el pecho. Lo dice como si quisiera convencerse a sí misma tanto como

a mí.

—Entiendo. —Doy un paso atrás—. Pero, Ana, solo porque ahora no tengamos nada no significa que no pueda haber algo en el futuro. ¿No crees?

Se muerde el labio y esboza una sonrisa tierna.

—Yo... —empieza, pero entonces mira a Thiago, que sigue esperando—. Tengo que irme.

La observo caminar hacia él. Tal vez exista una posibilidad de que estemos juntos en el futuro, y es a eso a lo que intento aferrarme.

Regreso a la fiesta e intento concentrarme en las otras personas, en las otras conversaciones, pero mis ojos traicionan mis intenciones y siempre terminan buscando a Ana. Solo vine aquí por ella. Quiero que esta maldita fiesta termine de una vez.

En un arrebato de audacia, veo a Thiago sujetar a Ana por la cintura e intentar besarla. Ella se aparta, pero no antes de que yo vea la escena. Sin pensar en las consecuencias, camino hacia Thiago mientras siento que la rabia se apodera de mí.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —Mi voz sale como un gruñido bajo.

Thiago solo sonríe, provocador.

—¿Qué pasa, Miguel? ¿Estás celoso de tu hermana?

No respondo. En lugar de eso, dejo que mi puño hable por mí. El impacto de mi golpe contra su rostro es satisfactorio, pero el caos que viene después no lo es. Ana grita y toda la fiesta parece congelarse.

—Miguel, ¿qué demonios estás haciendo? —Ana está ahora entre nosotros, con las manos sobre mi pecho, empujándome hacia atrás.

Y ahí estoy yo, respirando con dificultad, con el corazón golpeando como un tambor dentro del pecho. Esta mierda está lejos de terminar, y sé que las repercusiones de esta escena durarán mucho más que la resaca del día siguiente.

23

Miguel Milani

—¿Echaste a todos de la casa? —pregunta Ana con un suspiro exasperado.

—La fiesta ya había durado lo suficiente —respondo, cerrando la puerta detrás del último invitado.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —estalla, con la voz cargada de irritación.

—¿Querías besarlo? —pregunto, esforzándome por mantener la calma.

—¡No! —replica con firmeza—. ¡No tenías que golpearlo, Miguel! ¿Sabes los comentarios que esto va a generar?

—Que se jodan los comentarios —digo, irritado. Un gemido ahogado se me escapa cuando siento el dolor palpitando en los dedos—. Intentó besarte y tú no hiciste nada.

—Porque tú lo hiciste, casi le rompes la nariz. Nuestro padre va a querer saber qué pasó —dice, con la voz tensa.

—Le contaré exactamente lo que pasó: ese idiota intentó besarte —digo, siguiéndola hasta la cocina mientras avanza decidida para buscar el botiquín de primeros auxilios.

Se agacha, abre el armario debajo del fregadero y saca el botiquín. Incluso irritada, se dispone a curarme la mano.

—Eso fue estúpido, Miguel —murmura mientras limpia cuidadosamente un corte.

—Resolveremos esto. Como mucho, dirán que estaba defendiendo a mi hermana —digo, intentando restarle importancia a

lo que vendrá.

Ella se detiene y, mientras se ocupa de mis dedos, la cercanía y su suave contacto hacen que mi corazón se acelere. Observo cada uno de sus movimientos, fijándome en cómo se concentra en cada detalle.

—¿Eso es lo que soy? ¿Tu hermanita? —pregunta, llena de tristeza y frustración.

—Ana, ¿de verdad estás preparada para ser algo más que eso? ¿Tienes idea de lo que va a pasar cuando todos se enteren? —pregunto, con la voz baja pero firme.

—No lo sé, Miguel, no me paso todo el tiempo pensando en eso. Lo que realmente me preocupa eres tú, con toda esa culpa. Crees que le debes tanto a mi padre que ni siquiera puedes ponerme un dedo encima. —Suspira, con la mirada fija en el vendaje que está colocando—. Me enamoré de ti, Miguel. Mucho antes de saber quién eras. No fue como si hubiéramos crecido juntos y yo te viera como mi hermano.

Por un momento, soy incapaz de respirar bien. Yo también deseo estar con ella, es inevitable, pero empezar a pensar en esto como algo que realmente voy a permitir que suceda me asusta. No solo por mí, sino por todo el juicio al que ella tendrá que enfrentarse por estar conmigo.

—Te deseo muchísimo —digo con la voz atormentada, incapaz de resistirme más.

Ella sonríe, una sonrisa que ilumina todo su rostro y le da un nuevo brillo a sus ojos. Como si, de repente, se convirtiera en otra persona. Sin decir nada, me da la espalda y sale de la casa, y yo la sigo hasta la zona de la piscina.

—¿Qué te parece si nadamos juntos? Esta noche hace bastante calor, ¿no crees? —Se desata la parte superior del bikini y la arroja al suelo. Me quedo inmóvil mientras se acerca a la piscina.

Inclina el cuerpo hacia delante, levantando el trasero en el momento en que se baja la braguita del bikini.

—No me provoques, Ana. —Parece no escucharme y sonríe con una expresión maliciosa—. Has bebido. —Me acerco, atrayendo su cuerpo contra el mío y acercándome a su rostro para percibir el olor a alcohol que sé que no está allí.

—No he bebido. —Sonríe mientras me da la espalda—. Pero un baño en la piscina no estaría nada mal.

—¡Joder! —murmuro sin aliento.

Salta a la piscina y vuelve a emerger, con el agua delineando su cuerpo mientras se recuesta en el borde como si esperara algo de la luna.

Trago saliva al sentir mi polla estremecerse. Ella gira el rostro para mirarme con una sonrisa maliciosa en los labios. Me acerco en silencio, deteniéndome a su lado, con los ojos fijos en su cuerpo desnudo.

—Dime con todas las letras qué quieres —pregunto, dispuesto a darle exactamente lo que desea.

—Que me folles. Quiero ser tu mujer.

Recorro su cuerpo con la punta de los dedos, deslizándolos delicadamente hasta encontrar su coño caliente y húmedo. La sujeto por la nuca y la beso como si estuviera furioso. Y lo estoy. Voy a arrepentirme de lo que estamos a punto de hacer.

Me quito la camisa y sus ojos no se apartan de mí. Sus manos recorren mi abdomen y sus dedos ágiles me quitan el pantalón. Sus mejillas se sonrojan en cuanto mi polla salta fuera del bóxer y yo me río, atrayéndola hacia un beso que comienza lento, con nuestras lenguas jugando.

—Relájate —susurro en su oído mientras la recuesto sobre la tumbona. Le abro las piernas y me coloco entre ellas.

Llevo un dedo hasta su entrada, estimulando su clítoris mientras chupo sus pechos y juego con la lengua alrededor de ellos. Entro en trance contemplando su expresión de placer. De su boca escapan unos gemidos tímidos que me vuelven todavía más loco.

—Gime más fuerte, quiero escucharte correrte gimiendo mi nombre.

—Así, Miguel —dice con la voz ronca, y consigue hacerme olvidar todo, todo lo que la convierte en alguien prohibido para mí. Y pierdo el poco juicio que todavía me hacía resistirme.

Acomodo mi polla, rozando lentamente la cabeza contra su entrada, y ella arquea la espalda.

—Voy a entrar, y si te duele, me lo dices. —No responde, solo gime mientras voy hundiéndome cada vez más—. Joder, qué coño tan apretado —gimo, buscando fuerzas para no follarla con dureza. Me entierro un poco más y una expresión de dolor aparece en su rostro. Beso su boca, manteniéndome inmóvil mientras espero a que pase la molestia.

—Continúa —pide, y vuelvo a moverme. Agarro su cabello, atrayéndola hacia mí mientras chupo sus pechos y subo hasta su cuello.

—¡Ah! Miguel… Así.

—Eso es, córrete en mi polla, córrete gimiendo mi nombre.

Aparto las manos de su cintura y presiono su clítoris mientras entro y salgo con fuerza. Todo su cuerpo se contrae y siento cómo su coño me aprieta.

—Mueve ese coño, córrete rico para mí. —Con los ojos cerrados, clava las uñas en mis hombros mientras gime con fuerza al correrse.

Le sujeto ambas manos por las muñecas, colocándolas por encima de su cabeza, y me entierro dentro de ella, en su coño

apretado y delicioso, besando su cuello y sus pechos. Saco mi polla manchada con la sangre de su virginidad y respiro, conteniéndome. Quiero más. La giro sujetándola por las caderas, dejando su trasero bien levantado, y vuelvo a entrar en su delicioso coño.

—Mueve ese culo —ordeno, dándole una palmada, y ella gime mientras arquea la espalda—. Así, joder, muévelo —gimo, entrando y saliendo rápido, enloquecido. Siento que estoy cerca y me retiro, terminando con la mano y corriéndome sobre su delicioso trasero—. Joder —digo jadeando—. Espera. —Tomo una toalla y se la paso para limpiarla, y ella se deja caer sobre la tumbona, mirándome con una sonrisa satisfecha mientras yo sigo contemplando su cuerpo. No consigo imaginar a otro tocándola de esta manera. Jodido, eso es lo que estoy, pero ya no hay vuelta atrás.

24

Ana Clara Milani

Me despierto lentamente, con los rayos del sol asomándose por la ventana y extendiendo un resplandor dorado por la habitación. Mi cuerpo siente una ligereza extraña. Nunca me había sentido tan feliz en toda mi vida. Es una sensación increíble, como si cada célula vibrara de una manera diferente. La noche anterior fue maravillosa, cada caricia y cada susurro recordándome que ahora nos pertenecemos el uno al otro.

Me giro lentamente y los ojos azules de Miguel están fijos en mí. Todavía tiene esa expresión de *bad boy* misterioso, pero ahora hay cierto cuidado en su mirada. Sonríe, y mi mente se desordena por completo al perderse en esa sonrisa blanca y perfecta.

—¿Te sientes bien? —pregunta, con la voz suave mezclada con una preocupación que no entiendo muy bien por qué existe.

—Mejor imposible —respondo con una sonrisa.

—¿No te duele nada? —Se acerca, me rodea con sus brazos y deposita un suave beso en mis labios.

—No —digo, y es verdad. Cualquier molestia física es insignificante comparada con la felicidad que siento por estar juntos de esta manera.

—Tenemos que volver —dice, acabando con todo el romanticismo de la mañana y dejando que su lado responsable vuelva a tomar el control.

—No quiero irme ahora. Podríamos pasar todo el día aquí, juntos —digo con tono malicioso mientras acaricio su abdomen, absurdamente definido.

—No sé si podemos.

—¿De verdad necesitas ser siempre ese tipo tan correcto? —refunfuño mientras me estiro en la cama.

—Sí, porque tú no tienes demasiado juicio. No es como si yo siempre lo tuviera, pero contigo necesito tenerlo —dice mientras se levanta—. Ven, hoy voy a cuidar de ti —avisa, tomándome en brazos y sentándome en el borde de la bañera.

—¿Está todo bien? —vuelve a preguntar Miguel con tono preocupado mientras el agua tibia llena la bañera.

—Ya te lo dije, mejor imposible —respondo, sintiendo su mano deslizarse suavemente por la curva de mi espalda, explorando mi piel húmeda con caricias que prometen más que un simple consuelo.

—¿No te duele nada? —insiste, mientras sus dedos trazan líneas provocativas a lo largo de mis hombros y descienden por mi espalda hasta alcanzar zonas más sensibles.

—No —murmuro, girándome para mirarlo.

Nos quitamos las pocas prendas que llevamos y entramos en la bañera. El agua tibia relaja mi cuerpo. Miguel me atrae hacia su regazo, y sus labios encuentran los míos en un beso que disuelve cualquier vacilación. El agua a nuestro alrededor se agita con el movimiento, y sus manos me exploran sin reservas, deslizándose por mis piernas hasta llegar al centro y acariciar mi punto más sensible.

Vuelve a besarme, esta vez con un beso más intenso y movimientos delicados. Sus manos continúan recorriendo mi piel, explorando cada parte de mí como si fuera la primera vez.

—Hoy es domingo —me recuerda con una sonrisa maliciosa, mientras sus dedos juegan de forma provocativa a lo largo de mis muslos—. No hay trabajo, solo nosotros.

—Pero aun así tenemos que volver —refunfuño.

—Podemos quedarnos hasta la hora del almuerzo.

—¿Quién va a cocinar?

—Solo tienes que pedirlo y lo tendrás —responde con una sonrisa arrogante.

—Te quiero a ti —susurro contra sus labios.

—Vamos a intentarlo, Ana. Quiero esto tanto como tú y estoy cansado de negarlo —dice, tocándome el rostro—. Vamos a estar juntos y a elegir el momento adecuado para contárselo a Leonardo.

Y con eso, me ayuda a salir de la bañera, nos envolvemos en toallas y luego me lleva en brazos hasta la cocina, donde el aroma del café recién preparado y de las tortitas no tarda en llenar el ambiente. Me sienta sobre la encimera, con una sonrisa en los labios mientras coloca sobre la mesa el desayuno que ha preparado. Me levanto y voy hacia él. Miguel aparta una silla para mí y poco después se sienta a mi lado.

—Todo está delicioso —digo mientras pruebo un trozo de tortita.

—Faltaba la miel. —Vierte un poco sobre la masa.

—Sabes que aquí desayunamos huevo y pan —comento con una sonrisa, recordándole que no estamos en Canadá.

—¿Qué tienen de malo las tortitas?

—Nada, están deliciosas.

El teléfono de Miguel suena sobre la mesa y él se queda paralizado al ver el nombre de mi padre parpadeando en la pantalla.

—¡Mierda! —refunfuña.

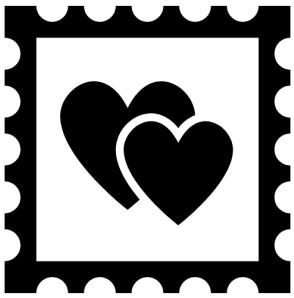
—Seguro que no es nada grave.

—Eso espero —dice mientras contesta y pone la llamada en altavoz.

—*Miguel, ¿dónde estás?* —La voz de mi padre está muy lejos de sonar tranquila.

—Todavía estoy en la casa de campo con Ana. Pensábamos irnos después del almuerzo.

—*Vuelve ahora. Quiero saber qué mierda fue lo que pasó en esa fiesta.*



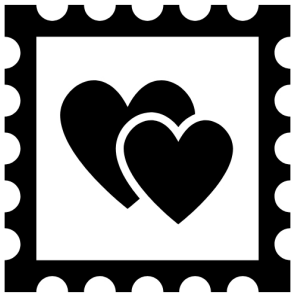
Miguel Milani

Suspiro profundamente y arrojo el celular sobre la mesa. Ana se muerde el labio, con la mirada anticipando lo que está por venir.

—Relájate, ya sabíamos que esto iba a dar de qué hablar —digo, deslizando los dedos por su cabello antes de besar suavemente sus labios.

—Sí, todo va a estar bien —responde, soltando el aire con fuerza, como si liberara toda la tensión.

Me quedo atrapado en sus ojos. Estoy aquí por ella, y solo por ella. Si no fuera por estas ganas de estar a su lado, ya habría regresado a Canadá. Pero la verdad es que no consigo imaginarme en ningún otro lugar que no sea este momento, con ella.



—¿Qué mierda fue esto? —brama Leonardo, arrojando el celular sobre la mesa con la imagen de Thiago con la nariz destrozada.

Respiro profundamente, manteniendo la mirada fija en el suelo de mármol del despacho.

—Pensé que le había faltado el respeto a Ana... y perdí el control —respondo, intentando mantener el tono lo más calmado posible.

Leonardo me observa durante un segundo, con los ojos llenos de ira, y después se dirige hacia la puerta y la abre bruscamente. Ana casi cae dentro del despacho al intentar escuchar desde el otro lado.

—¡Ana! —grita, señalándola.

Ella endereza el cuerpo y, sin atreverse a dar un paso hacia delante, dice con la voz tensa:

—Fue un accidente.

La expresión de Leonardo no cambia.

—¿Un accidente? —pregunta, escéptico.

Antes de que pueda responder, Samanta entra en el despacho y su presencia suaviza inmediatamente la postura rígida de Leonardo.

—Deja que expliquen lo que pasó, Leonardo —dice, dirigiéndonos una mirada tranquila.

Ana da un paso hacia delante, vacilante.

—Fue un malentendido. Estaba bailando con Thiago, estábamos cerca y creo que Miguel lo entendió mal.

—¿Lo entendí mal? —Mis palabras salen cargadas de irritación, con los ojos fijos en ella.

Él intentó besarla a la fuerza y ella está fingiendo que todo fue una equivocación.

Leonardo cruza los brazos, con la voz cargada de autoridad.

—¿Estás teniendo algún tipo de relación con él?

Yo también cruzo los brazos, esperando la respuesta.

—No, papá. No tenemos nada. Solo somos amigos. Tal vez él haya confundido las cosas.

Leonardo deja escapar un suspiro y se frota la frente con frustración.

—Entonces, según tú, Miguel se confundió, Thiago se confundió y tú estás en medio de toda esta confusión. ¿Tienes idea de los comentarios que van a surgir?

—Lo siento mucho, papá —responde Ana, con un tono cargado de dramatismo, lo que hace que Leonardo se rasque la cabeza y se afloje la corbata, exasperado.

—Vamos a invitar a la familia de Thiago a cenar y a disculparnos por lo ocurrido —decide Leonardo, reafirmando su postura.

—¿Disculparnos? —pregunto, sorprendido—. No voy a pedirle disculpas a ese idiota. Ni hablar.

Leonardo me mira con seriedad.

—Lo harás, y Ana también.

Mi paciencia se agota.

—¡Intentó besarla a la fuerza! ¿Por qué no dices lo que realmente pasó, Ana?

—Ya te lo dije, Miguel. Confundió las cosas. Voy a dejarle claro que solo somos amigos y que esto no volverá a suceder —replica Ana, intentando mantener la calma, pero su voz falla. Tal vez él no lo haya notado, pero yo sí.

—De acuerdo, entonces también hablaremos con Thiago. Si hizo algo que Ana no quería, debe disculparse, y así resolveremos esta situación. Tenemos que acallar los comentarios antes de que se extiendan más de lo que ya lo han hecho —dice Samanta.

La autoridad en su voz hace que el asunto parezca cerrado. Quiere resolverlo de la manera más práctica, como si todos estuvieran obligados a aceptar su parte de culpa y pedir disculpas por «actos irreflexivos».

25

Ana Clara Milani

Escucho unos golpes suaves en la puerta y mi madre entra a continuación, sin esperar respuesta. Se acerca en silencio, me quita el cepillo de las manos y comienza a cepillarme el cabello, con los ojos fijos en mí a través del reflejo del espejo.

—¿Quieres contarme lo que realmente pasó, Ana? —pregunta, manteniendo la mirada fija en mí.

—Fue exactamente como te lo conté.

—Higor actúa de forma agresiva, esa es su personalidad. Aunque no hubiera visto nada fuera de lo normal, habría reaccionado como reaccionó Miguel. Pero ¿qué hizo que Miguel reaccionara así? No creo que haya sido un malentendido.

—Fue exactamente como te lo conté.

Continúa cepillándome el cabello, pero su mano se ralentiza, casi como si estuviera sopesando sus siguientes palabras.

—Ana, conozco a Miguel —dice con calma—. Nunca reaccionaría de esa manera por algo que pudiera explicarse fácilmente. Hay algo más en todo esto, algo que no me estás contando.

Trago saliva, pero mantengo la mirada fija en mi reflejo.

—Mamá, ya te lo dije. Thiago intentó besarme y Miguel reaccionó de forma exagerada. Solo eso.

Se detiene por completo y deja el cepillo sobre el tocador. Sus ojos me analizan profundamente a través del espejo. Sé que es capaz de ver más allá de mis palabras.

—No estoy hablando solo de lo que pasó con Thiago —dice en voz más baja, casi en un susurro—. Estoy hablando de Miguel y de ti. Veo cómo se miran. Eso no es solo preocupación de hermano mayor.

Siento que el corazón se me acelera. Aparto la mirada, pero ella me conoce demasiado bien.

—Mamá, estás imaginando cosas. Miguel y yo... eso no existe.

Se acerca y me gira para que la mire, con los ojos clavados en los míos.

—Ana, puedes mentirles a los demás, pero a mí no. Yo también fui joven. Sé cuándo hay algo más.

Cierro los ojos durante un instante, buscando mantener la calma.

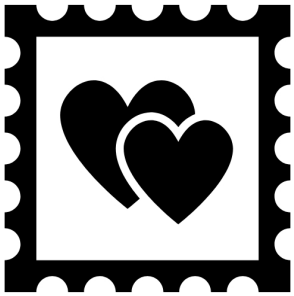
—¿Y qué crees que está pasando? —pregunto, con la voz más baja de lo que me gustaría.

Suspira y suelta mi cabello, pero permanece allí, a mi lado.

—Solo quiero que entiendas lo complicado que puede ser esto. Tu padre jamás lo aceptará, y ustedes dos... terminarán haciéndose daño. Solo quiero evitar que tomes un camino que pueda causarte sufrimiento.

—No te preocupes, mamá. No existe nada de lo que estás imaginando.

—Termina de arreglarte. Thiago llegará pronto con sus padres —dice, dejándome sola en la habitación.



Miguel Milani

Veo el auto de Thiago detenerse suavemente frente a la entrada de la mansión. Baja con esa irritante tranquilidad de siempre, mete las manos en los bolsillos y suspira, como si se estuviera preparando para enfrentarse a algo inevitable. Sus ojos recorren la fachada de la casa y se detienen en las puertas antes de que finalmente comience a caminar hacia ellas con la misma confianza arrogante de quien cree que siempre puede salir bien librado de todo. Poco después se detiene otro auto y veo a sus padres bajar y seguir en la misma dirección que él.

Me miro en el espejo por última vez, ajustándome la camisa antes de salir de la habitación y encontrarme de frente con uno de los gemelos.

—Gracias por obligarnos a venir a esta cena en pleno domingo —la voz desdeñosa revela enseguida cuál de los dos hermanos está a mi lado.

—Puedes creerme, Higor, hoy compartimos exactamente el mismo sentimiento.

—Puedes engañar a mis padres, pero a mí no. Aunque debo admitir que me gustó la parte en la que le destrozaste la cara a Thiago. Llevo bastante tiempo con ganas de hacerlo.

—No sabía que te contenías cuando tenías ganas de hacer algo.

—No sabes nada de mí. —Se ríe, pero es un sonido seco, casi cínico—. Y yo sé exactamente lo que estás haciendo, Miguel. Puedes intentar ocultarle lo que quieras a todo el mundo, pero tarde o temprano la verdad sale a la luz. Es cuestión de tiempo.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto, cruzando los brazos sin apartar la mirada.

Él simplemente se encoge de hombros, con una media sonrisa burlona en los labios.

—Solo te estoy advirtiendo, hermanito. Ten cuidado por dónde pisas. Mi padre todavía no se ha dado cuenta porque confía demasiado en ti, y yo aún no se lo he contado porque quiero usar esa información en el momento adecuado.

—¿Crees que siempre lo sabes todo?

—Lo sé todo, incluido que eres hijo de una puta estafadora y asesina.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Doy un paso hacia delante y la distancia entre nosotros desaparece. Aprieto aún más el puño y solo puedo imaginar mi mano rompiéndole esa nariz levantada.

—Cállate, Higor —gruño, a segundos de perder el control.

Levanta las manos, fingiendo inocencia, pero la sonrisa permanece en su rostro.

—Vaya, ¿toqué una herida? Solo te estoy recordando la verdad. ¿Qué vas a hacer, Miguel? ¿Golpearme también, como hiciste con Thiago? Vuelve al agujero del que saliste. ¿No te cansas de ser un sin techo viviendo a costa de mi padre?

—No necesito el dinero de tu padre para vivir, Higor. Nunca lo he necesitado. —Acerco todavía más mi rostro al suyo, con un tono amenazante—. Pero si sigues diciendo mierdas, te juro que vas a arrepentirte, mocoso mimado.

—El que va a arrepentirse de haber vuelto a esta casa eres tú, Miguel —dispara Higor, todavía con tono burlón—. Tu suerte es que amo a Ana, y estoy empezando a preferir mil veces verla con el idiota de Thiago.

Suelta una risa amarga y se aleja despacio, pero sin quitarme los ojos de encima.

—¿Sabes por qué intentó besarla en la fiesta? Porque no era la primera vez. Si lo intentó, es porque ella ya se lo permitió otras veces.

Sus palabras me hacen recordar de inmediato a Ana intentando minimizar lo ocurrido, diciendo que todo había sido un malentendido.

—Ve acostumbrándote, hermanito. Puede que a Ana le gustes ahora, pero terminará dándose cuenta de que nunca serás suficiente.

La cena comienza de una forma mucho más formal de lo que imaginaba. Samanta, siempre la anfitriona perfecta, sonríe educadamente mientras Leonardo, de pie a su lado, recibe a los invitados con un tono cordial. Debe de tener en muy alta estima a esta familia para no mandar todo al carajo como suele hacer, creyéndose superior a todo y a todos.

Yo, sin embargo, permanezco apartado, observándolo todo con los brazos cruzados. Mi mente está demasiado ocupada con lo que está por venir. ¿Pedir disculpas? ¿A ese idiota? No consigo aceptar que, aun sabiendo lo que hizo, tenga que agachar la cabeza. Ya tengo los puños cerrados, preparados para darle la respuesta que merece, pero me contengo.

Los padres de Thiago sonríen como si no hubiera pasado nada. Él camina con la confianza de quien sabe que saldrá bien librado, lo que solo consigue hacerme hervir aún más la sangre. Leonardo se acerca a mí, esperando que cumpla con mi papel en este teatro.

—Miguel, recuerda lo que hablamos —murmura Leonardo cerca de mi oído.

—¿Cómo crees que podría olvidarlo? —replico, irritado.

Respiro profundamente, manteniendo la mirada fija en Thiago, que conversa amigablemente con Ana y Samanta. Parece tan cómodo, tan cínico. Solo con verlo allí, al lado de Ana, siento que la rabia aumenta y me arrepiento de no haberle dado más golpes.

Observo todo como quien contempla un espectáculo, como si ya lo hubieran ensayado antes.

Thiago se aclara la garganta y se vuelve hacia Ana con una expresión de falsa seriedad. Esboza una sonrisa forzada y comienza a hablar con tono condescendiente.

—Ana, de verdad siento mucho haberte hecho sentir incómoda en la fiesta. Creo que me dejé llevar —dice con una voz suave, casi dulce—. No era mi intención obligarte a hacer nada. Espero que podamos superar esto. Me gustas mucho y, si algún día llegaras a considerarme... bueno, me gustaría tener el permiso de tu padre para, quién sabe, intentar algo más serio entre nosotros.

—Thiago, me alegra que hayas venido a aclarar todo esto. Sabes que las cosas serían diferentes si Ana me hubiera dicho que la obligaste a hacer algo. —Leonardo me mira de reojo, como si me estuviera diciendo que todavía no es el momento para que abra la boca.

—Por supuesto —continúa Thiago, volviéndose hacia Leonardo con una sonrisa arrogante en los labios—. Siento un gran respeto por Ana y, si algún día ella llegara a verme de otra manera, sería un honor contar con su bendición, señor Milani.

Higor suelta una risa burlona, a diferencia de Hiago, que se limita a observar la escena casi inmóvil.

—Hasta dónde es capaz de llegar la gente por dinero —murmura Higor solo para sí mismo, pero lo hace en un tono lo bastante alto como para que se escuche en la cocina.

—¡Higor! —lo reprende Leonardo.

—¿Qué, papá? ¿No fuiste tú quien me enseñó que el dinero lo compra todo?

—¡Basta, Higor! —La voz de Samanta es firme y él no replica, dejando claro que tiene serios problemas con su padre—. Miguel actuó de una forma que no debía. Fue un malentendido, como la propia Ana dijo.

Miro a Ana con irritación y ella aparta los ojos de mí.

No puedo.

No soy capaz.

Me niego a formar parte de este teatro.

—Miguel, creo que es tu turno. Deberías decir algo —dice Leonardo.

La bilis me sube a la garganta, pero trago saliva. Lo único que me impide levantarme y golpear a ese imbécil es la mano de Leonardo, firme sobre mi hombro.

—No voy a disculparme con él —murmuro en voz baja, pero lo bastante alto para que todos me escuchen.

Puedo sentir todas las miradas sobre mí.

Pero no importa.

No voy a doblegarme ante este juego.

No con él.

Thiago me observa con esa mirada falsa de quien ya esperaba esta reacción.

—Está bien, Miguel. No tienes que disculparte —dice con un tono tranquilo y falso—. Sé que solo estás protegiendo a tu hermana. Y lo respeto.

Ana me mira y yo aparto los ojos. Este no era el juego que esperaba de ella.

Me levanto de la mesa sin decir una palabra, demasiado harto como para seguir participando en esta farsa.

26

Ana Clara Milani

Miguel tiene todos los motivos para estar molesto, y ahora estoy aquí, frente a la puerta de su habitación, reuniendo valor para llamar. Respiro profundamente y, finalmente, mi mano toca suavemente la madera, todavía insegura. La puerta se abre y nuestras miradas se encuentran brevemente. Él me da la espalda, dejando la puerta abierta, lo que interpreto como una invitación para entrar. Lo hago, vacilante, viendo que ni siquiera me mira.

—¿Qué quieres? —pregunta con voz fría, todavía de espaldas a mí.

—Perdón —murmuro.

—¿Por qué? —responde, con un tono indiferente, casi como si mis disculpas no significaran nada.

—Thiago había bebido. Solo no quería que pareciera acoso, no quería que mi padre lo interpretara mal. Conoces a mi padre, sabes cómo es —intento explicar, pero me doy cuenta de que mis palabras se pierden en el aire, como si no hicieran ninguna diferencia para él.

—Está bien —responde, ahora con la voz más dura—. Deberías haberme contado lo que pensabas decir cuando estábamos en la casa de campo, pero me hiciste quedar como un idiota delante de todo el mundo.

—Acabábamos de estar juntos —digo, intentando controlar las ganas de llorar—. No quería hablar de ese asunto justo después...

—¿Qué asunto? —me interrumpe, girándose para mirarme con frialdad—. ¿El hecho de que ustedes dos tuvieron algo en el

pasado?

—No fue así, Miguel. Él siempre quiso algo, lo sé. Muchos quieren, no por mí, sino por mi apellido.

—¿Te gusta? —pregunta con un tono seco y amargo—. Tal vez sea la mejor opción para ti.

—Miguel, tú eres la única persona que quiero.

Me observa durante un largo rato, con ese silencio pesado que me deja sin aire. Siento que cada segundo que pasa lo aleja más de mí, pero entonces, sin previo aviso, me atrae hacia un abrazo. Fuerte, desesperado, como si hubiera estado esperando este momento tanto como yo.

Hundo el rostro en su pecho, escuchando su corazón latir acelerado. Besa la parte superior de mi cabeza, presionando suavemente los labios contra mi cabello.

—Nunca imaginé que diría lo que estoy a punto de decir, Ana. Ya no sé vivir sin ti formando parte de mis días.

Cierra la puerta con llave y vuelve hacia mí, apretando los dedos alrededor de mi cintura y atrayéndome más cerca.

—Por Dios, Ana, vas a volverme loco —dice mientras me devora, lamiendo mi cuerpo y empujándome contra la pared. Sus dedos se deslizan por debajo de mi falda y respiro sin fuerzas.

—Miguel —gimo en voz baja, sintiendo cómo sus dedos apartan mis bragas.

—Sé solo mía —suplica, como si ya no lo fuera.

—¡Miguel! —Los golpes apresurados y la voz grave de mi padre hacen que se aparte de mí, jadeando.

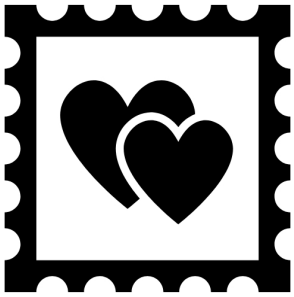
—¿Sí? —responde, todavía intentando recomponerse.

—Tenemos que hablar.

—De acuerdo, ya bajo.

—Abre la puerta —ordena.

—¡Un segundo! —grita Miguel, intentando que su voz suene normal, y yo señalo el baño antes de dirigirme hacia allí.



Miguel Milani

—¿Por qué tardaste tanto en abrir la puerta? —pregunta Leonardo, entrando en la habitación y observándolo todo atentamente, como si estuviera buscando algo fuera de lugar.

—Estaba acostado, sin ropa —respondo, cruzando los brazos mientras lo observo.

Frunce el ceño, claramente insatisfecho con la respuesta, pero no insiste. Ya sé exactamente de qué ha venido a hablar y, sinceramente, no me interesa en lo más mínimo.

—¿Esa fue una forma adecuada de levantarte de la mesa? —pregunta con reproche, y me siento como un adolescente al que están reprendiendo.

Respiro profundamente, manteniendo mi postura, todavía de pie, como si me estuviera preparando para un sermón que no estoy dispuesto a escuchar.

—No voy a causar más problemas —digo con firmeza.

Me mira confundido.

—¿De qué estás hablando?

—Voy a mudarme definitivamente al apartamento.

—Sabía que dirías eso. Alquilaste el apartamento pensando en irte, nunca quisiste quedarte.

—Necesito espacio, libertad. Y no voy a seguir aquí causando problemas.

—No necesitas irte de casa para tener espacio, Miguel —replica, dando un paso hacia delante—. No voy a negar que hoy me irritó tu comportamiento, pero sabes que eres bienvenido. Esta también es tu casa.

—No quiero seguir siendo una fuente de problemas para nadie, sobre todo para ti. Me mudaré y ya está.

—Nunca tuviste intención de quedarte.

Me giro y miro hacia la ventana. Es verdad, nunca tuve intención de quedarme y ya llevo aquí más tiempo del que había planeado. Y ahora todavía más: permanecer aquí, cerca de Ana, intentando ocultar lo que siento, es insoportable. Pero no puedo explicárselo.

—Ya te había hablado del apartamento.

—Lo sé, pero pensé que irías allí algunas veces, no que te mudarías definitivamente.

—Haré lo contrario. Vendré aquí de vez en cuando, y de todos modos seguiremos viéndonos todos los días en la empresa.

Suspira profundamente y se pasa una mano por el cabello, claramente incómodo con mi decisión. Sus ojos encuentran los míos, como si estuviera intentando leer todo lo que no estoy diciendo.

—Sé que las cosas aquí no han sido fáciles, pero alejarte otra vez... No sé si sea la solución.

Antes de que pueda responder, un ruido procedente del baño resuena por toda la habitación. Mi corazón se acelera y, durante un segundo, siento que la sangre se me congela en las venas.

—¿Qué fue eso? —pregunta, frunciendo el ceño y mirando hacia el baño.

—Estaba esperando a que se llenara la bañera —improviso rápidamente, intentando mantener una expresión tranquila—. Voy a cerrar el grifo.

Alza una ceja y me da una ligera palmada en el hombro.

—Date un baño y descansa. Mañana hablaremos con más calma.

Vuelvo a cerrar la puerta con llave en cuanto sale y corro hacia el baño. Ana está de pie junto a la bañera, con los ojos muy abiertos.

—Uf, ¿ya se fue? —pregunta en voz baja.

—Sí —respondo, soltando un suspiro de alivio—. Pero tienes que ser más cuidadosa. Casi nos descubre.

Ana deja escapar una risa nerviosa y niega con la cabeza mientras se sienta en el borde de la bañera.

—Pensé que el corazón se me iba a salir por la boca —admite, frotándose el rostro con las manos—. Eso estuvo muy cerca.

—No tienes ni idea —respondo, acercándome a ella—. Pero ahora tenemos que ser más listos. Voy a mudarme. Incluso será mejor para que podamos estar juntos sin preocuparnos tanto.

Me mira y sonríe como una niña llena de malas intenciones. Nunca imaginé estar viviendo algo así y sentirme como un adolescente.

—Tal vez sea mejor que paremos... —empieza, con un tono malicioso.

—No podemos parar. No quiero parar.

Me acerco más y la atraigo suavemente hacia mí. Nuestros rostros quedan muy cerca y puedo sentir cómo su respiración se mezcla con la mía.

—Miguel... —susurra cuando la beso, mientras mis manos sostienen delicadamente su rostro.

La aparto un poco y la miro profundamente a los ojos.

—Seguiremos siendo cuidadosos, pero esto... esto no podemos terminarlo.

27

Miguel Milani

A medida que pasan los días, intento mantener la decisión que tomé: quedarme en el apartamento y distanciarme de la casa de los Milani. Estar lejos reduce las posibilidades de que me descubran con Ana por los pasillos o de cruzarme con la mirada atenta de Leonardo. Aun así, la distancia no ayuda con las ganas que tengo de estar con ella todo el tiempo, solo aumenta mi deseo de no volver a dejarla ir jamás.

—Con permiso, señor. —Diane entra con algunas carpetas en las manos, bloqueándose parcialmente la visión, y me veo obligado a levantarme para ayudarla antes de que provoque un accidente laboral.

—Podrías haber hecho dos viajes, Diane —la reprendo en cuanto deja las carpetas sobre la mesa.

—Pensé que podría… Y lo habría conseguido incluso sin su ayuda —responde con aire orgulloso, como si hubiera superado algún desafío.

—Ya… —murmuro, claramente incrédulo, mientras vuelvo a mi silla.

—Ah, su madre está aquí en la empresa. Quiero decir, Samanta… Perdón —se corrige, con una sonrisa incómoda.

—No debe de ser la primera vez que viene por aquí —comento, desinteresado.

—Es verdad… —Diane fuerza una sonrisa—. ¿Puede entrar? —pregunta, acomodándose nerviosamente el vestido sobre el cuerpo.

—¿Cómo que si puede entrar? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Está esperando para hablar contigo… Ups, con usted —vuelve a corregirse, todavía más avergonzada.

Me levanto apresuradamente y abro la puerta, donde Samanta está sentada esperando. En cuanto nuestras miradas se encuentran, sonríe y se pone de pie, acercándose hacia mí con ese aire cálido de siempre.

—¿Estás muy ocupado, querido? —pregunta al acercarse.

—No, puedes entrar —digo, haciéndome a un lado para dejarla pasar.

—Con permiso, señora —se apresura a decir Diane antes de salir y cerrar la puerta detrás de ella.

—Todavía no conocía tu despacho —comenta, observando cada detalle con atención.

—Estás pensando que estoy ocupando el lugar de tus hijos, ¿verdad? —suelto, un poco nervioso, intentando ocultar mi inquietud.

—Ya me llamaste mamá cuando eras niño, ¿no lo recuerdas? —responde con una sonrisa suave.

—Pero… sabemos que esa no es la realidad —digo, desviando la mirada.

—Estás exactamente donde deberías estar. Leonardo guardó este despacho para ti —dice con firmeza, como si quisiera asegurarse de que lo entienda.

—¿Quieres té o café? —ofrezco, intentando cambiar de tema.

—No, estoy bien, no te preocupes. Vine porque te extrañaba. Desde que te mudaste al apartamento, no has venido a visitarnos —comenta mientras abre el bolso y saca una camisa doblada y

perfectamente planchada, que deja sobre la mesa—. Es tuya, ¿verdad?

—Sí, debí de olvidarla, gracias —respondo rápidamente, tomando la camisa y guardándola en un cajón, intentando no demostrar mi incomodidad.

—Estoy segura de que volverá a aparecer en casa en cuanto Ana la eche de menos —su voz adquiere un tono divertido—. Estaba usando esta camisa para dormir y, cuando la toqué, entendí el motivo. Creo que le roció tu perfume varias veces, o tú te perfumaste demasiado antes de ponértela —concluye, todavía sonriendo, pero a mí se me hace un nudo en el estómago.

—No sé qué decir —admito, intentando mantener la calma mientras siento que se me hiela la sangre.

—Pero yo sí —dice con una tranquilidad que me desconcierta —. Eres un hombre maravilloso, Miguel. Y Ana es una chica increíble. No tienes idea de cuánto he pensado en esto, preparándome para el día en que la verdad sea inevitable.

Sus palabras caen como una bomba, pero ella mantiene una sonrisa leve, sin juzgarme. Yo, en cambio, estoy paralizado, intentando encontrar las palabras correctas para responderle.

—Perdóname —es lo único que consigo decir, con la voz más baja de lo que pretendía.

—Pensé que lo negarías, como hizo Ana… pero me equivoqué —responde Samanta, sin el menor rastro de sorpresa.

—Nunca quise faltarle el respeto a tu hija, jamás fue mi intención —empiezo, buscando las palabras—. Lo intenté, juro que intenté alejarme de ella. Hice todo lo posible por no involucrarme, pero…

—Sé que lo intentaste, Miguel —me interrumpe, con un tono mucho más comprensivo de lo que esperaba—. Pero ahora

tenemos que pensar en cómo manejar esto. Encontraremos un buen momento para contárselo a Leonardo.

Sus palabras me golpean con fuerza. Contárselo a Leonardo es algo que siempre he temido, pero no puedo ocultar la verdad para siempre.

—Antes de eso, necesito saber una cosa —continúa, con una mirada directa y firme, pero sin agresividad—. ¿Están seguros de lo que están haciendo? ¿Hasta dónde han llegado?

La pregunta me paraliza. El significado detrás de esas palabras está claro, pero es la preocupación maternal en su voz lo que más me afecta. Respiro profundamente, mirando a Samanta.

—Yo… —vacilo—. Sé que esto es complicado, pero no voy a renunciar a ella. No después de todo lo que pasó entre nosotros. Confía en mí, y quiero ser la mejor versión de mí mismo para ella.

Deja escapar un largo suspiro y veo una lágrima solitaria deslizarse por su rostro. Se me encoge el corazón.

—¡Perdón! —pido, algo desesperado, sin saber exactamente cómo arreglar la situación.

Ella, sin embargo, esboza una sonrisa suave, sin señales de enojo.

—Siempre imaginé que sería la primera en enterarme —dice, con la voz un poco quebrada—. Que Ana me lo contaría todo, ¿sabes? Siempre hemos sido muy amigas. Estoy un poco decepcionada.

Siento cuánto la ha decepcionado y la culpa me consume por completo.

—Creo que es culpa mía —admito en voz baja—. El hecho de que sea yo… y no cualquier otro.

Me observa durante un momento, como si estuviera pensando en todo lo que acabo de decir. Entonces, con un ligero asentimiento, responde:

—Tal vez tengas razón. Pero no voy a aferrarme a eso, no voy a verlo desde ese ángulo. No es lo que importa ahora.

La ligereza con la que maneja la situación me sorprende y, al mismo tiempo, me hace preocuparme todavía más por lo que está por venir.

—Bueno, te dejaré terminar tu trabajo. Parece que tienes bastantes cosas que resolver —dice, poniéndose de pie y acomodándose el bolso en el hombro.

—Samanta —la llamo antes de que pueda dar otro paso.

Se detiene y se gira lentamente para mirarme.

—Gracias… No solo por esto. —Hago un gesto vago con la mano, como si intentara referirme a lo que acabamos de hablar—. Sino por todo. Por haberme acogido cuando todavía era un niño, incluso cuando… —mi voz falla y las palabras se me quedan atrapadas en la garganta al recordar todo el daño que mi madre le causó.

Me observa durante un momento, con una mirada comprensiva y tranquila, y entonces, con la misma ternura de años atrás, abre los brazos.

—Ven aquí —dice suavemente, como hacía cuando yo era niño y me despertaba de una pesadilla llamando a mi madre.

Sin vacilar, camino hacia ella y quedo envuelto en un abrazo cálido.

—Todo va a estar bien, ya lo verás —murmura con firmeza, como si prometiera que, de alguna manera, todo acabaría encajando.

Y por un instante, lo creo.

28

Ana Clara Milani

Algún tiempo después…

Con una bolsa llena de ingredientes para un pastel y un abrigo cubriendo mi cuerpo desnudo, estoy frente a la puerta del apartamento de Miguel, esperando a que abra. En cuanto la puerta se abre, doy un paso hacia delante, levanto los brazos con una sonrisa traviesa en el rostro y hago un animado «¡tachán!» como si estuviera revelando un secreto muy bien guardado. Él se queda inmóvil durante un segundo, mirándome con una sonrisa sexy.

—¿Qué estás tramando? —pregunta, con una expresión curiosa y divertida.

—Feliz... ¿cuántos meses de noviazgo eran? —digo, fingiendo que no lo recuerdo, mientras entro en el apartamento y empiezo a sacar las cosas de la bolsa, esparciéndolas sobre la encimera de la cocina.

—¿Dos meses? —responde con un tono de incertidumbre, lanzándome una mirada algo confundida.

Le doy una palmada suave en el pecho y él me atrae hacia un beso que rápidamente se vuelve más intenso.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —dice entre besos, con las manos sujetándome firmemente por la cintura—. Y estoy completamente enamorado de ti.

Sonrío, pero me aparto ligeramente, recordando lo que vine a hacer.

—Todavía tengo que hacer un pastel —digo, escapando de sus caricias, que ya estaban calentando demasiado las cosas.

—¿Un pastel? —pregunta con frustración y sorpresa.

—Sí, de chocolate —respondo, vertiendo la cobertura de chocolate ya preparada en un recipiente e intentando concentrarme.

—¿Podemos tener chocolate y vainilla? —sugiere con una sonrisa traviesa, tomando un puñado de harina de trigo y lanzándomelo suavemente.

Me río, tomo también un poco de harina y se la arrojo. Él ríe.

—¿Yo soy la vainilla, es eso? —pregunto, todavía riendo.

—Sí —dice, y, con un movimiento rápido, me quita el abrigo, revelando que no llevo nada debajo. Sus ojos se abren con sorpresa y deseo.

—¡Joder! —exclama con una sonrisa maliciosa antes de levantarme y sentarme sobre la encimera, con sus labios apenas separándose de los míos—. No vamos a meter ese pastel en el horno, la temperatura ya subió bastante por aquí —dice entre besos.

—¿De verdad? Entonces quiero verte devorar este pastel.

Vierte un poco de chocolate sobre mí y su lengua traza un camino por mi cuerpo.

—Vainilla y chocolate, justo como me gusta —susurra mientras comienza a explorar mi piel entre besos y succiones.

Miguel se quita el pantalón de chándal que llevaba puesto y se queda únicamente con el bóxer negro, que baja, dejando su intimidad al descubierto. Me lamo los labios. Es tan delicioso que estoy adicta a él. Sus dedos se deslizan por mi cuerpo, extendiendo el chocolate que después lleva a su boca.

Siento cómo su polla crece todavía más entre mis piernas, que descansan sobre sus hombros.

—Quiero follarte así todos los días —dice, deslizando mi cuerpo más cerca. Mete las manos bajo mi cabello y me atrae hacia

un beso, con el sabor del chocolate mezclándose con el suyo, nuestras respiraciones agitadas, y gimo con fuerza deseando sentirlo dentro de mí.

Entra en mí, abriendo mi entrada que palpita por él, mientras chupa mis pechos y los muerde suavemente.

—¡Joder! Apretada, deliciosa. Quiero vivir dentro de este coño —dice entre embestidas rápidas y fuertes. Tira de mis pezones, mordiéndolos y chupándolos—. Enterrarme en este coño es el mejor regalo que podría recibir.

El sonido de nuestros gemidos se mezcla con el de nuestros cuerpos chocando. Él gime con fuerza de placer mientras me folla duro, entrando y saliendo de mí con hambre. Y a mí me gusta cuando me folla así, con fuerza y brutalidad.

—Levántate —pide con la voz entrecortada, llevándome hacia la sala, y se deja caer sobre el sofá sin importarle que después la tela blanca quede cubierta de chocolate—. Siéntate y cabalga.

Hago lo que me ordena, excitada y dispuesta a recibir más órdenes. Me siento sobre él, sintiendo cómo su polla, gruesa y deliciosa, se entierra dentro de mí, y empiezo a cabalgar gimiendo, sintiendo mi cuerpo temblar.

—Así —gime, con las dos manos en mi cintura, ayudándome con los movimientos—. Joder, no voy a aguantar. Córrete para mí, preciosa —dice mientras chupa mis pechos uno por uno, muerde suavemente mis pezones y traza con la lengua un camino delicioso por mi cuello—. Córrete gritando mi nombre —ordena, tirando de mi cabello hacia atrás y devorándome por completo.

El orgasmo se apodera de mí y, con un grito de placer, me dejo arrastrar por el deseo.

—Así, joder, voy a correrme dentro de este coño delicioso.

Lo siento estremecerse dentro de mí y siento su líquido caliente derramarse en mi interior.

Caemos tumbados sobre el sofá, con mi cuerpo todavía temblando por el placer que me ha dado.

—Quiero más —dice, tratando de recuperar el aliento.

Seguimos cubiertos de chocolate y jadeando cuando siento que vuelve a frotarse contra mí, su polla creciendo contra mi espalda.

—Si vamos a celebrarlo, que sea así, dentro de ti. —Me besa y vuelve a chupar mi cuerpo—. Mía, toda mía —dice Miguel, repartiendo besos por mi cuerpo.

—Sí, soy toda tuya.

Somos el uno del otro y nada cambiará eso. Es prohibido, pero inevitable.

29

Miguel Milani

Es una tarde de sábado y estoy saliendo de la empresa después de pasar toda la mañana resolviendo asuntos pendientes que se acumularon durante la semana. El estacionamiento está prácticamente vacío, salvo por algunos autos dispersos. Espero a que Diane entre en el suyo y lo encienda. Prefiero dejar que se vaya primero, pero algo ocurre. Diane gesticula dentro del auto, con expresión confundida, y sus ojos encuentran los míos, pidiendo ayuda.

—¿Qué pasó? —pregunto, apoyándome en la ventanilla abierta del auto.

—No sé, el auto no arranca, pero todo parece normal. —Señala el tablero, frunciendo el ceño.

—Voy a llamar a un mecánico para que le eche un vistazo —digo, sacando ya el teléfono del bolsillo.

Ella mira el reloj de su muñeca con una expresión frustrada.

—¿Llegas tarde? —pregunto.

—Todavía no, pero pronto sí —responde, impaciente.

Suelto un largo suspiro y me rasco la cabeza. Yo también voy justo de tiempo. Si no salgo ahora, llegaré tarde para encontrarme con Ana.

—Te llevaré adonde necesites ir —digo, y ella esboza una amplia sonrisa.

—¿En serio? Déjame sacar mis cosas del maletero —dice, dirigiéndose hacia allí. Tarda unos dos minutos en regresar.

El celular vibra en mi bolsillo y aparece un mensaje de Leonardo en la pantalla.

«Te estamos esperando, ya están todos aquí.»

El mensaje viene acompañado de una foto. Ana, Higor, Hiago y Samanta. Todos con expresiones tranquilas, sentados juntos, como si todo fuera perfectamente normal.

Mi mirada se queda atrapada en la foto, más concretamente en Ana, y antes de que pueda responder al mensaje, Diane finalmente aparece, tan torpe como siempre. Tropieza ligeramente al acercarse y termina hundiendo el rostro contra mi pecho.

—¡Mierda, perdón! —Diane abre mucho los ojos, asustada, e intenta limpiar con las manos la mancha de labial que ha dejado en mi ropa, pero solo empeora la situación.

—Está bien, Diane. En cuanto llegue, la pondré a lavar —digo, mirando la mancha mientras paso la mano por encima, intentando disminuir la marca roja.

—¡De verdad, perdóname! —repite, pareciendo nerviosa.

—Ya te dije que está bien. ¿Dónde puedo dejarte? —pregunto, intentando mantener la cortesía, aunque el tono de mi voz deja ver mi frustración.

—Ah, bueno... acabo de alquilar un apartamento. El sueldo está bien, así que prefiero no depender tanto de mi tío —responde, acomodándose el bolso antes de entrar en el auto.

—Sé lo que es. —Sonrío de medio lado, pero es una sonrisa forzada. Mi mente ya está en otro lugar—. ¿Te dejo allí, entonces?

—Sí, desde allí me cambio y tomo un taxi.

Pongo el auto en marcha y, una vez más, el teléfono vibra, pero esta vez es una llamada de Ana. Su foto parpadea en la pantalla del auto.

Diane se da cuenta y hace un comentario con ese tono irritantemente ligero.

—Tu hermanita es adorable.

Mi mandíbula se tensa. No respondo y decido no contestar la llamada.

—¿No vas a responder? —insiste Diane.

—La llamaré después —respondo, lo más seco posible.

—Sabes que ella y Thiago, el que estuvo en el evento de mi tío... hacen una pareja muy bonita.

Siento que la sangre me hierve al instante. Intento mantener la calma mientras acelero el auto, queriendo terminar esta conversación lo antes posible.

—¿Qué pasa con ellos? —pregunto, intentando sonar casual, pero no consigo ocultar la irritación.

—Ah, nada. Solo pensé que estaban muy unidos, ¿sabes? Parecían hacer buena pareja.

—No deberías hablar de cosas que no conoces.

—Qué hermano tan celoso. —Se ríe—. Ya casi llegamos.

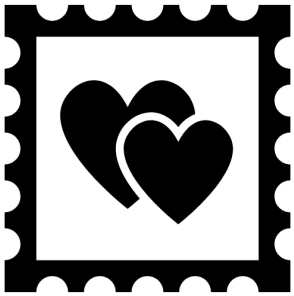
Acelero un poco, intentando hacer que el tiempo pase más rápido.

Al llegar al edificio, Diane me agradece con una sonrisa. Cuando sale del auto, siento alivio por poder librarme finalmente de aquella irritante conversación.

—Gracias por traerme, Miguel. No te preocupes por el labial, sale fácilmente con agua —dice, riendo suavemente mientras cierra la puerta del auto.

—No estoy preocupado por eso.

En cuanto Diane sale del auto, vuelvo a tomar el celular y miro la llamada perdida de Ana. La sensación de celos vuelve a invadirme. Intento apartarla, pero no puedo.



Estaciono el auto frente a la entrada de la mansión y, antes de salir, alcanzo la mochila del asiento trasero. Saco una camisa limpia, me cambio rápidamente y arrojo la otra, con la mancha de labial, de cualquier manera sobre el asiento del acompañante. Suelto un suspiro pesado, preparándome mentalmente para lo que me espera dentro.

Cierro la puerta del auto con fuerza, me acomodo el cuello de la camisa y camino hacia la entrada.

—Qué bueno que llegaste —dice Leonardo, levantándose y acercándose hacia mí.

—Salí de la empresa hace poco —respondo, intentando mantener un tono neutro.

—Está cerca, pero tardaste bastante —comenta Higor, girándose desde la ventana donde estaba, como si hasta ese momento hubiera dedicado toda su atención al paisaje. Su mirada es afilada y el comentario no pasa desapercibido.

Ana permanece en silencio, sentada cerca de la mesa con una expresión frustrada. Habíamos quedado en pasar un tiempo juntos hoy, pero, por lo visto, Leonardo tenía otros planes para esta reunión inesperada.

—Tuve un imprevisto —digo, intentando dar por terminado el asunto.

—¿El mismo que te hizo cambiarte de camisa antes de entrar? —pregunta Higor con una sonrisa burlona, sin apartar la mirada de mí.

—¿De qué estás hablando? —replico, con un tono más irritado.

—De nada —dice, dejándose caer sobre el sofá.

—Hoy es sábado, papá. Estás interrumpiendo la diversión de todo el mundo —murmura Hiago desde el sillón más alejado.

—La diversión está aquí, pasando más tiempo con la familia —responde Leonardo con firmeza—. Estoy pensando en un viaje.

—¿Otro? —refunfuña Higor de inmediato—. Ya vivimos juntos, papá, no necesitamos más «tiempo juntos». De hecho, ya es demasiado.

—Eso dices ahora, pero lo echarás de menos cuando cada uno siga su propio camino —replica Leonardo, mirándonos como si esperara que estuviéramos de acuerdo.

Higor cruza los brazos, visiblemente aburrido. Ana, todavía en silencio, levanta los ojos hacia mí durante un segundo antes de apartar la mirada.

—¿Y cuál sería el destino esta vez? —pregunto, intentando romper la tensión.

Leonardo sonríe, satisfecho de que alguien haya mostrado interés.

—Pensé en Italia. Pasar un tiempo en nuestra propiedad de allí, desconectar un poco, centrarnos en la familia.

—¿Italia? —pregunta Ana, entusiasmada—. ¡Me parece una idea estupenda!

—¿Y las cosas de la empresa aquí? —pregunto, intentando ser la voz de la razón.

—Haremos una visita a la sucursal y lo compaginaremos con momentos en familia. Podemos organizarlo todo —responde Leonardo, que obviamente ya lo tiene todo planeado.

—Yo no quiero ir —replica Higor, con un tono que deja ver todo su aburrimiento.

—¡Yo sí! —dice Hiago, entusiasmado—. Y la amiga de Ana vive allí, ¿no?

—Sí, pero ni se te ocurra intentar ligártela, Hiago —responde Ana con una sonrisa, aunque el tono de advertencia es evidente.

—Aprovecharemos el feriado. No habrá clases y todos podrán relajarse —concluye Leonardo, dejando claro que la decisión ya está tomada.

—Bueno, si ya está todo decidido, ajustaré mis actividades en la empresa —dice Samanta con su tranquilidad habitual.

Aprovecho un momento de distracción, cuando todos empiezan a concentrarse en otros asuntos, y me acerco a Ana.

—¿Por qué no respondiste mis llamadas? —pregunta, con un tono claramente irritado.

—Estaba de camino para encontrarme contigo —respondo, sentándome a su lado.

—Pero podrías haber contestado, Miguel —murmura, irritada.

—Lo sé. Tuve un contratiempo con Diane... —empiezo a explicar, pero su mirada se endurece.

—¿Con Diane? —Ana cruza los brazos, claramente molesta.

—Su auto se averió y yo solo estaba ayudándola, nada más.

—¿Y por eso no me contestaste? —Arquea una ceja, con un tono afilado.

—No quise responder con ella dentro del auto...

—Ah, entonces ella estaba en el auto contigo —me interrumpe, con la frustración estampada en el rostro.

Suelto el aire, dándome cuenta de que estoy perdiendo el control de la situación.

—Ana, dejemos esta conversación aquí —digo, intentando mantener la calma, aunque ya sé que no servirá de nada.

Se levanta rápidamente, alejándose de mí, y sigo su movimiento con la mirada, sin demasiado que decir.

—Tengo que irme —murmuro, poniéndome de pie y despidiéndome de todos.

—Todavía ni siquiera hemos cenado —comenta Leonardo, con una mirada curiosa.

—Tengo algunos asuntos que resolver —respondo, caminando ya hacia la salida, manteniendo un tono tranquilo, pero con suficiente prisa como para que no intente impedírmelo.

Me observa durante un instante, como si quisiera decir algo, pero no insiste. Los dos sabemos que, si yo no hubiera dado el primer paso, él habría hecho todo lo posible por mantenerme allí durante más tiempo.

30

Ana Clara Milani

Algunos días después…

Sigo enfadada con Miguel, que insiste en ignorarme, manteniendo su postura de «hombre maduro» mientras que yo, según él, parezco solo una niña mimada haciendo un berrinche. A pocas horas de nuestro viaje a Italia, decido ir hasta su apartamento. Parece que soy la única entusiasmada con el viaje, pero es comprensible. Después de todo, llevo bastante tiempo prometiéndole esta visita a Bruna.

Estoy de pie en la sala, intentando entablar conversación con Miguel mientras prepara las maletas para nuestro viaje. Él responde con monosílabos, sigue enfadado por mi ataque de celos o simplemente molesto por tener que viajar con todos, algo que sé que no le gusta. Con cada intento mío, se limita a murmurar respuestas sin apartar los ojos de la ropa que dobla y organiza.

—¿Entusiasmado por el viaje? —Lo intento una vez más, esperando alguna reacción.

—Ajá —responde, sin siquiera levantar la mirada.

Suspiro, irritada. Está claramente distante, y eso me molesta. Entonces, de la nada, suena el timbre. Miguel frunce el ceño y yo me giro hacia la puerta.

—¿Esperas a alguien? —pregunto.

Niega con la cabeza y va hasta la puerta. Cuando la abre, Diane está allí, sonriendo y con las maletas preparadas.

—¡Hola, Miguel! —dice animada—. Perdona que aparezca así, pero el señor Milani me pidió que fuera a Italia. Me pareció una

idea estupenda, voy a visitar a unos familiares.

Entra sin ser invitada, con su habitual energía torpe, se dirige directamente a la encimera de la cocina y es como si yo ni siquiera existiera en la sala.

—Vaya, ¿esa mancha todavía no salió? —exclama Diane, tomando una camisa que Miguel dejó fuera de la maleta—. Te debo una camisa nueva. Perdona por ser tan torpe. Pensé que conseguiría quitar el labial con un producto, pero parece que empeoré la situación.

Abro mucho los ojos y miro directamente a Miguel, que, por su parte, suelta un suspiro pesado, claramente molesto por el rumbo que están tomando las cosas.

—¿Labial? —pregunto, con la voz cargada de sorpresa.

—¡Ah, sí! —continúa Diane, como si finalmente reparara en mi presencia—. Pensé que saldría fácilmente.

—Diane chocó conmigo —dice él con tranquilidad, justo lo contrario de mi respiración, que ya ha perdido el ritmo.

—Choqué con Miguel el otro día y terminé dejando un poco de labial en su camisa. Pensé que saldría fácilmente, ¡pero creo que solo lo empeoré! Te compraré otra, ¡lo prometo! —Se ríe y se acerca a él como si tuviera más confianza de la que debería.

—Qué bien, Diane —digo con una calma forzada—. Gracias por aclararlo.

—Bueno, vine a preguntar si podemos ir juntos al aeropuerto. Mi auto sigue teniendo problemas.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —pregunta él con tono seco y ella comprende el motivo de la pregunta.

Debe ir al aeropuerto de la misma manera que vino.

—Bueno, ¡acabo de recordar que olvidé algo! —Me mira con cierta malicia—. No quería molestar.

Se despide rápidamente con la mano y sale del apartamento con la misma prisa con la que entró.

En cuanto se cierra la puerta, me giro hacia Miguel, que ya tiene una mano sobre el rostro, visiblemente agotado por la situación.

—¿Labial en la camisa, Miguel? —pregunto, intentando no explotar, pero fracasando miserablemente.

—Fue un accidente, Ana. Chocó conmigo, como ella misma dijo —responde con voz baja e irritada.

—¿Y no creíste que era importante contármelo antes? —replico, cruzándome de brazos.

Se pasa una mano por el cabello, claramente intentando encontrar una manera de salir de esta conversación.

—Ana, estamos alargando demasiado este asunto. No hay nada entre ella y yo. No respondí tu llamada porque ella habría escuchado nuestra conversación y habría quedado expuesto lo que pasa entre nosotros. No es precisamente lo que queremos en este momento.

—A mí no me importa que ella lo sepa. De hecho, necesita saberlo. Es evidente que tiene los ojos puestos en ti.

—Ana... será mejor que terminemos esta conversación aquí —dice, dando un paso hacia mí, como si quisiera ponerle fin a todo —. Echo de menos tus sonrisas, tus mensajes tiernos al final de la noche.

Respiro profundamente, intentando mantener la calma, pero antes de que pueda alejarme, siento sus manos firmes atrayéndome hacia él. Sus brazos me rodean con fuerza y, antes de que tenga oportunidad de protestar, me besa. El beso es intenso, urgente,

como si intentara borrar cualquier duda, cualquier desconfianza que flotara en el ambiente.

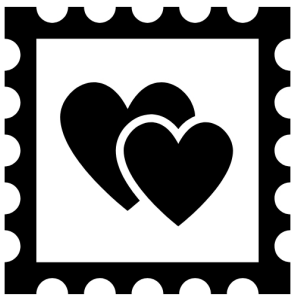
—No te estoy ocultando nada, Ana —murmura contra mis labios, con las manos descendiendo por mi espalda mientras me mantiene todavía más cerca—. Eres lo único que importa. Solo tú.

Quiero resistirme, quiero seguir enfadada, pero es imposible cuando me sostiene así, cuando me besa con esa intensidad, cuando murmura esas palabras dulces junto a mi oído.

—Miguel... —murmuro entre besos, sintiendo que el calor aumenta entre nosotros.

Me silencia con otro beso, más profundo esta vez, sujetándome el rostro con cuidado, pero sin dejar ninguna duda sobre lo que quiere.

—No voy a permitir que nada ni nadie se interponga entre nosotros —susurra con voz ronca mientras nuestros labios vuelven a encontrarse, y olvido que estaba enfadada.



Miguel Milani

Estamos en el jet privado rumbo a Italia y, aunque todos parecen distraídos, mi atención está atrapada en una sola persona: Ana. Está sentada frente a mí, riéndose de algo que Hiago dijo, pero apenas lo escucho. Lo único en lo que consigo concentrarme es en la forma en que su sonrisa ilumina el ambiente, en cómo le brillan los ojos cuando se divierte.

Ella no se da cuenta de lo hermosa que es.

Juro que lo intenté, intenté mantenerme distante y ser el tipo serio y controlado. Pero por dentro, cada pequeño movimiento que hace Ana me desarma. La manera en que se coloca el cabello detrás de la oreja, cómo se muerde el labio inferior mientras finge prestar atención a una conversación que claramente no le interesa. Todo en ella es magnético, y me pregunto cómo demonios todavía consigo mantener esto en secreto.

—¿Todo bien? —pregunta de repente, encontrándose sus ojos con los míos.

Maldita sea. Me descubrió.

—Claro —respondo, dedicándole una sonrisa rápida para disimular—. Solo estaba pensando.

Inclina ligeramente la cabeza. Acabamos de hacer las paces y lo único que quiero es besarla y besarla. Y ella lo sabe, claro que lo sabe. Ana siempre ha sabido interpretar cada uno de mis movimientos, cada mirada. Pero solo sonríe suavemente, con esa sonrisa cómplice que me hace recordar lo que compartimos cuando nadie está mirando.

—Ya casi llegamos —murmura en voz baja, como si quisiera hablar solo para mí.

Mis ojos descienden hasta su mano, apoyada en el asiento a su lado, y lo único que quiero hacer es entrelazar mis dedos con los suyos. Pero no puedo. No aquí. No ahora. En su lugar, me inclino un poco hacia delante, aprovechando el breve instante de privacidad que tenemos, y dejo que mis dedos rocen los suyos durante un segundo.

Ella se mueve en el asiento y sé que ha sentido la misma descarga que yo. Baja los ojos durante un instante, sonriendo de una manera que me hace querer abandonarlo todo y olvidarme del resto del mundo.

—¿Nerviosa por Italia? —pregunta Hiago al regresar a su lado, después de haberse levantado durante unos minutos.

—Un poco —responde, mirando por la ventana.

—Va a ser increíble —murmura Hiago—. Quiero conocer a tu amiga.

—¿Están listos para el mejor desayuno italiano? —pregunta Leonardo desde el otro lado del jet, rompiendo el momento y devolviéndome a la realidad.

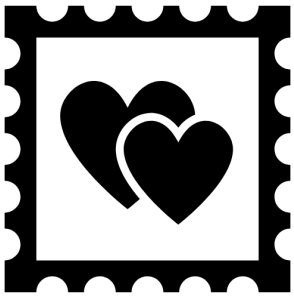
—Tengo varias recomendaciones —dice Diane desde más atrás.

Hiago vuelve a levantarse y camina en dirección a Diane.

—¿Cuáles me recomiendas? —pregunta con tono divertido.

Ana suelta una risita y dirige los ojos hacia mí mientras yo me recuesto en el asiento. Algo me dice que, cuando todos estén durmiendo u ocupados con otros planes, tendremos nuestro momento.

Y apenas puedo esperar.



Ana Clara Milani

Voy a encontrarme con Miguel cuando escucho ruidos procedentes de la terraza y, sin hacer ruido, me acerco hasta allí.

Me detengo en la puerta, sorprendida por lo que veo. Higor, distraído, está sentado en el sofá, sonriendo a la pantalla del celular.

Sí, ¡está sonriendo!

Frunzo el ceño, sin poder creer lo que estoy viendo. ¿Higor, el tipo más cerrado que conozco, riéndose de algo? Antes de que pueda asimilarlo, escucho una voz femenina al otro lado de la línea, suave y risueña.

¿Quién es esa que consigue sacarle sonrisas?

Está tan entretenido que ni siquiera se da cuenta de mi presencia, lo que solo aumenta mi curiosidad.

—¿Es Larissa? —La voz despreocupada de Hiago resuena desde el otro lado de la terraza, haciendo que Higor termine la llamada de inmediato.

—Eso no es asunto tuyo —replica, con el tono áspero que suele utilizar.

—Está buenísima —comenta Hiago con ese aire relajado de siempre, sin dejarse intimidar por el tono de voz de Higor.

—Y ya te dije que no la mires, y mucho menos que pronuncies su nombre —responde Higor.

Nunca lo he visto sentir celos de nada, salvo de los autos importados que papá le regaló.

—Relájate, no eres su dueño —lo provoca Hiago, con una sonrisa burlona apareciendo en la comisura de los labios.

Higor avanza rápidamente, agarra a Hiago por el cuello de la camisa y mis ojos se abren de par en par al contemplar la escena.

—Vuelve a pronunciar su nombre una vez más, Hiago, ¡y te juro que acabo contigo aquí mismo! —gruñe Higor entre dientes.

Hiago, con esa sonrisa burlona que siempre tiene, ni siquiera parece asustado. Aunque Higor lo haya levantado unos centímetros del suelo, no retrocede.

—Está bien, está bien, relájate, hermano... —responde Hiago, con la voz cargada de provocación—. No sabía que eras tan celoso.

Mi corazón se acelera y, antes de que las cosas se salgan de control, corro hacia ellos.

—¿Qué están haciendo? —grito, corriendo hasta ellos y colocando las manos sobre el pecho de Higor, intentando apartarlo.

—Quítate de en medio, Ana —gruñe Higor, sin apartar los ojos de Hiago—. Esto es entre él y yo.

—¡No, no lo es! —grito, empujando a Higor con fuerza—. Si nuestro padre te escucha peleando por una chica...

—Ah, se enfadará mucho más cuando descubra que ya no eres virgen. Y todavía peor cuando sepa quién fue el responsable —replica Higor con una sonrisa sarcástica.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda al escuchar la voz furiosa de mi padre detrás de mí.

—¿De qué estás hablando, Higor? —La tensión en su voz hace que mi corazón se dispare.

—¿De verdad tengo que repetirlo? —responde Higor, sin perder el tono provocador, dando algunos pasos para salir de la terraza.

Pero antes de que pueda marcharse, nuestro padre se lo impide, colocando una mano firme sobre su pecho y bloqueándole el paso.

—Sí, vas a repetirlo, pero esta vez siendo más específico con lo que acabas de afirmar.

31

Ana Clara Milani

—Ana, me prometiste que ibas a parar —dice Hiago con un tono de decepción, observándome como si no pudiera creer lo que estaba pasando.

—¡Empieza a hablar, Higor! —exige mi padre, con la paciencia ya agotada.

Froto con fuerza la mano sobre mi pierna, intentando controlar los nervios. Mi corazón está desbocado, el aire parece escaparse de mis pulmones y las ganas de estrangular a Higor aumentan a cada segundo.

—Papá... —lo llamo, y mi voz sale más baja de lo que me gustaría.

Se gira inmediatamente hacia mí, con la mirada fija, esperando una respuesta.

—Dime, te escucho. —Su tono es firme, pero no agresivo.

Quiere una explicación, y yo tengo miedo de dársela.

Respiro profundamente, intentando ordenar mis pensamientos. Miguel tiene que estar a mi lado cuando se lo cuente.

—Yo... ya no soy una niña —empiezo, vacilante.

No es miedo a mi padre, es la culpa que me oprime el pecho.

—No, no lo eres. ¿Quién es él, Ana? —pregunta, con los ojos clavados en los míos, como si pudiera ver cada secreto que intento esconder.

Desvío la mirada durante un segundo, pero sé que ya no puedo huir.

—Papá... —empiezo con voz vacilante, pero antes de que consiga terminar la frase, un ruido fuerte y seco resuena por el pasillo, seguido de un grito de dolor.

—¡Ah! —La voz de Diane corta el aire y, en un segundo, todos nos giramos hacia el sonido.

Está tendida en el suelo, sujetándose el tobillo con una expresión de profundo dolor en el rostro. Una estantería cercana está volcada, con varios objetos esparcidos por el suelo.

—¡Diane! —exclama mi padre, moviéndose rápidamente hacia ella.

Intenta levantarse, pero no consigue apoyar el pie en el suelo, lo que hace que mi padre se acerque deprisa para ayudarla.

—Creo que me torcí el tobillo —dice Diane entre gemidos.

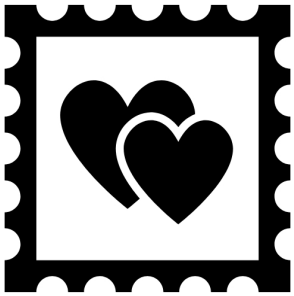
Higor deja escapar un suspiro irritado, pero no consigue disimular el alivio en su rostro.

—Que alguien llame al médico —ordena mi padre, completamente concentrado en Diane, mientras Hiago murmura algo con el celular en las manos.

—No lo hice a propósito, aunque llevo mucho tiempo queriendo contárselo. Ya es más que hora de que sepa quién es ese al que metió en nuestra casa.

—Eso no es asunto tuyo —murmuro entre dientes.

—Claro que lo es. Eres mi hermana y él es hijo de una estafadora asesina, y de tal palo... —Me dedica una sonrisa maliciosa antes de dejarme sola en la terraza.



Miguel Milani

—Maldita sea, chica, ¿no aprendiste a caminar cuando eras niña? —refunfuño hacia Diane, irritado por estar en un hospital a estas horas.

—Deberías estar dándome las gracias, ¿sabes? —replica con una sonrisa traviesa, a pesar del dolor que parece sentir.

—¿Darte las gracias? ¿Por qué, exactamente?

—Salvé a tu noviecita de enfrentarse sola a su padre —responde con una expresión triunfal—. Claro que no pensaba lastimarme tanto durante el proceso.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, frunciendo el ceño, intentando entender adónde quiere llegar.

—Tu padre está fuera de sí, Miguel. Quiere saber quién anda acostándose con su hija —suelta, mirándome directamente—. Y sabes que tarde o temprano lo descubrirá.

—No sé de qué estás hablando —replico, intentando disimular, aunque la irritación en mi voz es evidente.

—Ay, Miguel, por favor —responde Diane con una mirada presumida—. Claro que lo sabes. Me di cuenta de sus celos en tu apartamento, era evidente.

Frunzo el ceño, pero no digo nada. Diane continúa, aprovechando el silencio.

—Casi explotó cuando vio la marca de labial en tu camisa. No hace falta ser un genio para darse cuenta de lo que está pasando entre ustedes.

Leonardo entra en la habitación y mi corazón se acelera. Bajo la cabeza, incapaz de mirarlo.

—¿Estás bien? —le pregunta a Diane, que está acostada.

—Sí, señor Milani, solo fue un pequeño accidente —responde ella con una sonrisa.

—Nos diste un buen susto a todos —responde él con tono serio.

—Perdón, prometo que seré más cuidadosa. De hecho, llevo algún tiempo intentándolo —dice Diane, soltando una risa nerviosa.

—Bueno, eso espero —responde Leonardo con un suspiro.

Echa un vistazo rápido a su alrededor, como si estuviera evaluando la situación.

—¿Podemos hablar? —pregunto.

Mi voz suena firme, al contrario de cómo me siento en este momento.

Asiente lentamente y da un paso hacia la puerta.

—Vamos afuera —dice, haciéndome una señal para que lo siga.

Espera hasta que estamos fuera del hospital para hablar.

—Esa chica es tremendamente torpe —empieza con tono de reproche.

—Pero es una excelente asistente —comento, forzando una sonrisa—. Parece que algo te preocupa —continúo.

Leonardo deja escapar un suspiro pesado y se pasa una mano por la frente.

—Estaba teniendo una conversación con Ana en el momento del accidente —dice con tono serio y preocupado.

—¿Ana? —pregunto, intentando no parecer demasiado interesado, pero esperando que dé más detalles.

—Sí, algo que me preocupa. Ya sabes, todavía es muy joven.

—¿Qué ocurrió exactamente? —fuerzo la pregunta, intentando que continúe.

—Necesito volver a casa para terminar esa conversación con Samanta y Ana —dice, desviando la mirada durante un instante.

—¿Es tan grave? —intento no sonar desesperado.

—No es grave, pero como padre necesito estar al tanto de ciertos asuntos. Tengo que entender qué está pasando con ella. Vuelve a casa con tu asistente —añade.

—Claro —murmuro mientras se aleja, dejándome con un nudo apretado en el estómago.

Saco el teléfono del bolsillo y, sin pensarlo dos veces, llamo a Ana. Contesta al primer tono.

—¿Cómo está ella? —pregunta, y es imposible no notar los celos en su voz.

Suspiro, pasándome una mano por la nuca.

—Ana, ahora no se trata de ella —respondo, intentando mantener la calma—. Tenemos que hablar con tu padre.

El silencio al otro lado de la línea es ensordecedor, como si estuviera procesando lo que acabo de decir.

—Creo que será mejor que seamos nosotros quienes le contemos la verdad.

—Miguel... —empieza, pero enseguida se interrumpe, vacilante—. No estoy preparada.

—Yo tampoco —admito, mirando alrededor del hospital y sintiendo cómo el aire se me escapa de los pulmones—. Pero no tenemos elección.

32

Ana Clara Milani

Vuelvo a casa después de encontrarme con Bruna en una cafetería y, hasta ahora, mi padre no ha tenido la oportunidad de retomar el tema que Higor soltó ayer. Rápidamente quedó absorbido por algunos problemas en el trabajo, caídas en las acciones que requieren su atención inmediata. No es que prefiera el dinero antes que a la familia, ni mucho menos. Mi padre ya tiene suficiente como para no volver a preocuparse jamás, pero cuando se trata de grandes clientes del banco, suele concentrarse más en esos asuntos. Eso nos ha dado una especie de tregua temporal, pero sé que no durará para siempre.

—Estás preciosa —comenta mi madre al entrar en la habitación, con una mirada suave y una sonrisa alentadora.

Le devuelvo una sonrisa tímida. Entiendo lo que está haciendo por mí. Está arriesgando la paz con mi padre para apoyarme.

—Perdóname, mamá —murmuro, sabiendo lo delicada que es esta situación para ella.

—¿Qué te parece si hoy, después de la cena de negocios, nos sentamos los tres a hablar con tu padre? —sugiere con un tono más optimista de lo que yo consigo sentir.

—Me parece muy bien —respondo, aunque sin la menor certeza de que vaya a ser tan sencillo.

—Entonces date prisa en arreglarte, no queremos llegar tarde —dice, caminando ya hacia la puerta.

—Mamá —la llamo, con la voz más baja, vacilante.

Se detiene y se gira hacia mí con una mirada preocupada.

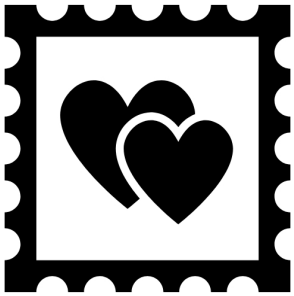
—¿Sí? —pregunta, acercándose de nuevo.

—¿Crees que nos perdonará? —pregunto, sintiendo un peso sobre el pecho.

Sonríe como si quisiera transmitirme calma y coloca una mano sobre mi hombro.

—Nunca podría estar enfadado contigo durante mucho tiempo. Eres su niña, Ana.

Fuerzo una sonrisa, intentando disimular el miedo que me consume, el miedo de que pueda separarnos.



Miguel Milani

Estoy al lado de Leonardo mientras saluda a algunos inversionistas. Me esfuerzo por mantener la compostura, pero mis ojos siguen desviándose hacia la entrada del restaurante, esperando con ansiedad la llegada de Ana. Apenas nos hemos visto desde ayer; he estado desbordado con problemas en el mercado financiero. Lo que debía ser un viaje para disfrutar en familia terminó convirtiéndose en una mezcla de tensión y trabajo. Ahora, más que nunca, necesito verla, como si su presencia fuera el único refugio que necesito.

—Miguel, ¿tienes la presentación contigo? —murmura Leonardo junto a mi oído, sin apartar los ojos de los inversionistas.

—Sí, está en mi celular. Diane está en la mesa con la computadora portátil, esperando únicamente tu autorización para empezar —respondo en voz baja, manteniendo la postura.

—En cuanto esto termine, mándala a casa. Todavía está cojeando —dice con tono preocupado.

—Insistió en venir. No quiso quedarse en casa, es testaruda —comento, soltando un leve suspiro.

Leonardo niega con la cabeza, claramente molesto, pero sin tiempo para discutirlo ahora.

Veo entrar a Ana junto a Samanta. Ella me saluda con la mano y me dedica una sonrisa. Miro a Leonardo, que hace una señal para que Diane ponga la presentación.

La presentación comienza y todos en el restaurante dirigen sus miradas hacia la pantalla, preparados para ver los números y gráficos que Leonardo llevaba prometiendo. Miro de reojo a Diane, concentrada en la computadora portátil, lista para reproducir el video de la presentación.

Pero, en lugar de gráficos y proyecciones financieras, la pantalla muestra una escena completamente distinta: Ana y yo besándonos en varias fotografías.

Un silencio inmediato se apodera del lugar, como si de repente hubieran arrancado todo el aire del ambiente.

—¿Qué mierda es esto? —murmura Leonardo entre dientes, con la mandíbula tensa mientras intenta mantener la compostura.

Diane, al otro lado, entra en pánico. Sus dedos temblorosos intentan desesperadamente detener el video, pero cuanto más toca la computadora, más evidente se vuelve el desastre.

—¡Perdón! Yo... ¡yo no puse esto! —tartamudea Diane, intentando justificarse mientras lucha por detener el video—. ¡Abrí el archivo que me indicaste, Miguel!

Mis ojos permanecen clavados en la pantalla y en la manera en que la verdad ha salido a la luz de la peor forma posible. No consigo procesar lo que estoy viendo ni entender cómo terminó eso ahí. Con una descarga de adrenalina, me acerco a la computadora portátil y arranco el celular conectado, apagándolo todo de inmediato.

Ana, que estaba a pocos metros de distancia, avanza hacia Diane. Tiene el rostro rojo de furia.

—¡Lo hiciste a propósito, víbora! —grita Ana antes de abofetear a Diane, que empieza a llorar.

El sonido de la bofetada resuena en el lugar, seguido de un murmullo entre los inversionistas, que cuchichean entre ellos, conmocionados y desconcertados por la escena.

Leonardo, con el rostro endurecido y los puños cerrados, respira profundamente. Intenta mantener la compostura frente a los invitados, pero resulta evidente lo irritado y decepcionado que está. Sus manos tiemblan ligeramente mientras intenta ocultar la incomodidad, apretando los labios al mismo tiempo que se le tensa la mandíbula.

—Discúlpenme, necesito un momento —murmura con una sonrisa forzada, volviéndose hacia los inversionistas mientras todos observan conmocionados—. Pueden continuar con la presentación sin mí.

33

Miguel Milani

Sigo a Leonardo hasta el estacionamiento, con sus pasos pesados resonando en el silencio. Se detiene junto al auto y, sin previo aviso, patea el neumático con fuerza varias veces, como si cada golpe pudiera disipar la rabia que lo consume. Después se arranca la corbata del cuello y la arroja al suelo.

A lo lejos, veo que Samanta y Ana también vienen hacia nosotros, pero se detienen en la entrada cuando Leonardo se deja resbalar contra el auto hasta quedar sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos. Está desestabilizado de una manera que nunca había visto.

—Leonardo —lo llamo, intentando mantener la calma mientras me acerco lentamente.

No levanta la cabeza, pero su voz sale baja y llena de amargura.

—¿Cuándo? —pregunta, con la voz temblorosa—. ¿Cuándo empezó esto?

Siento una presión en el pecho, un nudo formándose en mi garganta. No quería que las cosas llegaran a este punto, y mucho menos de esta manera.

—No fue premeditado... —empiezo, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Nunca quise traicionar tu confianza.

Levanta la cabeza, con los ojos duros, la misma mirada que lanza cuando está insatisfecho con el desarrollo de las reuniones de la empresa.

—¿Cuándo, Miguel? —repite, ahora con más firmeza, exigiendo una respuesta.

—En Canadá —confieso—. Conocí a Ana en Canadá.

Leonardo suelta un suspiro pesado y se pasa las manos por el cabello, con una expresión que mezcla decepción y dolor. Samanta observa desde la distancia, con la mirada preocupada fija en nosotros. Ana, todavía detenida en la entrada, mantiene los ojos en mí sin decir una palabra.

—Esto no puede continuar.

—Leonardo... —Samanta se acerca, rompiendo finalmente la distancia entre ellos.

Se agacha a su lado y posa suavemente una mano sobre su hombro, intentando calmarlo.

—Hablemos en casa, por favor.

Él levanta el rostro, con los ojos encendidos de rabia.

—¿Qué? —pregunta, con la voz cobrando más fuerza—. ¿Tú ya sabías esto? ¿Lo sabías y no me lo contaste?

—Yo... —vacila durante un segundo, pero mantiene la mirada firme—. Me enteré hace poco. Estaba intentando encontrar la manera de contártelo, pero...

—¿Pero qué? —estalla, apartando la mano de ella mientras se levanta bruscamente—. ¿Soy el último en enterarme? ¿En mi propia casa? ¿Con mi hija?

—Estamos hablando de Miguel, él jamás le haría daño a nuestra hija —dice Samanta, como si yo no estuviera allí, con esa voz tranquila tan propia de ella.

Siento que Ana se acerca y su mano toca ligeramente mi hombro, como si quisiera darme fuerzas, pero también pedirme que no pierda el control.

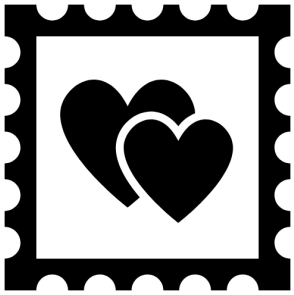
—Él también es mi hijo —dice Leonardo con amargura.

Leonardo se gira hacia ella, con los ojos brillando de indignación.

—¿Te parece normal? ¿Hermanos saliendo juntos, Samanta? —Su voz sale cargada de amargura.

—Perdona, pero sabes que no es exactamente así... —intento intervenir, pero me interrumpe.

—¿Crees que no es así? —me corta Leonardo—. Necesito irme a casa. No soporto seguir aquí, ser el motivo de burla.



Ana Clara Milani

Me dejo caer sobre la cama, sintiendo cómo el peso de esta noche finalmente se desploma sobre mí. Me arden los ojos como si estuvieran quemándose y el dolor de cabeza empieza a palpitar con un ritmo que hace que todo a mi alrededor parezca todavía más asfixiante. Siento el corazón oprimido, casi como si alguien lo estuviera estrujando con fuerza.

La habitación está en silencio, pero mi mente está llena de pensamientos caóticos, todos girando alrededor de Miguel, de nosotros y de todo lo que nos espera. Respiro profundamente, intentando calmarme, pero la angustia en el pecho solo aumenta. No sé si soy capaz de soportar todo esto. La mirada decepcionada de mi padre, la expresión preocupada de mi madre. Y Miguel, que me miró como si estuviera luchando por hacer lo correcto, incluso

cuando todo dentro de mí le suplicaba que hiciera lo incorrecto y que no renunciara a nosotros.

Abro la puerta y me encuentro de frente con el guardaespaldas de mi padre, parado en el pasillo. Ya había olvidado que estaba allí para impedirme hablar con Miguel, para evitar que siguiera rompiendo las reglas.

—¿Necesita algo, señorita? —pregunta, sin moverse del sitio.

—Necesito que desaparezcas —respondo, cerrando la puerta con fuerza.

Me paso una mano por el rostro, sintiendo que las lágrimas amenazan con caer, pero lucho contra ellas. No quiero llorar. No ahora. Necesito ser fuerte, necesito enfrentar este problema con valentía.

Tomo el celular y miro la pantalla durante unos segundos. El nombre de Miguel está allí, listo para que lo llame, pero vacilo. ¿Querrá hablar conmigo? ¿También se estará sintiendo así? Quiero saber qué pasa por su mente.

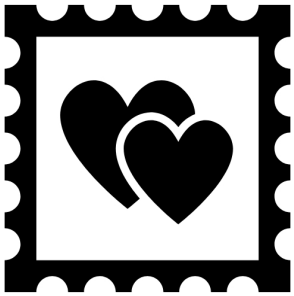
Aprieto el celular contra mi pecho y cierro los ojos. Solo desearía que las cosas fueran más sencillas, que el amor no viniera acompañado de tantas complicaciones. Que no existiera el peso de un apellido, de un pasado, de una familia llena de expectativas.

Siento que finalmente se me escapa una lágrima y, antes de darme cuenta, estoy llorando en silencio mientras la almohada amortigua mis sollozos. Lo único que quiero es estar entre los brazos de Miguel, escuchar su voz diciéndome que todo va a estar bien, que el mundo puede explotar allá afuera, pero que nosotros seguiremos siendo nosotros.

—Te amo... —susurro en voz baja, como si él pudiera escucharme.

Pero no está aquí.

Y estoy sola.



Bajo las escaleras lentamente, sintiendo que cada paso pesa más que el anterior. El guardaespaldas del pasillo ni siquiera se mueve, con los ojos fijos en mí, observándome siempre. Y no es solo él. Toda la casa está rodeada de miradas atentas, cada una controlando adónde voy, como si yo fuera algún tipo de peligro. Pero lo hecho, hecho está, y eso es algo que mi padre tendrá que aceptar.

Veo a Higor y a Hiago sentados a la mesa. El ambiente entre ellos está extrañamente silencioso.

—Buenos días, ¿dónde está papá? —pregunto, sentándome a la mesa mientras mis ojos buscan alguna señal de Miguel.

—Nuestro padre salió con él temprano —responde Higor con un tono sorprendentemente tranquilo, algo que no encaja en absoluto con él.

—No pregunté nada sobre eso.

—Pero sé que querías saber de él, así que te ahorré todo el camino que ibas a dar hasta hacer la pregunta.

—Ocúpate de tu vida. Por cierto, ¿ustedes están metidos en una especie de triángulo amoroso? —Cambio el foco de la conversación, mirando a Hiago, que sonríe.

—De ninguna manera. Larissa está buenísima, pero... es la primera vez que Higor está con alguien.

—No seas idiota, ya he estado con muchas mujeres.

—¿En serio? ¿Con quién? —Lo mira, desafiándolo.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Quién es ella? ¿Cuál es su apellido? —pregunto, curiosa.

—No te lo vas a creer —empieza Hiago, entusiasmado—. Ella es...

—¡Cállate! No estoy con ella, no es nada serio.

Higor mete un trozo de pastel en la boca de Hiago, que intenta no reírse y termina ensuciando toda la mesa con las migas que se le escapan de la boca durante el proceso.

—¿Cómo estás? —pregunta Higor, mirándome ahora.

—Tal y como siempre quisiste —replico, llena de amargura.

—No es verdad. No quiero verte así, con los ojos hinchados de tanto llorar. Eres mi hermana, te quiero —responde, y puedo decir muchas cosas en su contra, pero sé reconocer cuándo está siendo sincero—. Somos gemelos, ¿lo olvidaste? Si tú lo sientes, yo también.

—Deja de hablar así, ni siquiera parece propio de ti —digo con la voz quebrada mientras me seco una lágrima obstinada que escapa de mis ojos.

Hiago suspira, mirando la tostada de su plato como si contuviera la respuesta a todo.

—Sabía que esto no iba a terminar bien —murmura, como si estuviera hablando consigo mismo.

—¿Y quién dijo que terminó? —replico con un hilo de esperanza que ni siquiera sabía que todavía conservaba.

—Papá —suelta Hiago, levantando la mirada para clavarla en mí—. Lo repitió varias veces mientras entraba en su habitación

anoche.

34

Miguel Milani

Estoy sentado en una sala enorme y vacía, en la sucursal de Milani aquí en Italia. El sonido de la voz de Leonardo retumba mientras grita por teléfono, golpeando la mesa con los puños después de cada frase.

—¡Demanda a todos los que divulgaron esta historia! —vocifera antes de arrojar el aparato contra la pared.

Después se desploma en la silla frente a mí, con los hombros tensos y una expresión cargada de rabia y agotamiento.

—¿Ves lo que provocaron? —dice con la respiración agitada.

—Creo que ignorarlo sería lo más inteligente en este momento. Tarde o temprano se cansarán.

—No, no se van a cansar, Miguel. ¿Sabes por qué? Porque son hijos de un hombre poderoso, alguien a quien llevan mucho tiempo intentando destruir y desacreditar. Y como padre te digo que lo que sienten puede parecer suficiente ahora, pero las consecuencias de una relación como esta pueden ser devastadoras para sus vidas. No quiero que enfrenten un futuro en el que tengan que lidiar con escándalos o juicios.

—Yo no planeé nada de esto, simplemente no pude evitarlo. Pero lo intenté, te juro que lo intenté —digo, sabiendo que mis palabras no son suficientes.

—Los medios no van a perdonar esto. Nuestra familia será el blanco de todas las especulaciones. Esto puede arruinar las carreras de los dos y la vida de Ana.

—Todo sería más fácil si estuvieras de nuestro lado, Leonardo.

Suspira, como si estuviera agotado de una batalla que ni siquiera quería librar.

—Estoy decepcionado, te lo juro. No me sentía tan derrotado desde que construí mi imperio.

—Perdóname por traicionar tu confianza. —Siento un nudo en la garganta—. Tal vez quieras tenerme lejos, tal vez tengas ganas de echarme de aquí, después de todo... Ana es tu hija y yo...

—Sabes que no es así —me interrumpe, y el dolor se refleja en sus ojos—. Sabes cuánto te quiero. Pero actuaron a mis espaldas. Tú estabas acos... ¡Maldita sea! Ana es mi niña, Miguel.

—Yo respeto a Ana.

—Tienes que pensar en su futuro. Todavía es joven, tiene toda una vida por delante. Merece vivir sin cargar sobre los hombros con el peso de esta relación complicada. No permitas que lo que tienen ahora le impida tener un futuro más ligero, más sencillo.

—Estoy dispuesto a enfrentarme a todo a su lado. No somos hermanos, no veo nada malo en lo que estamos haciendo.

—¿De verdad? —Me mira fijamente a los ojos—. Tú mismo dijiste que intentaste evitarlo.

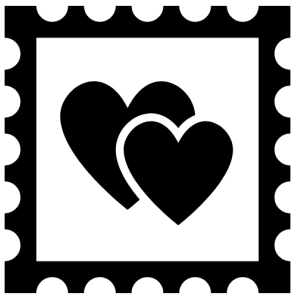
—Sí.

—¿Por qué?

—Porque nos juzgarían, porque tú te sentirías decepcionado, porque todos esperan que nunca rompamos las reglas. Pero puedo soportarlo por ella.

—Tú puedes soportarlo, pero Ana... Ella todavía está descubriendo el mundo, empezando a entender lo que quiere. Merece a alguien que pueda darle una vida normal, sin la presión

constante de tener que justificarse. No estoy de acuerdo con esta relación, y la única forma de pasar página es que cada uno siga su propio camino... con otras personas. Piensa en el futuro de Ana, Miguel. Piensa en lo que puede perder si continúa con esto.



Algunos días después…

Ya llevo unos días de vuelta en Brasil. Ana y yo no volvimos a encontrarnos en Italia después de lo ocurrido, a petición de Leonardo, que cree que así despejaremos la mente y evitaremos que nos vean juntos por el momento. Acepté con la esperanza de que reconsidere su postura, de que las cosas mejoren y nos permita estar juntos.

El celular vibra sobre la mesa. La imagen de Ana aparece en la pantalla y, durante un segundo, mi corazón se acelera. Sin pensarlo dos veces, dejo lo que estoy haciendo y me dejo caer sobre la cama, con el aparato firmemente sujeto entre los dedos. Me quedo mirando su nombre en la pantalla durante unos segundos. Estoy desesperado por verla, ansioso por escuchar su voz, extrañando oírla susurrar junto a mi oído. Después de pensarlo demasiado, finalmente deslizo el dedo por la pantalla para responder.

—Hola —digo, intentando mantener la voz tranquila, aunque por dentro lo único que quiero es escucharla más cerca.

—¿Hola? —Su respuesta suena decepcionada.

—¿Cómo estás? —pregunto, cerrando los ojos mientras siento un escalofrío recorrerme el cuerpo.

—Mal. Te extraño —confiesa, con la voz quebrada.

—Esperemos a que las cosas se calmen. Las noticias están volviendo... a nuestro padre... a Leonardo, loco.

—Parece que para ti está siendo fácil —replica, y puedo sentir la tristeza en su voz.

—No es fácil, Ana. Vamos a vernos hoy, después de tu clase. Te encontraré en la cafetería al lado de la universidad —intento tranquilizarla, aunque sé que las cosas están lejos de mejorar.

—¿No puedo ir ahí? —Su voz suena esperanzada.

Me levanto y miro al guardaespaldas que Leonardo dejó en la entrada del edificio. Las cosas están más complicadas de lo que quería admitir. No puedo contárselo todo.

—Mi padre no te lo está poniendo fácil, ¿verdad? —comenta, dándose cuenta enseguida.

—Solo está preocupado... por las noticias que están apareciendo por todas partes —admito.

Escucho unos golpes suaves en la puerta, pero no espero a nadie.

—Están llamando a la puerta, espera un minuto.

Abro la puerta y allí está ella. Una capucha cubre parte de su rostro y unas gafas oscuras ocultan sus ojos, pero reconocería su forma de moverse desde lejos.

—¿Qué estás haciendo aquí y vestida así? —pregunto, sorprendido.

Antes de que pueda decir algo más, Ana me agarra por el cuello y sus labios encuentran los míos en un beso desesperado,

como si no pudiera esperar ni un segundo más. El calor de su cuerpo contra el mío hace que me olvide de todo. Me empuja con fuerza hacia el interior del apartamento sin interrumpir el beso y, con un movimiento rápido, cierra la puerta con el pie.

—Ana... —intento hablar, pero ya me está empujando contra la pared, con los dedos apresurados quitándome la camisa. Sus ojos, llenos de deseo, encuentran los míos durante un breve instante antes de volver a concentrarse en lo que está haciendo.

—Cállate, Miguel —murmura mientras sus manos se deslizan por mi piel, explorando cada parte de mí como si estuviera sedienta.

No vacila ni un segundo. Me arranca la camisa y la arroja a un lado. Su mirada es puro deseo, esa clase de mirada que siempre me desarma, que hace que mi cuerpo responda sin cuestionar nada. La atraigo más cerca, mis manos buscando el calor de su piel, y siento su respiración acelerada contra mi pecho.

—Ya no podía soportarlo —susurra contra mi boca mientras sus manos bajan hasta mi cintura y desabrochan mi pantalón con prisa—. Te necesito, ahora.

Antes de darme cuenta, mi pantalón cae al suelo y ella presiona su cuerpo contra el mío. El roce de sus dedos sobre mi piel, el sabor de sus labios... todo es exactamente lo que más deseo.

Sin más palabras, la atraigo todavía con más fuerza, con las manos firmes sobre su espalda.

—Joder, así acabas conmigo.

Es la única capaz de hacer que mi corazón lata con tanta fuerza que cada vez la desee más.

—Te quiero aquí dentro, follándome rico, seguro de lo que somos, teniendo el valor de salir conmigo por esa puerta y asumir lo que tenemos.

Ya no me queda juicio. No quiero saber qué está bien o qué está mal. Que se joda lo que vaya a pasar, porque sé que algo va a pasar.

—Quítate esa ropa, quiero ver tu delicioso coño —digo, ayudándola a hacerlo.

La recuesto lentamente sobre la cama, y mi boca explora su cuerpo con necesidad y deseo. Chupo sus pechos como si estuviera saboreando la fruta más jugosa. Succiono y muerdo, arrancándole gemidos.

—Eso, chupa, chupa más —gime, volviéndome loco.

—Quiero sentir este coño delicioso —digo, deslizando mi polla por su coño mojado, y ella arquea la espalda, gimiendo mi nombre de una forma deliciosa.

Siento sus pequeñas y deliciosas manos jugando con mi polla, haciéndome gemir como un loco.

—Voy a comerte hasta saciarme, voy a follarte rico.

—Eso es lo que quiero.

Mis dedos recorren su entrada mojada y deliciosa. Cuánto extrañaba sentirla.

—Mi coño, tan apretadito —susurro junto a su oído—. Gime, gime para mí —le pido, y ella lo hace de inmediato, soltando un gemido que me vuelve loco.

—Métete esa polla deliciosa dentro de mí —me pide.

La sujeto por la cintura y entro de una sola vez.

—¿Era esto lo que viniste a buscar?

Ella gime, arqueando la espalda. Embisto con más fuerza, gimiendo como un loco.

—Eso, qué rico, voy a correrme —dice entre gemidos.

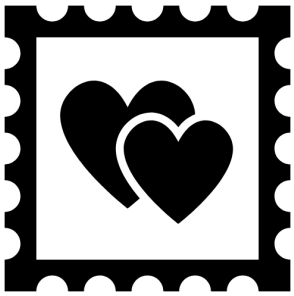
—Córrete rico en mi polla, preciosa.

Su cuerpo se estremece y acaricio su clítoris, intensificando la sensación.

La giro de espaldas, levantándole el trasero hacia mí y dejándola a cuatro patas sobre la cama. Con los dedos clavados en su cintura, vuelvo a entrar con todo. Subo las manos por su espalda y las enredo en su cabello, tirando de él mientras embisto con fuerza.

Ella mueve las caderas y siento cómo su coño me aprieta. Ya no aguanto más y me corro con fuerza, llenándole el coño con mi semen. Caigo acostado a su lado y ella vuelve a besarme.

—¡Joder, cuánto te extrañaba! —exclamo, correspondiendo a sus besos.



Ana Clara se queda dormida en mi cama. Voy al baño, me ducho y, cuando regreso, me acerco a la ventana. Afuera está la escena que más detesto: el guardaespaldas de Leonardo permanece inmóvil en la entrada y, al otro lado de la calle, varios fotógrafos están apostados como depredadores al acecho, esperando cualquier descuido.

El celular de Ana vibra sobre la mesa y me acerco, pero lo que veo en la pantalla hace que se me hiele la sangre.

«Vas a pagar por ensuciar el nombre de tu familia.»

«¿Cómo pudiste involucrarte con él? ¡Tu reputación está destruida!»

Cierro los puños y mi respiración se acelera. No es solo la prensa la que nos persigue; son personas reales, llenas de odio, dispuestas a hacerle daño.

Leonardo tenía razón. Tengo que protegerla.

35

Miguel Milani

Llego a la empresa Milani, ignorando las miradas curiosas y los susurros que cesan en cuanto me acerco. Diane se levanta de inmediato al verme. Apartaría la mirada si pudiera, pero soy su jefe, *todavía*.

Estuvo algunos días alejada y regresó al trabajo después de jurar que no hizo aquello a propósito. No sé exactamente hasta qué punto su apellido es relevante para que Leonardo no descargara toda su furia sobre ella, pero, de alguna manera, le concedió el beneficio de la duda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto mientras me sigue hasta mi despacho.

—¿Cómo que qué hago aquí? —Diane frunce el ceño, fingiendo estar confundida.

—Entendiste perfectamente. No te quiero aquí —respondo con sarcasmo—. Además, no soy el dueño de la empresa para decidir quién se queda o quién se va, pero sí puedo decidir quién es mi asistente, y no quiero que seas tú. Voy a dejárselo muy claro a Leonardo.

—Yo no lo hice a propósito.

—¿De verdad? No te creo.

—Te lo juro, no fue a propósito. Miguel, casi me rompo el tobillo para ayudarlos.

—Casi te rompiste el tobillo porque finges ser frágil, pero en realidad eres ridícula, una adulta que no mira por dónde camina.

—Estás siendo cruel y desagradecido —dice con la voz vacilante.

—Y tú estás siendo pesada e irritante —respondo, sin contener mi tono impaciente—. Sal, ya te dije que no te quiero aquí.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Leonardo al entrar en el despacho, con la mirada curiosa alternando entre Diane y yo.

—Nada importante, solo estaba avisándole a Miguel que ya no voy a trabajar aquí —responde Diane rápidamente, con una sonrisa forzada—. Estoy empezando una nueva etapa. Mi tío me ofreció una nueva oportunidad laboral y solo quería despedirme.

—Me alegra que estés avanzando en tu carrera, Diane —responde Leonardo con tono seco, dejando claro que no podría estar más satisfecho con la noticia.

—Sí, bueno... con permiso —dice Diane antes de retirarse, visiblemente incómoda.

—Tienes toda la razón —respondo, observando cómo Diane se gira para salir del despacho.

Leonardo mete las manos en los bolsillos y deja escapar un largo suspiro.

—¿Algún problema? —pregunto, sintiendo el ambiente pesado, algo que claramente no se limita a la marcha de Diane.

—¿Cómo fue el encuentro que tuviste ayer con Ana? —pregunta, sentándose en el sofá de un rincón del despacho.

Bajo la cabeza. Tengo en mente muchas respuestas que podría darle y se las daría si no fuera por el respeto que le tengo y el peso de la culpa que siento.

—La extrañaba.

Se levanta y comienza a caminar de un lado a otro, pasándose las manos por el cabello. Es extraño verlo así. Nunca

permite que lo presionen; es él quien presiona, quien hace que las personas actúen según su voluntad.

—No puedo, Miguel. No consigo asimilar esto.

—No somos hermanos.

—Le quitaste la virginidad a mi hija —dice con amargura, aunque no es como si otro no fuera a hacerlo si yo no lo hubiera hecho.

—Ya te pedí disculpas por eso. No actúes como si no supieras cómo funcionan estas cosas. No es fácil pensar en todo cuando estás excit... —Vacilo y las palabras se me quedan atrapadas en la garganta.

Leonardo me mira y, por la forma en que se afloja la corbata, sé que entendió perfectamente la palabra que no terminé de pronunciar.

—¡Joder! —exclama, dejándose caer sobre el sofá.

—La amo, Leonardo. Nunca estuve jugando con ella. No pensaba acercarme. Lo tenía todo planeado, quería hacer las cosas bien.

Leonardo respira profundamente, pero veo cómo se lleva las manos a la nuca, visiblemente irritado.

—¡Maldita sea! —vocifera.

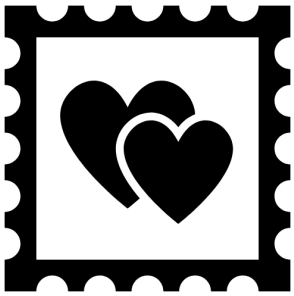
—¿Cómo conociste a Samanta? —pregunto, y Leonardo levanta la cabeza y me mira, sorprendido por la pregunta.

—¿Qué es esto? ¿Quieres utilizar mis errores para justificar los tuyos? —Se endereza, con la mirada dura.

—No, no es eso. Solo quiero recordarte que no todo lo que empieza mal termina mal. Me equivoqué, lo reconozco. Pero amo a Ana, y siempre fuimos sinceros sobre lo que sentimos y hasta dónde queremos llegar con esto.

—No consigo asimilarlo. Las mentiras, lo que ustedes dos hicieron delante de mis narices, los comentarios malintencionados.

—Si algún día puedes perdonarnos y darnos tu bendición, seré el hombre más feliz del mundo. Igual que tú no podías renunciar a Samanta, yo no puedo renunciar a Ana.



Estoy saliendo de la empresa cuando siento que el celular vibra en el bolsillo del pantalón. Suspiro al ver el nombre de Diane en la pantalla. No se rinde, y yo ya estoy al límite.

Rechazo la llamada varias veces, pero su insistencia termina venciéndome.

—¿Sí? —respondo, irritado.

—Tenemos que hablar —empieza, sin rodeos.

—Estoy cansado, Diane, y, sinceramente, ya no tenemos nada de qué hablar.

Hace una pausa, pero ya sé que no va a rendirse tan fácilmente.

—Ahí es donde te equivocas, Miguel —dice antes de terminar la llamada bruscamente.

Llego al edificio con la cabeza ya llena de problemas y el cansancio pesándome sobre los hombros. En cuanto doblo la esquina hacia el pasillo de mi apartamento, veo a Diane parada frente a la puerta. Siento que todo mi cuerpo se tensa. Me mira con

una sonrisa burlona, como si supiera exactamente lo que está haciendo.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunto, irritado, intentando mantener la calma.

Se acerca, ignorando por completo mi tono, con los ojos brillando con un aire de superioridad que me irrita todavía más.

—Vine a verte, ¿no puedo? —responde con el mismo sarcasmo, pasando una mano por mi pecho.

Me aparto, intentando evitar su contacto, pero insiste y sus manos se deslizan sobre mi piel.

—Diane, basta. ¿Te has vuelto loca?

Se detiene durante un instante y la sonrisa desaparece, pero enseguida vuelve con un brillo maligno en los ojos.

—Dijiste que ibas a dejarla y quedarte conmigo, Miguel. Que ella solo era una niña mimada y que no sabías cómo librarte de ella. —Su voz es baja, casi seductora.

Me quedo en shock, con el cuerpo paralizado. No encuentro palabras para responder. Nada de eso es verdad, pero la seguridad con la que habla me deja sin reacción. Solo puede estar loca.

—Me estuviste utilizando todo este tiempo, ¿verdad? —continúa, avanzando hacia mí mientras sus dedos vuelven a tocar mi pecho—. Termina de una vez con ella y vivamos nuestra vida. Los dos juntos, como prometiste.

Antes de que pueda reaccionar, Diane se inclina y me besa. Intento apartarme, pero me sujeta con fuerza, insistente.

Es entonces cuando escucho una voz detrás de mí, fría y cargada de indignación.

—Eres un hijo de puta, Miguel.

Me quedo paralizado.

La sangre corre helada por mis venas. Me giro lentamente y veo a Ana allí, mirándome con rabia.

—Ana... —empiezo, intentando explicarme, pero me interrumpe.

—¿Cómo pudiste? —grita con la voz quebrada—. Confié en ti. Lastimé a mi familia por ti. Me entregué a ti.

—No hables como si hubiera sido difícil solo para ti, Ana. ¡Esto no es lo que parece! —intento defenderme, todavía con la confusión reflejada en el rostro—. ¡Joder! —exclamo, sintiendo cómo la desesperación se apodera de mí.

—¿No es lo que parece? —Se ríe con amargura, señalando a Diane, que sigue demasiado cerca de mí—. ¡Te vi! Y escuché cada asquerosa palabra que dijo. Y ahora todo empieza a tener sentido: las horas extras, la marca de labial, la manera tan íntima en que siempre se refería a ti.

—Ana, ¿te estás escuchando? ¡Qué mierda, Ana!

Se gira, intentando marcharse, pero corro para impedírselo.

—Ana, por favor. ¡No hay nada entre Diane y yo! ¡Te amo!

—Tú amas el dinero de su familia, pero te juro que convenceré a mi tío para que me dé un puesto mejor, como me aconsejaste. Apenas estoy empezando, comencé allí hoy, y te juro que conseguiré ganarme su confianza.

—Cállate, estás loca.

—Y tú eres un cobarde, Miguel. No le debes nada a esa familia. Deja de pensar que sí —vuelve a hablar Diane, pero la ignoro, concentrado en la única persona que me importa.

—Ana, escúchame. —La sujeto por el brazo.

—¡Suéltame! —grita, liberándose de mí—. No soy idiota, Miguel.

—Ana, voy a dudar de todo lo que vivimos si te vas.

—¿Cuánto más quieres sacarle a mi familia? ¿Es dinero lo que quieres? —Abre el bolso y saca varios billetes, muchos más de los que imaginaba que llevaría en efectivo—. Toma. Vete al infierno con ella.

—¡Bien! —digo, recomponiéndome e intentando mantener el control, aunque todo dentro de mí se está derrumbando.

Mi postura cambia y mi voz sale más fría de lo que quisiera.

—Vete, Ana. Llévate tu maldito dinero y tu rabia, y no mires atrás cuando te arrepientas de lo que acabas de decir.

Sonríe con sarcasmo, cegada por los celos.

—Tal vez Diane tenga razón, tal vez de verdad seas lo que ella dijo... Una niña mimada que solo escucha lo que quiere y se cierra a todo lo demás.

Me odio por haberlo dicho, pero ya está, ya salió de mi boca. Antes de decir algo más, me doy la vuelta y entro en el apartamento, dejando a las dos en el pasillo. La puerta se cierra con un golpe seco y me apoyo contra ella durante un instante, respirando profundamente, intentando contener el arrepentimiento por las palabras que acabo de pronunciar y que ya empieza a crecer dentro de mí.

Pero no puedo permitir que me humille así.

No confía en mí, ¡joder!

Eso me desgarra por dentro más que cualquier otra cosa.

¿Por qué simplemente creyó en la actuación barata de Diane?

—¡Miguel, abre la puerta! —escucho gritar a Diane al otro lado.

Con los puños cerrados, abro la puerta, con los ojos ardiendo de odio.

—¿Qué mierda quieres? ¿Qué demonios fue toda esa farsa que acabas de montar?

—Solo quería demostrarte que ella no confía en ti. Que yo puedo ser mejor a tu lado que ella.

—¿Y de dónde sacaste la idea de que te quiero? —replico, sintiendo ganas de estrangularla.

Esboza una sonrisa forzada, como si intentara mantener la compostura.

—Estás enfadado ahora, Miguel. Lo entiendo. Pero, en el fondo, sabes que puedo ser exactamente lo que necesitas. —Da un paso hacia delante, acercándose más de lo que me gustaría—. Yo sí te entiendo de verdad. Puedo darte la vida que mereces, sin todas estas complicaciones, sin la presión que Ana ejerce sobre ti.

—¿Lo que merezco? —digo con una risa amarga, dando un paso atrás—. No tienes ni idea de lo que necesito.

Extiende la mano, como si intentara tocarme el pecho, pero le sujeto la muñeca antes de que pueda hacerlo.

—Basta, Diane. No te quiero, no quiero nada de lo que crees que puedes darme. —Le suelto el brazo—. Vete antes de que pierda definitivamente la paciencia.

Me mira con cinismo y rabia.

—Vas a arrepentirte de esto, Miguel —amenaza, esbozando una sonrisa arrogante.

—Tal vez —digo con frialdad, cruzándome de brazos—. Pero definitivamente no será hoy.

Sin decir nada más, se aleja haciendo resonar los tacones contra el suelo con rabia. Cierro la puerta y el silencio se apodera del apartamento.

36

Ana Clara Milani

Sin mirar atrás, bajo las escaleras. Cada escalón parece más pesado que el anterior. Mis rodillas flaquean por momentos, pero respiro profundamente, intentando recordar quién soy. Soy una Milani. Mi padre siempre nos enseñó a mantenernos firmes, a no caer jamás, sin importar lo difícil que sea la situación.

Las ganas de detenerme, de volver, de enfrentarme a Miguel y exigir explicaciones, casi me dominan, pero no puedo. No lo haré. Y, por mucho que mi corazón esté hecho pedazos, me niego a ser débil ahora. Él tomó su decisión.

—¿Señorita? —El guardaespaldas me llama en cuanto me ve bajar.

Por la forma en que me mira, sé que mi aspecto es deplorable, probablemente digno de lástima.

—Déjame en paz —digo, haciendo una señal al taxi que se acerca.

—Yo la llevo —insiste, con tono servicial.

—No hace falta —respondo, entrando en el taxi y cerrando la puerta sin mirar atrás.

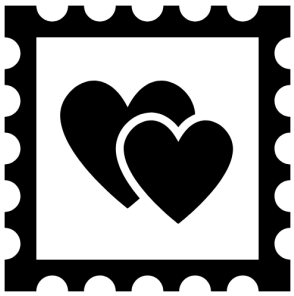
—¿Adónde vamos? —pregunta el conductor, lanzándome una mirada rápida por el retrovisor.

—Jardim Europa, residencia Milani —respondo en voz baja.

Él se limita a asentir, dobla la esquina y toma el camino hacia la mansión más lujosa del barrio.

Siempre temí que mi apellido pesara más que quien realmente soy. Siempre quise que vieran más allá de la fortuna de mis padres, que no me midieran únicamente por el dinero que poseemos.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla, demasiado agotada para contener las lágrimas, demasiado cansada para seguir fingiendo que soy fuerte todo el tiempo. Solo tengo dieciocho años, no necesito ser la mejor en todo.



Una semana después…

Miguel y yo terminamos de una manera trágica y dolorosa. Después de llorar hasta quedarme sin lágrimas, pensé que estaba mejor.

Mentira.

Todavía lloro todas las noches antes de dormir, pero durante el día mantengo una sonrisa convincente. Al día siguiente cambié de número y solo se lo comuniqué a quienes realmente quería mantener cerca. Tal vez haya sido una medida radical, pero me pareció necesaria, sobre todo después de comprobar que Diane realmente está trabajando con su tío e intentando ascender en la empresa. Ella decía la verdad, y tuve que aceptarlo.

Me arreglo para ir a la universidad y bajo a desayunar. El asunto «Ana Clara y Miguel» siempre fue restringido, lo que facilitó evitar explicaciones. Al final, todos parecen convencidos de que mi padre ganó y nosotros desistimos. Me pareció mejor dejarlo así. No

quiero perjudicar la relación que mi padre tiene con Miguel, aunque sé que él no está siendo en absoluto sincero sobre lo que realmente siente.

He estado recibiendo una avalancha de mensajes de *haters* y los *paparazzi* no me dejan en paz, siguiéndome adondequiera que vaya. Decidí ponerle fin también a eso. No quería involucrar a Thiago, pero él se ofreció a ayudar. Siempre ha sido un buen amigo, así que estamos fingiendo muy bien.

—Buenos días —digo con una sonrisa, obligándome a parecer despreocupada al entrar en el comedor, donde todos ya están reunidos, incluida una persona a la que no esperaba ver.

—Buenos días —responde Miguel, levantando los ojos apenas durante un segundo, con una expresión fría que no revela nada.

Mi padre parece satisfecho con nuestro distanciamiento, y el hecho de que Miguel esté aquí de nuevo solo refuerza esa sensación. No sé qué le habrá dicho a mi padre. Pero la idea de vernos separados claramente le da tranquilidad, como si todo estuviera regresando a lo que él considera «normal».

Escucho la risa burlona de Higor y Hiago sonríe como siempre.

—¿Tienes mucha hambre o solo vas a fingir como has hecho estos últimos días? —se burla Hiago.

—Ocúpate de tu alimentación, que, por cierto, te estás poniendo bastante gordito.

—Siéntate, cariño. Pedí que te prepararan tortitas y ya te dejé la miel ahí —dice mi madre con una sonrisa mientras empuja el recipiente hacia mí.

Me preguntó qué había pasado entre nosotros dos. Debería haber sido sincera con ella, pero solo respondí: «se acabó la magia».

—Gracias, pero hoy prefiero tostadas y huevos, y comeré rápido, bajé tarde. Thiago ya debe de estar llegando para recogerme.

Miguel levanta los ojos, pero enseguida vuelve a apartarlos.

—¿Volvieron a llevarse bien? —pregunta mi padre.

—Nunca dejamos de ser amigos. Igual que Tâmara, él siempre ha estado a mi lado —respondo, intentando parecer tranquila.

Termino de comer rápidamente, lo poco que consigo últimamente, y me levanto para esperar a Thiago en la puerta. Miguel hace lo mismo y se queda a mi lado, en silencio, durante algunos minutos, mientras mi padre regresa al despacho.

—¿Así que es eso? ¿Ahora estás con el niño rico? —suelta, con un tono ácido que me irrita de inmediato.

—Eso no es asunto tuyo, Miguel —respondo, sin apartar la mirada.

Se acerca más y baja la voz.

—Nos estás destruyendo a los dos —murmura.

—No existe ningún «nosotros», Miguel. Se acabó. —Mi respuesta sale más firme de lo que esperaba, pero por dentro estoy temblando.

—Tenemos que hablar —insiste, como si tuviera derecho a exigirme algo.

—No te preocupes, Miguel. No le conté nada a mi padre ni a mi madre. Les ahorré la decepción que tú provocaste.

Se pasa una mano por el cabello, claramente irritado.

—¡Joder, Ana, estás ciega!

—¿Ciega? —Suelto una risa amarga—. ¿Ciega por qué? ¿Por no haberme quedado a tu lado mientras me apuñalabas por la espalda con Diane?

Antes de que Miguel pueda decir algo más, el sonido del auto de Thiago estacionando justo delante de nosotros interrumpe el momento. Baja del vehículo con ese aire despreocupado de siempre, se levanta las gafas de sol y me dedica una sonrisa casual.

—¿Lista, Ana? —pregunta, ignorando a Miguel.

—Sí —respondo, empezando a caminar hacia el auto.

—¿Así que esto es lo que vas a hacer? —dice Miguel en voz más baja, aunque no lo suficiente como para que no se escuche—. ¿De verdad vas a seguir dándole alas a ese tipo?

—Sí —murmuro sin mirar atrás—. ¿Y quién te crees que eres para decir algo?

—¡Soy alguien a quien todavía le importas, joder! —Da un paso hacia delante, como si estuviera a punto de apartarme de Thiago—. Pero parece que ya lo olvidaste.

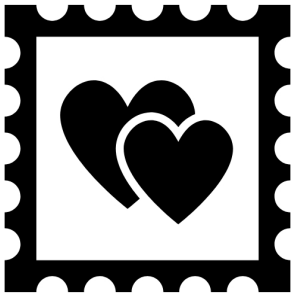
—Si de verdad te importara, no me habrías hecho tanto daño —respondo, girándome lentamente para mirarlo.

Mi voz vacila, pero no volverá a engañarme.

—Ana, vamos. Vas a llegar tarde —dice Thiago, colocando una mano sobre mi hombro sin apartar los ojos de Miguel.

—Vamos —añado con un suspiro, dándole definitivamente la espalda a Miguel y dirigiéndome hacia el auto.

Miguel sigue allí, inmóvil, con el rostro inexpresivo, pero sus puños cerrados lo dicen todo.



Miguel Milani

Me tiemblan las manos de rabia y mi respiración se acelera mientras veo a Ana junto a Thiago. Como si todo lo que hubo entre nosotros hubiera sido un juego, algo que ella superó demasiado rápido. Quisiera sentir dolor, tristeza, cualquier cosa que justificara la mierda que estoy viviendo ahora, pero lo único que siento es rabia, rabia por haberme lanzado de cabeza a todo esto.

—Vamos. —Leonardo aparece a mi lado y me toca el hombro.

—Sí —digo, acompañándolo hasta el auto.

—¿De verdad terminaron? —pregunta Leonardo, escéptico.

—Sí, y estoy considerando volver a Canadá.

—¿Qué mierda es esto? —Se gira de inmediato para mirarme.

La mierda de mis decisiones, en las que vuelvo a alejarme y vivo mi vida.

—Lo siento —es lo único que consigo decir, aunque sé que no basta.

Aprieta el volante con fuerza y deja escapar un largo suspiro, como si estuviera intentando controlar algo que conozco muy bien.

—Entiendo. Sabía que esto podía pasar, ustedes son hermanos… ¡Qué mierda! Son jóvenes, cambian de opinión

fácilmente. Ahora quieres irte. Miguel, esto pasará.

—Papá… —empiezo, llamando su atención de una manera que rara vez hago.

Me mira, sorprendido.

—Te quiero, muchísimo. Estoy agradecido por todo, por el amor que siempre me diste, por la confianza que depositaste en mí. Pero… necesito irme.

Veo cómo cambia su mirada. Respira profundamente, traga saliva y se pasa una mano por los ojos, como si estuviera limpiando algo que ni siquiera está allí.

—No tienes idea de cuánto te quiero —dice, con la voz más baja—. Pero está bien. Puedes encargarte de la sucursal de allí, ¿qué te parece?

Guardo silencio durante unos instantes, intentando encontrar las palabras adecuadas para decirle que… que necesito vivir mi vida.

—Quiero volver a hacer lo que hacía antes —digo finalmente, sabiendo que no le gustará la respuesta.

—¿Entonces me estás abandonando otra vez?

—No. Nunca volveré a hacer eso —respondo con sinceridad —. Pero necesito espacio. Necesito vivir mi vida sin estar atado a nada.

Suspira.

—Ve a la empresa dos veces por semana, por lo menos, y ocúpate de tu dinero.

—Ese dinero no me pertenece.

—¿Quién dijo eso? Porque no recuerdo haber desheredado a ninguno de mis hijos. —Sonríe, pero su mirada es seria, intentando

hacerme entender que sigo siendo parte de todo, aunque quiera mantenerme a distancia.

37

Miguel Milani

Un mes después…

—Esta casa es increíble, Miguel, siempre quise vivir aquí —comenta Ryan mientras entra en la casa que compré por insistencia de Leonardo, que cree que no debería tener menos que esto.

—¿De verdad te gustó? —pregunto con una sonrisa divertida, aunque ya sé la respuesta.

—¿Gustarme? ¡Caramba, Miguel, mira esta vista! ¡Esto es un sueño!

Miro alrededor, intentando ver la casa de la misma manera que él, pero mi mente está en otro lugar.

—Sabes lo que Ana piensa de mí, ¿verdad? —digo, cruzándome de brazos—. Comprar una casa tan lujosa como esta con el dinero de Leonardo solo refuerza lo que ella cree de mí.

Ryan se encoge de hombros, sin darle importancia.

—¿Y qué, amigo? Ya no están juntos. Tendrá que aceptar que tú también eres un Milani, le guste o no.

—Será mejor que me vaya —digo, tomando mi mochila—. Todavía tengo que pasar por la empresa antes de ir a la universidad.

—¿Vas a insistir otra vez con lo de las mentorías? —pregunta Ryan, arqueando una ceja.

—Es algo que realmente me gusta hacer.

—Eres muy aburrido. Un multimillonario yendo a trabajar para cobrar por hora.

—Exactamente —replico con tono divertido—. Y hay más, compré el apartamento donde vivíamos.

—¿Compraste ese lugar? ¿Por qué?

Por una sola razón: fue allí donde besé a Ana por primera vez. Y aunque ahora estoy enfadado y no quiero verla ni a cien metros de distancia, fue por eso, lo admito.

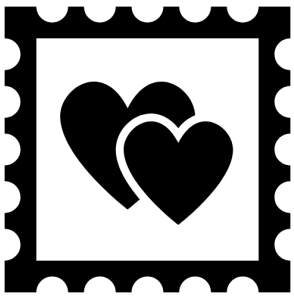
—¡Caramba! —exclama desde la terraza, y su risa resuena por toda la sala—. ¡De verdad estás jodido!

—Solo es otro apartamento.

—Sí, uno que podrías no haber comprado, pero ahí estás, con cara de querer vivir allí solo por lo que grabaste en el acero inoxidable de la barandilla de la escalera.

Ana Clara, eso fue lo que grabé en el acero inoxidable.

—No soy tan sentimental. Solo es un buen apartamento y está bien ubicado. Tengo que irme ahora.



Ana Clara Milani

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —murmuro, sintiendo el suelo frío bajo mi cuerpo mientras aprieto el test de embarazo entre las manos temblorosas.

—Ana, ¿no vas a bajar? —Escucho la voz de Hiago resonando desde el pasillo.

—¿Qué pasa, Hiago? —grito de vuelta.

—Papá pidió que te llevara hoy a la universidad.

Respiro profundamente, intentando controlar mi respiración acelerada.

«Esto no puede ser verdad», pienso, sintiendo cómo el corazón me martillea en el pecho.

Con las manos todavía temblorosas, meto el test dentro de la mochila, como si esconderlo fuera a resolver el problema.

Me levanto, obligando a mi cuerpo a moverse a pesar del peso que parece empujar mis hombros hacia el suelo. Tomo la mochila y doy una última mirada al espejo, intentando recomponerme. Me acomodo el cabello y respiro profundamente, como si eso fuera suficiente para borrar el pánico que siento.

«Cálmate, Ana», me digo a mí misma.

Pero la imagen de aquellas dos líneas en el test sigue latiendo en mi mente.

—Ya voy —respondo, intentando ocultar la desesperación en mi voz.

—Come algo, te esperaré —dice Hiago en cuanto abro la puerta.

—No tengo hambre —murmuro, bajando las escaleras con pasos rápidos mientras siento que me sigue de cerca.

—¿Qué pasa? ¿Estabas llorando? —Me detiene bruscamente, sujetándome los hombros con firmeza.

—¡No! —respondo demasiado rápido, lo que solo parece aumentar la desconfianza en sus ojos.

—Ana, ¿qué está pasando? Llevas días rara, triste, encerrándote en tu habitación. Mamá pasa horas hablando contigo.

Es por él, ¿verdad? Ese bastardo —dice, apretándome un poco más los hombros, con la voz cargada de rabia.

—¡No! Miguel no tiene nada que ver con esto —miento, sintiendo cómo se me cierra la garganta.

Hiago entrecierra los ojos, intentando descifrar mis pensamientos. Aparta la mirada, suspira y se pasa una mano por el cabello, frustrado.

—Está bien... vámonos, entonces.

Me suelta y empieza a caminar hacia el auto. Yo lo sigo.

Hiago me observa durante todo el trayecto. Finjo no darme cuenta y uso unos auriculares únicamente como excusa para evitar la conversación. No hay música sonando, pero es la mejor forma de fingir que estoy ajena a todo lo que ocurre a mi alrededor. Cada vez que intenta decir algo, finjo estar distraída, mirando por la ventanilla como si el mundo exterior fuera más interesante que todo lo que da vueltas en mi cabeza ahora.

En cuanto el auto se detiene frente a la universidad, me quito los auriculares y respiro profundamente.

—Gracias por traerme, Hiago —digo rápidamente, abriendo la puerta antes de que pueda decir nada.

—Ana, espera —me llama, pero ya estoy fuera del auto, alejándome deprisa.

Siento su mirada todavía sobre mí, pesada, pero sigo caminando, fingiendo que todo está bien. El test de embarazo está escondido en el bolsillo de mi mochila, y con cada paso que doy parece pesar más.

Llego a la entrada de la universidad y, cuando me inclino para sacar mis libros, siento que algo se desliza. Escucho el ligero sonido de algo cayendo al suelo y mi corazón se detiene durante un segundo.

Me quedo paralizada, pero antes de que pueda agacharme, Hiago ya está detrás de mí, más rápido de lo que imaginaba.

—¿Qué es esto? —Recoge el test del suelo, abriendo mucho los ojos mientras lo examina.

—Hiago, dame eso —digo, con una voz mucho más desesperada de lo que quisiera.

Intento arrebatárselo de la mano, pero retrocede, conmocionado.

—¿Un test de embarazo? Ana, ¿esto va en serio? —Me mira con los ojos llenos de preocupación.

—No... Yo... yo no sé... —Mi voz falla, sin poder seguir mintiendo.

—Es de él, ¿verdad? —pregunta Hiago sin necesidad de decir su nombre, y su expresión cambia, volviéndose más protectora, pero también irritada.

—Voy a buscar la manera de hablar con Miguel y después con nuestros padres.

Se deja caer contra la pared, con las dos manos sobre la cabeza.

—Como si no fuera suficiente con Higor, ahora también tú —suelta Hiago.

—¿Qué pasa con Higor? —pregunto, confundida.

—No voy a hablar de eso. Se va a armar una mierda enorme —responde sin mirarme.

—¿Eso qué? ¿De qué estás hablando? —insisto, cada vez más impaciente.

—De ustedes dos, tú y Higor. Y encima él me metió en medio de toda esta confusión —responde Hiago, irritado.

—Maldita sea, Hiago, no estás diciendo nada con sentido —replico, intentando entenderlo.

—Mientras tú andabas restregándote por ahí con el «hijo favorito» de nuestro padre, el *bad boy* de la familia creyó que era una buena idea hacerse pasar por mí y... —Se detiene y se pone de pie después de soltar un largo suspiro.

—¿Y? —pregunto.

—Nuestro padre siempre quiso tener una familia grande, ¿verdad? —dice con un tono amargo y un poco sarcástico—. Ve a clase, Ana.

38

Miguel Milani

Estoy de pie frente a la entrada del hospital, mirando esa puerta automática que se abre y se cierra constantemente, como si invitara a todos a entrar menos a mí. Mi corazón late con fuerza, casi descompasado, mientras un dolor familiar en el pecho empieza a intensificarse, irradiándose hacia los brazos.

«No puede ser...», pienso, intentando apartar la idea de mi mente. Pero el sudor frío que me recorre la frente y la debilidad que siento en las piernas no ayudan.

Respiro profundamente, intentando ordenar mis pensamientos, intentando ser optimista, pero la ansiedad solo empeora. Una parte de mí quiere creer que es solo el estrés, el peso de todo lo que está pasando, la separación de Ana, la presión de Leonardo, las mentiras de Diane... todo eso consumiéndome de dentro hacia fuera. Pero otra parte de mí, más oscura, susurra una palabra que siempre he evitado: *leucemia*.

Mi cuerpo tiembla ligeramente y cierro los puños, luchando contra el impulso de salir corriendo. Pero huir no va a solucionar nada, como Ana me dijo una vez: *huir no hará que las cosas mejoren*.

«Maldita sea, Miguel... entra de una vez.»

Pero no puedo. No puedo enfrentarme a la posibilidad de escuchar otra vez aquel diagnóstico. De tener que pasar por todo una vez más. ¿Y qué será de mí si esta vez no sobrevivo, si no puedo volver a ver a todos los que amo? ¿Qué mierda estoy haciendo aquí en Canadá? ¿Qué mierda hago lejos de todo lo que quiero tener cerca?

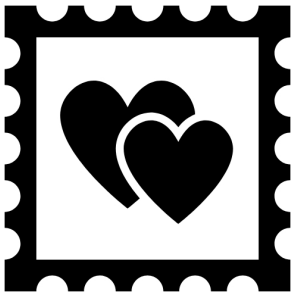
Me paso una mano por el cabello, intentando encontrar valor en algún lugar dentro de mí.

«Vamos, entra y averigua qué es. Es mejor saberlo que quedarte aquí paralizado.»

Las puertas automáticas siguen abriéndose y cerrándose, y doy el primer paso hacia el interior del hospital, después otro y muchos más hasta encontrarme frente al consultorio del oncólogo, donde el médico ya me está esperando.

Mi mano vacila sobre la puerta, pero ya no puedo dar marcha atrás. Ya pasé por esto antes, sé lo que viene después. El miedo a un diagnóstico que puede cambiarlo todo, otra vez. Intento recordar que sobreviví una vez, pero ahora... ahora parece diferente. Más pesado. Más real.

Aprieto el picaporte y entro.



Ana Clara Milani

Días después...

—Miguel no ha estado apareciendo por la empresa —comenta mi padre con un profundo suspiro mientras remueve distraídamente el café de su taza.

Mi madre, sentada a la mesa con nosotros, levanta los ojos del plato.

—¿Será que tiene problemas? —pregunta con tono preocupado.

—El problema de siempre: es un desagradecido y ya ha causado suficientes destrozos por aquí —dice Higor con sarcasmo.

—Higor, no empieces —lo reprende mi madre, mirándolo con desaprobación.

—Solo estoy diciendo la verdad, mamá —continúa Higor.

—Eso no ayuda, Higor —dice Hiago mientras mi padre parece perdido en sus pensamientos.

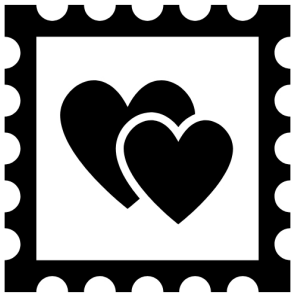
—Tal vez necesite tiempo —digo, intentando parecer indiferente, aunque esto me afecta mucho más de lo que quisiera.

—O simplemente no le importa —insiste Higor, apartando el plato—. Siempre ha sido así, hace lo que quiere y ustedes lo apoyan, incluso cuando él y Ana estuvieron juntos. Es ridículo.

—Voy a organizar mi agenda e ir a Canadá —dice finalmente mi padre después de un largo silencio.

No sé si realmente escuchó todo lo que se dijo o si simplemente está respondiendo a su propio diálogo interno.

Miro el celular que tengo en la mano. Nunca me buscó desde que se fue. Es un farsante, un interesado. Pero ahora, embarazada, todo parece mucho más complicado. No sé cómo actuar, no sé cómo contárselo. Se me encoge el corazón ante el reencuentro que será inevitable.



Es el final de la tarde y el aire fresco de la pequeña ciudad me envuelve mientras Thiago estaciona el auto frente a una acogedora cafetería. A pesar de su modesto tamaño, el lugar tiene fama de servir una increíble variedad de cafés y aperitivos irresistibles, y hoy decidí que quiero comprobarlo.

Thiago y yo hemos pasado mucho tiempo juntos. Tâmara solía acompañarnos, pero ahora vive estudiando, más de lo normal.

—Ana, voy a pedir lo nuestro —dice Thiago mientras se aleja hacia el mostrador.

A lo lejos, mis ojos captan una figura familiar. Una mujer camina con torpeza, chocando con las sillas mientras intenta atravesar la cafetería. Mi cuerpo se tensa y siento que me falta el aire cuando descubro quién es: Diane.

—¿Qué estás haciendo aquí y así? —pregunto, acercándome mientras la veo servir las mesas con torpeza.

—¿Ana? —Su voz suena sorprendida, casi incrédula, y deja caer la bandeja al suelo, esparciendo todo.

—Me dijeron que te vieron en el aeropuerto cuando Miguel regresó a Canadá. ¿Qué estás haciendo aquí? —insisto.

Siempre pensé que estaban juntos.

Se agacha y recoge las cosas que dejó caer al suelo. Después se levanta, alejándose y fingiendo que no me debe ninguna respuesta.

—¡Oye! —La sigo.

—¿Qué quieres? —Se detiene a mitad de camino y deja la bandeja cerca del mostrador de la cocina—. No estoy con Miguel, ¿satisfecha? —pregunta mientras yo permanezco muda, esperando que lo diga todo de una vez—. Ustedes dos son patéticos. Él, un idiota que vio algo en ti, y tú, una mimada que cree que es la dueña del mundo.

—¿Él te dejó? ¿Tu tío descubrió lo podrida y falsa que eres y te echó a la calle? —pregunto con desprecio.

Se ríe, pero es una risa amarga, cargada de sarcasmo.

—Eso no es asunto tuyo, Ana. —Me mira con ojos fríos, como si estuviera disfrutando cada segundo de mi confusión—. ¿Y si me dejó? Nunca lo tuve. Simplemente no soportaba verte con él. Si no fuera por ti, lo habría tenido. Pero ahora ninguna de las dos lo tiene. ¿Y sabes qué? Solo eso ya me hace feliz.

Mis manos empiezan a temblar. La rabia arde dentro de mí, creciendo lentamente. Siento que el calor me recorre el cuerpo y las ganas de llenarle la cara de bofetadas casi me consumen.

—Ana, no vale la pena —murmura Thiago, colocando una mano sobre mi hombro, intentando impedir que reaccione.

Pero mis manos siguen temblando y la idea de dejarlo pasar parece muy lejana mientras Diane me mira con esa sonrisa de víbora en los labios.

—Thiago, llévame de aquí. Quiero irme a casa.

—Pero, Ana...

—Por favor.

El camino transcurre en silencio, salvo por mis sollozos contenidos. Quiero desgarrarme de tanto llorar.

«Idiota, idiota», pienso mientras acaricio mi pecho a la altura del corazón.

Thiago estaciona el auto frente a mi casa y abro la puerta con prisa, pero me sujeta del brazo.

—Ana, ¿de verdad no puedes considerar darme una oportunidad?

Retiro lentamente mi brazo y salgo del auto en silencio.

Me arrastro hasta conseguir poner un pie dentro de casa. Mi padre está hablando por teléfono y ni siquiera se da cuenta de que he llegado.

Estoy decidida.

Mañana mismo estaré en Canadá, y nadie va a impedir que vaya hasta allí.

39

Miguel Milani

Leucemia, leucemia, leucemia, las palabras gritan en mi mente mientras me hundo entre los cojines.

—Miguel, esto solo puede ser un error. Vamos a repetir los exámenes, amigo, mírate. Estás bien, solo es estrés —insiste Ryan, intentando sonar optimista.

—¿Quieres que siga negándolo? —mi voz sale amortiguada, perdida entre los cojines.

—Entonces hablemos con tu padre. Él te donó médula cuando eras niño, ¿verdad?

—El médico ya descartó esa posibilidad —murmuro—. Solo se puede donar hasta los treinta y cinco años.

Ryan suspira.

—Entonces encontraremos otro donante. Tus hermanos pueden ser compatibles. Tienen la misma genética que tu padre adoptivo.

—Ya estoy en la lista de espera —respondo, con la voz sin vida.

—¿Y mientras tanto? —pregunta Ryan con una ligera vacilación.

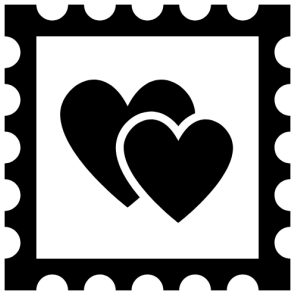
—Intento seguir vivo —digo con una media sonrisa amarga, intentando encontrar fuerzas en unas palabras que parecen vacías.

—Tu padre tiene que saberlo, Miguel.

—Nadie tiene que saberlo —replico, con la voz firme, aunque el miedo se filtra entre las palabras—. ¿Y si no sobrevivo?

—Ni se te ocurra decir eso, amigo —responde Ryan, alarmado, casi como si pudiera alejar la realidad con sus palabras —. No digas eso ni en broma.

Suelto una risa seca, sin humor, mientras me hundo todavía más en el sofá, intentando ignorar el peso que oprime mi pecho.



Ana Clara Milani

Preparo una mochila pequeña, con la intención de ir a Canadá y regresar al día siguiente. Tal vez nadie note mi ausencia y pueda volver como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué estás haciendo ahí? —Me sobresalto al verlo... Mierda, esto a veces pasa. No sé cuál de los dos está frente a mí.

—¿Hiago? —pregunto, insegura.

—¿Qué es esto? —Me arranca la mochila de la mano con tanta fuerza que ya no me queda ninguna duda de quién es.

—¡No te metas, Higor! —replico, intentando recuperarla.

Me ignora y arroja todo sobre la cama.

—¿Adónde pretendes ir?

—Eso no es asunto tuyo. Ocúpate de tus propios problemas, Hiago ya dijo que estás metido en problemas hasta el cuello.

—¿Hiago? —Se ríe con sarcasmo—. Habla de una vez, ¿qué es esto?

—Nada, solo algunas cosas que voy a donar.

—¿También vas a donar el pasaporte? —Golpea el objeto contra la otra mano, observándome con esa mirada analítica—. ¿Vas a Canadá? ¿Papá ya lo sabe?

—No voy a ninguna parte.

—Vuelve a preparar la mochila, voy contigo.

—De ninguna manera, no necesito que vengas conmigo.

Se echa a reír, divertido.

—Entonces acerté. —Vuelve a reírse—. Voy contigo.

—¿Por qué vas a venir conmigo?

—Necesito pasar un día fuera para respirar.

—Estás respirando ahora.

—Sabes a qué me refiero.

—Solo vas a estorbarme.

—¿Sabes dónde está él? —Me lanza una mirada engreída.

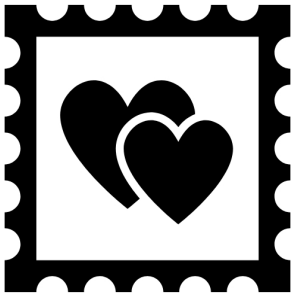
—No —respondo, y solo entonces me doy cuenta del punto al que he llegado.

—Yo sí. Papá recibió ayer su dirección actual. Reservaré un hotel y compraré los pasajes.

Me siento en la cama y dejo escapar un largo suspiro de insatisfacción.

—Está bien, pero ve y respira lejos de mí.

—Hecho —dice, guiñándome un ojo antes de salir de la habitación.



A la mañana siguiente, mi cabeza es un caos. Estoy dividida entre seguir adelante con mis planes o enfrentarme a todo de una vez. Bajo las escaleras lentamente, sintiéndome como si estuviera a punto de cometer un crimen, como alguien que planea escapar de casa sin dejar rastro.

—Ana, ¿todavía no estás lista? —La voz de mi padre resuena en cuanto llego al comedor.

Todos ya están sentados a la mesa y él me mira con esa expresión de quien espera que yo ya sepa de qué se trata.

—¿Lista para qué, exactamente? —pregunto, intentando parecer despreocupada.

Levanta un folleto con la mano, mostrando el título en letras grandes y destacadas: Seminario de Economía Internacional en Seattle.

—Para el seminario en Seattle, claro. Pensé que estabas ansiosa por participar —dice, dejando caer el folleto sobre la mesa mientras Higor sonríe.

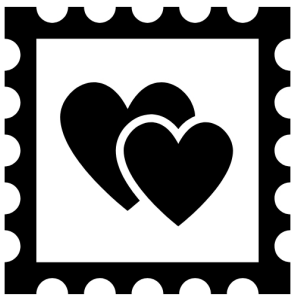
—Dijiste que querías ir, a papá le encantó la idea. Voy contigo —dice Higor, todavía con esa sonrisa sombría que utiliza constantemente.

—Ah, claro. Voy a preparar mi mochila. Como el evento es esta tarde, mañana por la mañana estaremos de vuelta.

—Pensaba en pasar el fin de semana, Ana. Hoy es viernes, podemos quedarnos allí el resto de los días —continúa Higor.

—Me encanta verlos interesados en esta área. No tardaré mucho en jubilarme, así que serán ustedes quienes den continuidad a todo.

Higor es incorregible. Actúa como si tuviera todo bajo control todo el tiempo, como si el mundo siguiera sus reglas. Pero, claro, no siempre es así.



—¿Qué está pasando para que quieras venir a Canadá así, de la nada? —pregunta Higor, recostado en el asiento del avión y manteniendo los ojos cerrados.

—Tengo un asunto importante que hablar con Miguel.

—Olvídate de él, Ana. Quiere quitar lo que es nuestro. Te quiere como una carta a su favor, para tener la certeza de que de alguna manera conseguirá lo que desea.

Durante mucho tiempo, eso fue exactamente lo que creí: estaba ciega, igual que Higor lo está ahora. No puedo culparlo por haberse convertido en esa persona fría y amarga. Es asfixiante, angustiante, vivir rodeada de personas que solo se acercan por nuestro dinero, que siempre intentan aprovecharse de los beneficios que trae nuestro apellido.

Aterrizamos pocos minutos después y mis piernas empiezan a temblar solo de imaginar la conversación que estoy a punto de

tener con Miguel. ¿Cómo voy a decirle que estoy embarazada, que llevo a su hijo dentro de mí?

—Ana, ve a resolver lo que tengas que resolver. Estaré en el hotel —dice Higor, lanzándome una mirada seria.

Le doy la dirección al conductor y no puedo evitar sonreír ante la ironía de que Miguel siga viviendo en aquel diminuto apartamento. Seguramente mi padre ya le habrá ofrecido una casa aquí en Canadá.

Poco después, el auto se detiene frente al edificio y, en cuanto pongo los pies sobre la acera, me invaden los recuerdos. Es imposible no pensar en cómo empezó todo allí, en las veces que fuimos realmente felices y en el sabor de nuestro primer beso... El primer beso que realmente significó algo.

Subo las escaleras, pero me quedo inmóvil frente a la puerta durante largos minutos, intentando reunir el valor que necesito para enfrentarme a él. Tengo que decirle que estaba equivocada, que todavía lo amo y que, de alguna manera, nuestro amor se multiplicó dentro de mí.

—¿Ana? —La voz seca y familiar resuena en el pasillo.

Me giro lentamente y encuentro a Miguel allí, observándome con una expresión indescifrable. Mi corazón se acelera al verlo y las palabras que tanto ensayé parecen escaparse.

40

Miguel Milani

Me quedo paralizado al verla allí, mirando la puerta como si estuviera librando una batalla silenciosa contra ella. De todas las personas con las que podría haberme encontrado, Ana era la última que esperaba ver. Intento mantener la calma, pero mi corazón se acelera. Ella se gira, claramente sobresaltada al escuchar mi voz, que me he asegurado de hacer sonar lo más indiferente posible.

—¿Miguel? —murmura, sin dar un solo paso en mi dirección.

Soy yo quien se mueve, pero no me detengo a su lado. Paso de largo y abro la puerta.

—¿Podemos hablar? —pregunta en voz baja.

—Sé rápida —respondo, entrando en el apartamento y dejando las llaves sobre la encimera—. Tengo unos asuntos que resolver. Solo vine a buscar unas cosas que olvidé llevar a la universidad.

—¿Volviste a dar mentorías? —pregunta, pero su tono deja claro que no le interesa la respuesta.

Sonrío con amargura, negando con la cabeza.

—Creo que no viniste hasta aquí para preguntarme por mi rutina, Ana. —Mi voz sale fría y la veo tragar saliva.

—Me equivoqué, te juzgué mal. Estaba ciega, como tú me dijiste. Perdóname.

Me detengo un momento y después me giro lentamente para mirarla.

—Claro que te perdono —respondo con una sonrisa forzada —. Si solo era eso, con permiso, llego tarde.

—Miguel, estoy embarazada.

Me detengo a mitad de camino, con la mano congelada sobre el picaporte. El corazón empieza a martillearme en el pecho. *No, Ana. Ahora no. Así no, no cuando ni siquiera sé si voy a seguir vivo.*

—¿Debería felicitar al padre? —respondo, todavía de espaldas, con la voz seca, casi amarga.

No me giro. Intento mantener la compostura, pero por dentro todo se está derrumbando.

—Miguel... —Su voz tiembla, y es lo único que consigo escuchar.

—¿Qué? ¿Se supone que debo creer que ese hijo es mío? ¿En serio, Ana? ¿Crees que soy idiota? Recuerdo perfectamente que tomabas las pastillas religiosamente. —Suelto una risa amarga, cruel—. ¿Y ahora apareces aquí con esta historia?

—¿Por qué iba a mentir?

—Estabas con Thiago, ¿recuerdas? ¿O ya olvidaste cómo siempre estaba a tu lado, como si fuera tu dueño? —escupo las palabras, resentido.

Ella contiene las lágrimas y yo me obligo a no arrepentirme de lo que acabo de decir.

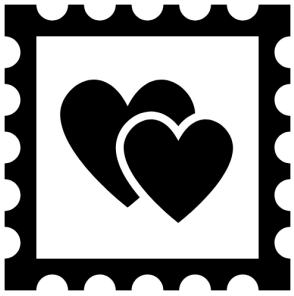
—No puedo ser padre, no quiero ser padre.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no vas a contarle esa historia a Thiago? Apuesto a que le encantará saber que estás esperando un hijo. Creo que siempre quiso eso contigo. —Doy un paso hacia ella, pero me detengo.

—¿Cómo puedes decir eso? —murmura, con la voz casi inaudible.

—Vete, Ana. Y buena suerte con el padre de ese bebé, sea quien sea. —Me detengo junto a la puerta, dejándole espacio para salir.



Ana Clara Milani

Tomo aire con fuerza y me obligo a esbozar una sonrisa amarga mientras me acerco a él. Da un paso hacia un lado, dejándome espacio para salir.

—Eres un idiota —susurro, con rabia y un dolor profundo.

Pero, en el fondo, sé que merezco que me trate así. No confié en él, caí en la patética actuación de Diane y me siento culpable por eso.

—Siempre te lo advertí —replica con tono frío—. Fuiste tú quien prefirió no creerme.

Me detengo en la puerta durante un instante, esperando que diga algo más, que muestre algún arrepentimiento, que me dé una oportunidad, pero no lo hace.

Bajo las escaleras apresuradamente, con los ojos empañados por las lágrimas que intento contener en vano. Al salir del edificio, me encuentro de frente con Higor, apoyado contra la pared, analizando la fachada con desprecio.

Me detengo, sorprendida de verlo allí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, secándome rápidamente las lágrimas.

—Si te hubiera pedido venir contigo, no me habrías dejado —responde con ese tono indiferente que siempre utiliza.

Antes de que pueda decir algo, un hombre detrás de mí nos interrumpe:

—Segundo piso, señor. Apartamento 203.

Higor me lanza una mirada satisfecha.

—Este lugar le pega perfectamente, el agujero del que nunca debería haber salido.

—¿Qué quieres, Higor? —insisto, intentando detenerlo.

—Ajustar cuentas con ese hijo de puta —dice sin rodeos, apartándose de la pared—. ¿O crees que vine a hacer turismo a Niagara Falls?

—Vámonos —le pido, desesperada, intentando impedir que suba.

—¿Irnos? —Se ríe, pero el sonido es frío, sin humor.

Pasa junto a mí, ignorando mis súplicas.

—Voy a destrozarle la cara a ese desgraciado huérfano por todo lo que te hizo.

Frunzo el ceño.

¿Qué sabe exactamente?

Mi corazón casi se detiene cuando veo a Miguel bajando las escaleras y ambos se encuentran en el vestíbulo.

—¿Todavía por aquí? —pregunta Miguel con tono tranquilo, aunque sus ojos revelan un poco de tristeza.

Higor sonríe con desprecio, con esa sonrisa sarcástica que solo él sabe poner y, antes de que pueda reaccionar, su puño vuela directamente hacia el rostro de Miguel.

—¡Higor, no! —grito, pero ya es demasiado tarde.

Miguel tambalea hacia atrás, pero se recupera rápidamente. Responde con un puñetazo certero que derriba a Higor al suelo. El sonido del impacto se mezcla con mis gritos desesperados.

—¡Paren! —Corro hacia ellos, intentando separarlos, pero es como si yo no existiera.

Higor se levanta con dificultad, limpiándose la sangre que le corre por la comisura de la boca y riéndose como si el dolor solo alimentara todavía más su furia.

—¡Esto es por todo lo que le hiciste a mi hermana, desgraciado! —gruñe Higor, lanzándose otra vez contra Miguel.

Miguel, con los ojos entrecerrados, no retrocede. Higor responde lanzando otro puñetazo, pero esta vez Miguel lo esquiva.

—¡Paren con esto! —suplico, colocándome entre los dos.

Mi cuerpo tiembla de miedo.

—¡No tienen que hacer esto!

Miguel me mira y, por primera vez, sus ojos no están cargados de rabia. Solo de agotamiento. Higor, en cambio, todavía jadeante, vacila, pero no parece dispuesto a detenerse.

—Se acabó, Higor —digo, con la voz temblorosa—. Vámonos.

—Suéltame, Ana, ¿quién se cree que es para dejar embarazada a mi hermana? —grita Higor, y yo me quedo paralizada.

—No puedo creer que Hiago te lo haya contado.

—Ese hijo no es mío —dice Miguel, y me giro hacia él llena de rabia.

—Hijo de puta. —Higor vuelve a lanzarse contra Miguel.

Todo ocurre en cuestión de segundos, demasiado rápido para que pueda reaccionar. Cuando intento interponerme entre Higor y Miguel, el caos empeora. Veo a Higor avanzar una vez más, con el puño dirigido hacia él, pero, en el último segundo, Miguel esquiva el golpe para evitar que me alcance.

El movimiento hace que pierda el equilibrio, tropiece hacia atrás y el sonido de su cabeza golpeando contra el borde de la escalera resuena por todo el vestíbulo.

Mi corazón se detiene durante un instante.

—¡Miguel! —grito, con la voz quebrada por el llanto que amenaza con salir.

Cae al suelo, casi inconsciente, con sangre corriéndole por un lado de la cabeza. Pero antes de que pueda correr hacia él, Higor, todavía dominado por la rabia, se lanza sobre Miguel y empieza a golpearlo incluso mientras está indefenso.

—¡Higor, basta! —suplico, intentando tirar de él con las manos, pero está cegado por el odio—. ¡Que alguien me ayude! —grito.

Cada golpe hace que mi corazón lata más rápido hasta que, de repente, un fuerte grito corta el aire:

—¡Suéltalo ahora mismo! —Ryan, amigo de Miguel, aparece de la nada y corre para separarlos.

Agarra a Higor por los hombros, lo aparta con fuerza y lo lanza contra la pared.

Suspiro aliviada al verlo.

Gracias a Dios que apareció.

—¿Qué mierda estás haciendo, amigo? ¡Está herido! —gruñe Ryan, colocándose entre Miguel y Higor mientras mi hermano todavía intenta liberarse.

Higor respira pesadamente, con los ojos dilatados por la furia, pero las palabras de Ryan finalmente parecen alcanzarlo. Da un paso hacia atrás, con las manos todavía inquietas, y mira a Miguel en el suelo, inconsciente y con sangre corriéndole por la frente.

—Yo... yo... —tartamudea Higor, con la furia transformándose en pánico.

Pero ahora mismo no puedo preocuparme por él. Me arrodillo junto a Miguel, con las manos temblando mientras le toco el rostro, intentando despertarlo.

—Miguel, por favor, despierta —murmuro, con la voz rota por el llanto atrapado en mi garganta.

Ryan ya está al teléfono, llamando a una ambulancia mientras me lanza una mirada preocupada.

—¿Qué mierda vinieron a hacer aquí? —pregunta a gritos.

Higor, todavía aturdido por lo que ocurrió, mira a Miguel y después a mí, sin saber qué hacer.

—Yo solo quería... solo quería protegerla... —murmura, pero su voz queda ahogada por el sonido lejano de las sirenas de la ambulancia que se aproxima.

Cuando llegan los paramédicos, todo ocurre muy rápido. Colocan a Miguel en una camilla y lo llevan hasta la ambulancia mientras yo lucho por mantener la calma.

—Voy con él —digo con voz firme, a pesar de las lágrimas en mis ojos.

—¿Qué es usted de él? —pregunta el médico.

—Hermana —respondo sin dudar.

Subo, la puerta de la ambulancia se cierra y el vehículo acelera rumbo al hospital.

41

Ana Clara Milani

Estoy sentada en la sala de espera del hospital y no dejo de mirar hacia el pasillo, esperando que el médico venga a decirme algo sobre Miguel. Higor está a mi lado, pero no consigo mirarlo. Me tiemblan las manos y estoy agotada, tanto física como emocionalmente. Con cada segundo que pasa, siento que la desesperación crece dentro de mí. No consigo borrar de mi mente la imagen de Miguel en el suelo, con la sangre corriéndole por la frente. Cierro los ojos, intentando apartar la escena, pero es inútil.

Higor, sentado a mi lado, se mueve incómodo en la silla. Baja la cabeza, rompiendo finalmente el silencio.

—Nuestro padre ya lo sabe —dice en voz baja.

—Solo haces mierda, chico —respondo, todavía sin conseguir mirarlo.

Suspira, moviéndose inquieto en la silla.

—Estaba defendiendo tu honor —murmura, como si eso justificara todo.

Me da vueltas la cabeza. ¿Defendiendo mi honor? Lo único que consiguió fue empeorar la situación. Respiro profundamente varias veces, intentando tranquilizarme.

—¿Mi honor? —Finalmente lo miro—. ¿Crees que me estás defendiendo al destrozarle la cara a alguien que ya estaba herido?

Higor no responde. Se limita a bajar la cabeza, evitando mi mirada. Veo el arrepentimiento en sus ojos, pero eso no borra lo que hizo.

—Estaba muy enfadado y sabes cómo me pongo cuando estoy enfadado.

—Eso no soluciona nada, Higor. —Mi voz sale más suave ahora—. Lo único que hiciste fue convertir el caos en algo todavía peor.

—No me siento culpable por él, sino por ti. Él no me importa, Ana. Es un hijo de puta que te utilizó. Solo estaba protegiéndote —dice, esta vez con voz indiferente.

—¿Y qué conseguiste con eso? —murmuro, frotándome el rostro con las manos—. No necesito que me protejas así, Higor. No de esta manera. Eres un idiota, un mimado. Estoy enfadada, Higor, muy enfadada contigo.

Lo único que puedo hacer ahora es esperar. Esperar que Miguel esté bien. Me levanto y voy hasta Ryan, que está de pie en el pasillo.

—Va a estar bien, ¿verdad? —pregunto al acercarme.

—Ana, me estoy conteniendo para no partirle la cara a tu hermano, así que mantente lejos. Ni siquiera puedo pagar un abogado por agresión.

—Menos mal que lo sabes —dice Higor al escucharnos.

—Chico de mierda, cierra esa puta boca o me lo pienso mejor y te rompo esa nariz levantada. ¡Joder! ¿Dónde está el médico? ¡Qué mierda!

—¿Por qué pareces más preocupado de lo normal? Miguel es fuerte, pronto volverá a estar de pie —digo, queriendo creer mis propias palabras.

—Tu hermano casi le abre la cabeza a mi amigo de tantos golpes, ¿crees que no debería estarlo?

Apenas consigo asimilar las palabras de Ryan cuando el médico se acerca, sujetando una carpeta y con una expresión serena.

—Miguel está estable —empieza el médico con voz tranquila —. Sufrió una lesión en la cabeza, pero no hubo hemorragia interna ni signos de fractura. Tuvimos que hacer algunos exámenes adicionales por precaución, debido a sus antecedentes.

—¿Puedo verlo? —mi voz sale en un susurro, casi suplicante.

—Sí, está consciente, pero bastante cansado. Intenten no sobrecargarlo.

—¿Puedo entrar también? —pregunta Ryan.

—Sí, pueden entrar.

—¡Gracias! —dice, dirigiéndose rápidamente hacia allí.

Entro en la habitación justo después. Miguel está casi sentado en la camilla, con un discreto vendaje en la frente, pero su expresión es dura. Tiene la mirada fija en la pared de enfrente, evitando cualquier contacto visual, lo que me hace tragar saliva.

—Miguel... —mi voz sale baja.

No responde de inmediato. Sus ojos se desvían lentamente hacia mí, con la misma expresión distante de antes.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Ryan.

—Estoy bien —responde con tono frío—. ¿Todavía sigues aquí? —pregunta con tono ácido, mirándome.

—Estaba preocupada. No podía irme sin saber cómo estabas.

—Estoy bien, salvo por el estado de mi cara, pero creo que Higor tampoco está precisamente en perfectas condiciones, así que ve y quédate con tu hermano.

—No quiero irme.

—Creo que ya lo entendiste —dice Ryan con un suspiro—. No deberías haber venido, Ana. Miguel quiere distancia de todos ustedes.

Siento que las lágrimas caen por mi rostro sin permiso y me las seco rápidamente.

—Déjanos solos, Ryan —pide Miguel.

—Está bien, iré a tomar un café —dice Ryan, saliendo de la habitación a regañadientes.

—Solo déjame en paz, Ana, en serio.

—Sé que estás enfadado conmigo, que fui injusta, que no confié en ti... —mi voz falla, pero continúo—. Pero te amo, Miguel. Te amo de verdad.

Su respiración se acelera al escuchar mis palabras y aparta la mirada.

—Lo siento —murmura, con la voz más fría que nunca—. Ya no se puede, Ana.

—Miguel, es tu hijo el que está aquí —mi voz sale baja, casi como un susurro—. Estoy embarazada, Miguel —repito, esta vez con más firmeza, aunque siento que el corazón se me oprime en el pecho—. Nuestro hijo...

Deja de respirar durante un segundo, con los ojos entrecerrados y fijos en el suelo.

—Después de todo, ¿crees que voy a creer que ese hijo es mío? —Levanta lentamente la cabeza.

No consigo contener las lágrimas que corren libremente por mi rostro, pero intento recomponerme cuando entra el médico.

—Bueno, parece que todo está bien contigo, Miguel. Solo algunos cuidados con el vendaje y podrás recibir el alta mañana —dice con voz tranquila.

—Gracias, doctor —responde Miguel con un asentimiento, sin mirarme.

—Voy a ver a los demás pacientes ahora —dice el médico antes de retirarse.

Miguel empieza a levantarse y camino deprisa hacia él.

—¿Adónde vas? —pregunto preocupada.

—Al baño, señorita Milani.

—¿Necesitas ayuda?

—No, Ana, vete a casa —dice, pasando junto a mí.

Voy hasta el expediente que el médico dejó en el soporte de la camilla y una de las frases llama mi atención.

«Paciente con leucemia»

Mi corazón se detiene durante un instante y el mundo a mi alrededor parece derrumbarse. Leo y releo aquellas palabras, esperando que de alguna manera cambien o desaparezcan, pero no, eso no sucede.

—¿Fue por eso? —Agito el papel en el aire, con la voz temblando de dolor y confusión.

—¿Por eso qué? —Miguel sale del baño, todavía secándose el rostro con una toalla, con la mirada confundida al verme allí, derrumbándome.

—¿Es por eso que no quieres a nuestro hijo? —mi voz se quiebra, las lágrimas cayendo sin control mientras aprieto el papel entre mis manos.

Miguel se queda inmóvil durante un instante, con la toalla colgando de sus manos. Cierra los ojos y, cuando vuelve a abrirlos, la tristeza que hay en el fondo de ellos me golpea como un puñetazo.

—Ana, nuestro hijo merece tener un padre —murmura, con la voz quebrándose.

—¡Te tiene a ti! —mi respuesta sale casi como un grito, sollozando como una niña que acaba de rasparse la rodilla por primera vez, desesperada, perdida.

—No sé cuánto tiempo voy a seguir aquí. —Miguel aparta la mirada, deslizando una mano por la pared mientras se deja caer hasta el suelo, con el dolor reflejado en cada movimiento.

—No hagas esto... —susurro, acercándome a él—. Vas a estar aquí, vas a luchar por nosotros. Sé que lo harás.

Niega con la cabeza, con los ojos cerrados, como si mis palabras lo torturaran todavía más.

—No puedo prometerte eso, Ana.

Me arrodillo frente a él, intentando tomar sus manos, que mantiene entrelazadas sobre el regazo, pero se aparta.

—No entiendes... —susurra, con los ojos clavados en el suelo —. No sé cuánto tiempo me queda y no puedo arrastrarte a este infierno, ni a ti ni a nuestro hijo.

42

Ana Clara Milani

Mi padre llegó muy temprano por la mañana, cuando el sol apenas había salido aquí en Canadá. Higor está sentado, con el rostro lastimado por la pelea con Miguel, y mi padre lo mira con irritación.

—¿Para esto viniste? —pregunta mi padre, con la voz baja y controlada, pero puedo sentir su rabia desde varios metros de distancia—. ¿A pelear, como siempre? ¿A buscar problemas, Higor?

Higor suelta una risa amarga y se apoya contra la pared, con el labio hinchado y el corte en el rostro dejando en evidencia la pelea reciente.

—Es para lo único que sirvo, papá. —Yo también siento el resentimiento de mi hermano. Siempre creyó que debía recibir más amor y atención de nuestro padre—. Para darte problemas y recordarte que existo.

—No digas tonterías, Higor —replica mi padre, suspirando con impaciencia.

—En cuanto supiste que tu hijo favorito estaba herido, viniste corriendo, lo dejaste todo. Apuesto a que abandonaste una sala llena de empresarios importantes solo para ver cómo estaba, ¿verdad? —continúa Higor con sarcasmo.

—Tú también eres importante —responde mi padre, pareciendo cansado de tener que reafirmar siempre lo mismo.

—No como él —replica Higor—. ¿Vas a regañarlo por haberme golpeado? No, ¿verdad? Al fin y al cabo, siempre soy yo quien busca provocar a la gente.

—Higor, ahora mismo no tengo paciencia para tus celos —dice mi padre, impaciente, pasándose una mano por el rostro.

Higor se endereza y cruza los brazos.

—Estoy preparando mis cosas, hoy vuelvo a Brasil —dice, con una rabia que apenas consigue contener.

Pero, antes de entrar en la habitación, se gira hacia mí.

—Cuéntaselo, Ana. Cuéntale por qué golpeé a ese desgraciado. Cuéntale lo que te hizo.

Mi corazón se acelera y se me forma un nudo en la garganta. No quiero hablar de eso, no aquí, no ahora.

—No hizo nada, Higor —murmuro, evitando su mirada.

—¿Cómo que no? —Higor explota—. Pasaste días arrastrándote, sin comer bien, triste... ¿Papá se dio cuenta? No. Pero bastó con que ese bastardo dejara de ir a la empresa para que quisiera abandonarlo todo y venir a Canadá.

—Te doy todo, Higor. Tal vez ese haya sido mi error. Siempre crees que no es suficiente, que siempre te doy menos de lo que mereces.

—¡Ana está embarazada y él la trató como basura!

Mi padre me mira con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—¿Embarazada? —La palabra sale de su boca en un susurro, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

Intento controlar la respiración. Sabía que este momento llegaría, pero no debía ser así.

—¡Así es! —continúa Higor, riéndose con amargura—. Tu hijo favorito dejó embarazada a tu hija. Ahora ve, sigue mimando al consentido de papá.

Entra en la habitación y cierra la puerta de golpe. Yo permanezco inmóvil, sin saber qué decir, mientras mi padre procesa la avalancha de información que acaba de recibir.

—Ana... —empieza, pero parece incapaz de procesar todo lo que siente.

—Sí, estoy embarazada, papá, y Miguel tiene leucemia, y ahora tengo miedo —repito, con la voz temblorosa.

—¡Mierda! —La palabra sale de su boca como si escupiera veneno.

Se pasa una mano por el cabello, con el rostro duro, intentando claramente contener la rabia.

—¿Miguel... tiene leucemia? ¿Otra vez? —En ese momento su voz se llena de tristeza. No tiene idea de qué sentir.

Su mandíbula se tensa y empieza a caminar de un lado a otro.

—Necesito que Samanta esté aquí —dice, aflojándose la corbata—. La necesito para que me ayude.

—Lo siento, papá.

—¿Cómo pudiste no decírmelo? ¿Cómo pudiste dejar que todo llegara a este punto? Embarazada, lidiando con Miguel y ahora con esta maldita leucemia... —Hace una pausa, respirando profundamente, luchando claramente por tranquilizarse—. ¿Te das cuenta de lo que está pasando aquí? ¿Te das cuenta de cuánto se está derrumbando todo?

—No sabía cómo decírtelo —respondo en voz baja, intentando contener el llanto que amenaza con estallar—. Tenía miedo, papá. Pensé que podría resolverlo sola, pero ahora no sé qué hacer. Tengo miedo, miedo de perderlo.

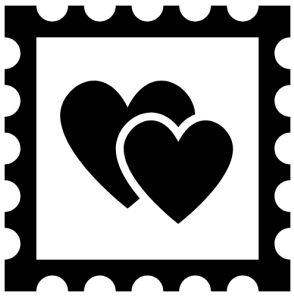
Mi padre niega con la cabeza y se pasa una mano por el rostro, como si estuviera agotado.

—¿Resolverlo sola? —prácticamente gruñe—. Ana, estás embarazada y el padre de tu hijo tiene una enfermedad que puede matarlo. ¿Y pensaste que podías resolver todo eso sola? ¡Mierda! ¡Mierda! Necesito ver a Miguel.

—Papá, solo me enteré de la leucemia aquí, ayer en el hospital. Tengo miedo, no quiero perderlo. Papá, dime que hay algo que se pueda hacer.

Se acerca a mí y me atrae hacia él, abrazándome con fuerza. Puedo escuchar los latidos acelerados de su corazón.

—Todo va a estar bien, cariño.



Miguel Milani

Me siento aliviado al salir del hospital. Odio este ambiente, tal vez porque pasé demasiados años en lugares como este, primero cuando era niño y después cuidando de mi padre biológico.

Todavía estoy en los pasillos cuando veo a Leonardo, visiblemente abatido. Ana debe de haberle contado lo de la leucemia, y sé que este momento era inevitable. No hay forma de ocultarle algo así a Leonardo.

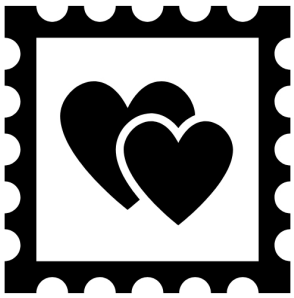
—Papá... —empiezo, pero no me deja terminar.

Se acerca rápidamente y me abraza con fuerza, esa clase de abrazo que ni siquiera sabía que necesitaba hasta sentir sus brazos alrededor de mí. Hay urgencia en su gesto, un miedo escondido en sus acciones. Cuando finalmente me suelta, mantiene las manos sobre mis hombros, como si no quisiera dejarme ir otra vez.

—Todo va a estar bien, papá —digo, intentando sonar tranquilo, pero la preocupación en su mirada me dice que mis palabras no son suficientes.

—Claro que sí, Miguel —responde, con la voz firme de siempre, aunque ahora hay un matiz de emoción que rara vez deja escapar—. Hoy mismo vamos a buscar a los mejores médicos. Vamos a vencer esta enfermedad una vez más.

Asiento. Está a mi lado, y eso me da una fuerza que ni siquiera sabía que tenía.



Cuando llegamos a mi apartamento, se detiene en la entrada y mira alrededor con una ligera sorpresa al ver lo sencillo que es el lugar. Es muy diferente de las casas enormes y lujosas a las que está acostumbrado y del estilo de vida que quiere para mí.

—La casa era demasiado grande —explico, algo avergonzado, pero también orgulloso de la elección que hice.

—Aquí parece estar bien, acogedor —responde con una ligera sonrisa, tocándome el rostro lastimado por la pelea con Higor, con el pulgar rozando suavemente la piel herida.

—Prepara tus cosas —dice con un suspiro—. Voy a llevarte a la clínica donde te trataste la primera vez.

Lo miro, sabiendo que esa decisión llevaba mucho tiempo tomada en su cabeza. No importa cuántos años hayan pasado, para él siempre seré el niño de cinco años al que cuidó durante mi primera batalla contra la leucemia.

—Ya sabes que no puedes ser mi donante —digo, con la voz baja, pero firme.

Hace una pausa y nuestros ojos se encuentran. Después de un segundo que parece una eternidad, sonríe.

—No te preocupes, Miguel. Vamos a resolverlo, de una manera u otra. Siempre encontramos una solución. —Hace una pausa—. Necesitas vivir muchos años para cuidar de tu hijo, ¿o esperas que Ana críe al niño sola?

Mi corazón se acelera y siento que me falta el aire.

—Lo siento mucho por eso, yo...

—Vas a tener mucho tiempo para explicármelo —dice, levantándose—. Prepara todo, nos vamos.

Me levanto sin cuestionarlo, pero no puedo evitar preguntarme cómo habría reaccionado si yo no estuviera enfermo.

43

Miguel Milani

Estamos a bordo del jet privado de los Milani y, como siempre, el lujo salta a la vista. Ryan, a mi lado, está completamente deslumbrado. Sí, esta vez va conmigo a Brasil. No deja de mirar alrededor, maravillado con cada detalle, desde los impecables asientos de cuero hasta el bar abastecido con las mejores bebidas. Leonardo está sentado más adelante, con esa sonrisa discreta, casi imperceptible, divirtiéndose con la reacción de mi amigo. Es el tipo de sonrisa que solo quienes lo conocen bien consiguen notar.

—Amigo, relájate —digo en voz baja, dándole un pequeño codazo a Ryan—. Contrólate un poco, ¿sí?

Sonríe ampliamente y se levanta de repente, caminando hasta el bar con un entusiasmo imposible de disimular.

—¡Voy a buscar champán! ¡Qué vida, eh! —dice divertido, abriendo una botella con un chasquido.

Le lanzo una mirada a Leonardo, que se limita a negar ligeramente con la cabeza, mientras Ryan continúa disfrutando del lujo del jet como si fuera la primera vez, lo que, de hecho, es cierto. Respiro profundamente y, antes de dejarme llevar por su comportamiento exagerado, me levanto y voy hasta Ana, que está sentada más adelante, un poco apartada. Tiene la mirada fija en la ventana, observando las nubes del exterior.

Me siento a su lado y, durante un momento, no decimos nada. Solo nos miramos. Hay algo suave y sereno en la forma en que me observa, como si, en este instante, todo estuviera en el lugar correcto.

—Tengo tantas ganas de besarte —susurra, como si fuera un secreto.

Sonrío, sintiendo que mi corazón se acelera un poco. Me inclino ligeramente hacia ella, sin apartar los ojos de los suyos.

—Quiero más que eso —respondo, y ella sonríe.

Se muerde ligeramente el labio, ese gesto que siempre me desarma. Nos miramos durante unos segundos más. La deseo tanto, la extrañé tanto. Ya no quiero recordar por qué estuvimos separados durante tanto tiempo.

—No quiero irme —digo, con la voz quebrada.

Extiende la mano y la coloca sobre la mía, entrelazando nuestros dedos.

—Y no vas a hacerlo —dice suavemente, con una certeza que calma todo el caos que llevo dentro.

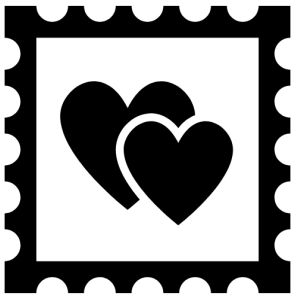
Acerco su mano y beso sus dedos con delicadeza.

—Estamos juntos en esto, Miguel —susurra.

—Voy a arrodillarme a los pies de tu padre para que me acepte como yerno.

Se ríe un poco más alto.

—Yo me arrodillo a tu lado.



Cuando el auto finalmente se detiene frente a la imponente mansión Milani, Higor baja con el rostro tenso, como de costumbre. Siempre parece preparado para pelearse con el mundo, y hoy no es diferente.

—Bueno, menos mal que llegamos, así que terminemos con esto de una vez —refunfuña, estirando los hombros.

No es ninguna novedad. Higor nunca se ha molestado en ocultar el desagrado que le provoca mi presencia.

Ryan, por otro lado, está en el extremo opuesto. Baja del auto con una amplia sonrisa en el rostro, mirando la mansión como si estuviera contemplando el paraíso.

—¡Amigo, podría acostumbrarme a esto! —dice, soltando una ligera carcajada—. Si fuera tú, Miguel, jamás me habría ido de aquí. ¡Esto es un palacio!

Suelto una risa contenida, pero la verdad es que ni todo el lujo del mundo consigue librarme de esa sensación de incomodidad. No cuando cada rincón de esta mansión guarda tantos recuerdos.

—Contrólate, Ryan —digo en tono medio bromista.

—¡No puedo, amigo! ¡Es demasiado lujo para una sola persona! —Ryan pasa los dedos por la barandilla dorada de la entrada, como si estuviera tocando una reliquia.

Entramos en la mansión y, en cuanto pongo un pie en el vestíbulo, me recibe el delicioso aroma de comida casera. Samanta no pierde el tiempo. Siempre supo cómo hacernos sentir en casa, sin importar la situación. Aparece sonriente, con los ojos brillando como si el simple hecho de que estemos todos juntos fuera motivo suficiente para celebrar. Seguramente sabe el motivo de mi regreso, pero ella siempre atraviesa las dificultades con una sonrisa.

—¡Bienvenidos de vuelta! —exclama Samanta, abriendo los brazos como si quisiera envolvernos a todos en un abrazo—. Preparé un almuerzo especial para ustedes. Miguel, sé que

necesitas comer comida de verdad, ya basta de *fast food* canadiense.

Siempre ha sido una madre para mí, y ver ese brillo en sus ojos me hace recordar todo lo que había perdido.

—Y tú, a ver, voy a tener que encargarme de esto. Esa carita bonita no puede quedar llena de marcas —dice, sujetando a Higor por el rostro.

—Para, mamá.

—No, voy a revisarte. Ya dije que tienes una carita preciosa. Y también revisaré la tuya, Miguel. Vaya destrozo que se hicieron el uno al otro.

—Está bien —respondo con una sonrisa.

—Ahora vamos, lávense las manos y comamos. Tu amigo parece hambriento, Miguel.

—No come desde hace unos seis meses —bromeo, y todos se ríen.

—¿Llegó mi muñeca? —dice Hiago mientras baja las escaleras y abraza a Ana.

Me mira y hace un ligero gesto con la cabeza. No tenemos la peor relación, pero tampoco es de las mejores.

—¿Y de mí no se ocupa nadie? —dice Leonardo, abrazándola.

Estos son los mejores momentos, los que quiero conservar para siempre. Amo a Ana, está esperando un hijo mío y quiero seguir vivo para verlo crecer.

44

Ana Clara Milani

Estoy acostada en el jardín, cerca de la ventana de mi habitación. Me quedo observando la luna, perdida en mis pensamientos, cuando escucho unos pasos ligeros acercándose. Ni siquiera necesito mirar para saber quién es.

Miguel se acuesta a mi lado sobre el césped, sin decir una palabra, simplemente respirando al mismo ritmo que yo.

—¿Dejaste a tu amigo en el apartamento? —pregunto, rompiendo el silencio.

—Sí —responde con una sonrisa suave—. Creo que se sentirá más cómodo allí. Necesita un poco de tiempo lejos de tanto lujo.

Suelto una risita.

—No sé, parece que le gustó estar aquí.

—Pero pronto iré para allá. Mañana iré al médico con Leonardo para hacerme nuevos exámenes... más exhaustivos, ¿sabes? Él insiste. Dice que tengo un aspecto muy saludable y que solo necesitaba estar aquí con la familia, que estoy bien.

Giro el cuerpo de lado para mirarlo. Nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir su respiración. Mi corazón late más rápido.

—Te amo tanto, Miguel —digo, mirándolo fijamente.

—Yo también te amo, Ana. Te juro que intenté odiarte, te juro que deseé no volver a verte nunca más. Pero quien perdona es más feliz, y no podía seguir siendo egoísta conmigo mismo. Quería todo esto... a ti, la luna... y tu boca.

Se inclina hacia mí y ya no consigo resistirme. Nuestros labios se encuentran, despacio al principio, pero enseguida la intensidad aumenta. Todo mi cuerpo reacciona a su contacto, como si cada célula de mí supiera exactamente dónde debería estar él: conmigo. Su mano se desliza por mi cintura y siento el calor invadir mi cuerpo, volviendo el momento más urgente, más profundo.

Mis manos exploran su pecho, sintiendo cómo los músculos se contraen bajo mis dedos. Las ganas de estar más cerca, de no dejar ningún espacio entre nosotros, son irresistibles.

—Deberíamos subir a mi habitación —murmuro contra sus labios, entre un beso y otro.

Miguel se ríe en voz baja, con una mano todavía en mi cintura y la otra acariciándome la nuca.

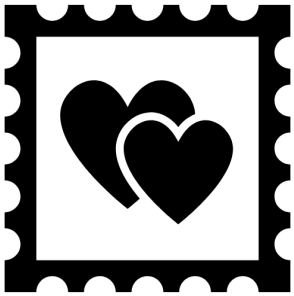
—Tu padre todavía no nos ha dado su aprobación.

—Estoy embarazada. ¿Quiere que sea madre soltera? —Me echo a reír.

Se detiene durante un segundo, como si buscara la respuesta.

—Entonces casémonos, ¿qué te parece? —pregunta, serio, pero con una sonrisa ladeada, como si estuviera proponiendo la cosa más natural del mundo.

Mi corazón da un salto en el pecho, y el beso que viene después es la respuesta que necesitaba. No necesitamos más palabras; solo nosotros, la luna y este amor imposible de ignorar.



Miguel Milani

Terminaré la noche en su cama, no tenía ninguna duda al respecto, y aquí estoy, sentado sobre ella mientras Ana se quita la ropa como si intentara hacer un baile sensual.

—Cuánto te extrañaba —digo con una sonrisa maliciosa mientras beso sus labios.

Mi boca se desliza por su cuerpo y mi lengua explora sus pechos, mordiendo y chupando. Ella gime y me vuelve loco. Bajo con los besos, trazando un camino húmedo por su cuerpo, me arrodillo y paso la lengua por su coño húmedo y delicioso. Chupo sin prisa, saboreando ese gusto que tanto había extrañado. Ella gime fuerte, tirándome del cabello.

—Ana, gime bajito —le pido, poniéndome de pie para besarla.

—Tú no me ayudas —responde jadeante—. Fóllame fuerte.

—Eres una descarada —digo, viéndola caminar hasta la cama y acostarse con las piernas abiertas.

La visión es magnífica y mi polla salta, desesperada por estar dentro de ella.

Me quito el resto de la ropa, me coloco entre sus piernas y entro lentamente.

—Eres deliciosa, mi amor. ¿Te gusta cuando entro con fuerza?

Se muerde el labio y arquea la espalda.

Mueve las caderas mientras embisto con fuerza. Chupo sus pechos uno por uno y ella gime de placer junto a mi oído.

—Eso, córrete rico en mi polla, así, preciosa.

Pone los ojos en blanco, gimiendo de placer.

—Me vuelves loco.

Le giro el cuerpo, dejando su trasero bien levantado.

—Qué culo tan rico.

Entro con más fuerza y siento que mi cuerpo tiembla mientras ella mueve las caderas y gime, sintiendo cómo derramo todo mi semen dentro de ella.

Nos acostamos uno al lado del otro, sudados y jadeantes. Apoya la cabeza sobre mi pecho y yo acaricio su cabello.

—Si muero, quiero irme sabiendo que te hice mi esposa.

—No digas tonterías. Envejeceremos juntos.

45

Miguel Milani

La clínica donde me trataron cuando era niño parece más pequeña de lo que recordaba, pero el ambiente es el mismo: pesado, cargado de recuerdos. Leonardo camina a mi lado, en silencio. Sé que está preocupado, pero lo disimula bien. El hombre que construyó un imperio se encuentra ahora, una vez más, a merced de algo que no puede controlar.

—Miguel, todo va a estar bien —dice.

Ojalá pudiera creerlo con tanta facilidad como él.

—Espero que sí. No esperaba volver a este lugar.

Entramos en el consultorio y el médico que me acompañó durante mi primera batalla contra la leucemia está allí, esperándonos. Nos saluda y estrecha la mano de Leonardo con respeto.

—Miguel, señor Milani. —La voz del médico es tranquila, pero sus ojos son analíticos. Observa cada detalle, desde la forma en que me siento hasta la ligera tensión en mi rostro.

—¿Cómo te has estado sintiendo, Miguel? —pregunta mientras empieza a revisar los exámenes que me hice en Canadá.

—Bien, considerando las circunstancias —respondo, manteniendo el tono lo más neutro posible.

Pero sé que la ansiedad debe de estar reflejada en mi rostro.

El médico levanta la vista de los papeles y se inclina ligeramente hacia delante.

—Recibí los resultados de los exámenes que te hiciste en Canadá. —Hace una pausa, eligiendo cuidadosamente las palabras —. Pero, para ser sincero, no coinciden por completo con lo que estoy viendo aquí.

—¿Cómo que no? —pregunto, intentando entender adónde quiere llegar.

—Los exámenes indican que la leucemia ha regresado. Sin embargo, no aparentas estar en el estado en el que normalmente veríamos a alguien con esa condición. Tu salud general, tus signos vitales... todo me indica que debemos investigar más a fondo antes de sacar cualquier conclusión.

—¡Lo sabía! —dice Leonardo, orgulloso—. Mi hijo no tiene nada, solo estaba triste.

—Entonces... ¿podría haber sido un error? —pregunto, sin querer aferrarme demasiado a la esperanza que empieza a brotar dentro de mí, y mucho menos a la certeza que Leonardo parece tener.

—No quiero afirmar nada todavía —dice el médico con cautela—. Lo que estoy diciendo es que necesito hacer más exámenes, estudios más exhaustivos, antes de dar un diagnóstico definitivo. Si hay algo mal, lo descubriremos. Pero, por tu apariencia y tu estado físico, confieso que estoy intrigado.

Leonardo se inclina hacia delante.

—¿Y cuánto tiempo tardará todo esto, doctor? —pregunta ansioso.

Él es impaciente. Si pudiera cambiar parte de los miles que tiene por mi salud, ya lo habría hecho solo para poder dormir tranquilo, pero no todo se resuelve con dinero.

—Podemos hacer los exámenes mañana por la mañana y tendremos los resultados en unos días. No quiero que se preocupen

antes de tener toda la información. Miguel está bien, y eso es una excelente señal.

—La idea de que pueda haber habido algún error me hace sentir mucho mejor —digo con una sonrisa.

—Puedes estar feliz y sentirte bien, pero esperemos los resultados. Sin embargo, independientemente de lo que muestren, si es necesario, volveremos a vencer esta enfermedad, Miguel.

—Gracias, doctor —digo mientras me entrega los documentos para los nuevos exámenes.

Leonardo y yo salimos del consultorio. Me da varias palmadas en el hombro, como si me estuviera diciendo: *«Te dije que todo estaría bien»*.

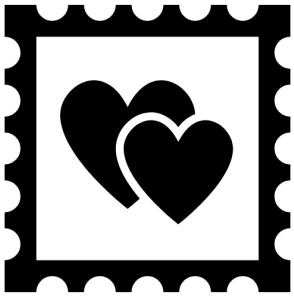
En el pasillo veo a Ana, esperando ansiosamente. Levanta la mirada y, al ver mi rostro, deja escapar un suspiro de alivio antes de que yo diga una sola palabra.

—¿Y entonces? —pregunta, tomando mi mano.

—El médico cree que pudo haber sido un error —digo, mientras una pequeña sonrisa se forma en mis labios—. Mañana me harán más exámenes, pero está optimista.

Ana sonríe y aprieta mis manos entre las suyas. Durante un instante, todo parece más ligero.

—Vamos a descubrir la verdad juntos —dice finalmente Leonardo, colocando una mano sobre mi hombro una vez más—. Y no importa lo que venga, estamos preparados para enfrentarlo. Pero, por lo que veo, mi chico está fuerte. Todo va a salir bien.



Ana Clara Milani

Estoy terminando de arreglarme frente al espejo cuando mi madre entra en la habitación sin llamar.

—Estás preciosa —dice con una sonrisa suave.

—Gracias —respondo, también con una sonrisa.

Me observa a través del reflejo del espejo. Sé que no tardará mucho en sacar el tema. Y no tarda.

—No pasará mucho tiempo antes de que empiece a crecerte la barriga. Voy a ser abuela tan pronto. —La voz suave de mi madre interrumpe mis pensamientos mientras se acerca lentamente, con una sonrisa serena en el rostro.

Suspiro y bajo la mirada. Me siento culpable por tantas cosas.

—Sé que tenías muchos sueños para mi vida. Los decepcioné —susurro.

Se sienta a mi lado en la cama y toma mi mano con cariño.

—Yo siempre soñé con ser tu mejor amiga —dice, apretándome suavemente la mano.

Levanto la mirada, sorprendida por su respuesta. Esperaba cualquier cosa menos eso.

—Y lo eres… —admito, con la voz quebrándose—. Pero cuando se trata de Miguel y de mí, me siento culpable.

No hay juicio en sus ojos. Sé lo sabia que es mi madre, lo bien que sabe enfrentarse a cualquier desafío.

—No te sientas culpable, hija mía —dice con esa dulce firmeza que solo las madres saben tener—. Yo nunca vi ningún problema en la relación de ustedes dos. Miguel es un chico maravilloso y ustedes se aman. Eso es lo que importa.

Siento un nudo en la garganta e intento luchar contra las lágrimas que amenazan con escapar.

—A veces siento que todo se está derrumbando, mamá. El embarazo, la enfermedad de Miguel… parece demasiado para poder manejarlo.

Me acaricia el rostro y sonríe con ternura.

—Ana, la vida nunca sigue exactamente el camino que imaginamos. Y está bien. Lo importante es que ustedes están enfrentando todo esto juntos. Tú eres fuerte, y Miguel también.

—¿Y papá?

—Tu padre puede ser terco, pero los ama. Lo va a entender. Puede ser difícil al principio, pero, en el fondo, solo quiere lo mejor para los dos. Y ahora, con un nieto en camino, muchas cosas van a cambiar.

—¿De verdad lo crees? —pregunto, buscando confirmación.

—Estoy segura —responde con convicción, atrayéndome hacia un abrazo reconfortante—. No importa lo que pase, todos estamos aquí para ti y vamos a superar esto juntos.

—Gracias, mamá —susurro, sintiendo que un suave alivio me invade.

—Siempre estaré aquí para ti, Ana.

46

Miguel Milani

Días después...

El auto avanza suavemente por la carretera mientras miro por la ventana, con los árboles convirtiéndose en manchas verdes a nuestro paso. Sostengo entre las manos la carpeta con los resultados de los exámenes, todavía asimilando la noticia que lo cambia todo.

Voy a vivir, voy a vivir...

—Debería demandar a ese hospital —refunfuña Leonardo al volante, todavía indignado—. Fue un error grave, Miguel. Podrías haber iniciado un tratamiento innecesario.

Me giro hacia él con una sonrisa tranquila.

—Estoy bien, papá. Eso es lo que importa —digo, apretando la carpeta contra mi pecho.

Leonardo me lanza una mirada de reojo y, a pesar de la rabia, veo el alivio en sus ojos. Fueron días terribles que quiero olvidar.

—Aun así, fue un error grave —continúa, más tranquilo, pero todavía indignado—. Deberían haber sido más cuidadosos. Una confusión así... No puedo imaginarte pasando de nuevo por todo aquel infierno sin necesidad.

Asiento sin discutir. Tiene razón, pero en este momento lo único que realmente importa es que estoy sano. Cierro la carpeta y la dejo en el asiento de atrás. Estoy aliviado, feliz y lleno de planes.

Cuando Leonardo estaciona el auto en la entrada de la mansión, respiro profundamente antes de hablar.

—Papá, permíteme estar con Ana —mi voz sale más baja de lo que quisiera—. Sé que todos los comentarios malintencionados, todo lo que puedan decir, tú puedes manejarlo.

Leonardo permanece en silencio durante un momento, mirando al frente, con las manos todavía sobre el volante. Respira profundamente y, durante un instante, pienso que va a negarse.

—Creo que ahora ustedes no me dejan muchas opciones — responde finalmente.

Mi corazón se acelera y, antes de que pueda continuar, vuelvo a hablar.

—Amo a Ana, papá —las palabras salen rápidas, como si necesitara decirlas antes de que cambie de opinión.

Leonardo me mira durante un instante.

—Lo sé, Miguel. Sé que la amas —dice con un suspiro, aceptando lo inevitable—. Solo cuídala. Y cuídense los dos.

Asiento, sin palabras. Este es el momento que esperaba. El momento en que finalmente nos da su bendición, aunque sea a regañadientes.

Bajamos juntos del auto y entramos en la mansión. Samanta está en la sala y, cuando nos ve, su rostro se ilumina expectante.

—¿Y entonces? —pregunta, alternando la mirada entre Leonardo y yo.

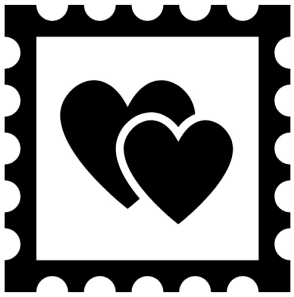
—Solo fue un error —respondo, sonriendo—. Estoy bien.

Los ojos de Samanta se llenan de lágrimas y me atrae hacia un fuerte abrazo.

—¡Gracias a Dios! —susurra, aliviada.

Miro hacia el pasillo, donde Ana baja lentamente las escaleras y sus ojos se encuentran con los míos. Mi corazón se acelera de

felicidad al saber que, después de todo, por fin podemos ser felices juntos.



Ana Clara Milani

Estoy acostada en la camilla, con el gel frío ya extendido sobre mi vientre mientras el médico prepara el ecógrafo. Tengo las manos entrelazadas con las de Miguel, que está sentado a mi lado con los ojos fijos en la pantalla frente a nosotros. Por mucho que intente mantener la calma, mi corazón está desbocado. Es nuestra primera ecografía, la primera vez que vamos a escuchar el corazón de nuestro bebé.

—¿Estás lista? —pregunta el médico, rompiendo el silencio de la sala.

Asiento, pero antes de que pueda responder, Miguel susurra:

—Estamos listos.

La pantalla empieza a mostrar los primeros movimientos, imágenes borrosas que todavía me resulta un poco difícil descifrar.

—¿Qué es eso? —pregunta Miguel, levantándose de un salto de la silla con los ojos muy abiertos.

—¿Ese es su corazón? —pregunto.

—Sí —responde el médico con una sonrisa—. Fuerte y saludable.

El sonido más increíble que he escuchado en mi vida. Fuerte, constante, como una pequeña melodía.

Mi corazón se acelera al mismo ritmo y, cuando miro a Miguel, veo que él también está emocionado.

Miguel aprieta mi mano con más fuerza. Se inclina hacia mí y sus labios rozan mi frente en un beso suave, como si quisiera sellar ese instante en el tiempo.

—Es el sonido de nuestro bebé —susurra en mi oído.

Apenas consigo hablar. Estoy tan abrumada por el momento que me faltan las palabras. Lo único que puedo hacer es asentir, sintiéndome completa de una manera que jamás imaginé posible. Ese sonido, el sonido de nuestro bebé, es lo más precioso que he escuchado en toda mi vida.

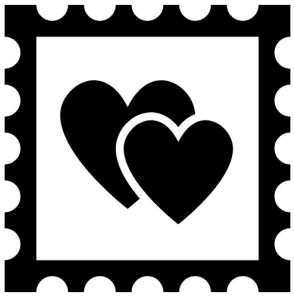
—Te amo tanto, Ana —dice Miguel en voz baja.

Coloca la otra mano sobre mi vientre mientras el sonido de los latidos continúa llenando la sala.

—Yo también te amo, y amo a este bebé. —Mi voz falla, pero él entiende.

—Esto de verdad está sucediendo —dice, más para sí mismo que para mí, sonriendo como si todavía no pudiera creerlo.

Miro la pantalla una vez más y, en ese instante, comprendo que todo lo que hemos pasado hasta llegar aquí valió la pena. Cada lágrima, cada duda, cada miedo.



Miguel Milani

Días después...

—¿Ya eligieron la casa en la que van a vivir? —pregunta Leonardo con naturalidad mientras caminamos por la tienda de artículos para bebés, observando las enormes habitaciones decoradas a la perfección—. Creo que en nuestro barrio todavía hay casas increíbles. Le pedí a un agente inmobiliario que revisara algunas opciones.

—En realidad, estaba pensando en quedarnos un tiempo en el apartamento —respondo.

—Dale el apartamento a tu amigo —sugiere con toda naturalidad—. Creo que se quedará en Brasil durante bastante tiempo.

—Es muy probable —coincido, sonriendo de lado.

—Perfecto, asunto resuelto. Entonces vamos a ver una casa —concluye, como si fuera la decisión más obvia del mundo.

—¡Papá! —exclama Ana, visiblemente frustrada—. Creo que podrías dejarnos elegir dónde vamos a vivir.

—Sí, claro, elijan. Hay un catálogo. Me lo envió el agente inmobiliario. —Saca el celular del bolsillo como si el asunto estuviera zanjado.

—No, papá, hablo en serio —insiste Ana, cruzándose de brazos—. Queremos elegir dónde vamos a vivir, sin interferencias.

Leonardo se detiene durante un segundo y mira a Ana, pero enseguida continúa recorriendo la tienda.

—¿Qué les parece esta habitación? —pregunta, señalando una de las lujosas decoraciones e ignorando por completo las protestas de Ana.

—¡Papá! —repite ella.

—Está bien, está bien, entendí. —Levanta las manos en señal de rendición, aunque una sonrisa juguetona se dibuja en la comisura de sus labios—. Solo no elijan una casa demasiado lejos, ¿eh? Quiero ver a mi nieto muy seguido.

Ana pone los ojos en blanco, pero enseguida sonríe.

Todavía no nos hemos librado de los *paparazzi*. La noticia del embarazo de Ana y de nuestro matrimonio provocó una avalancha de titulares sensacionalistas. Cada día surgen nuevos rumores y especulaciones. Sin embargo, decidimos ignorar la mayoría de esas historias y, poco a poco, parece que el tema va perdiendo interés.

Claro que sufrimos prejuicios y comentarios negativos, pero estamos aprendiendo a lidiar con ello. Forma parte de vivir bajo los reflectores, especialmente para Leonardo, que ya está acostumbrado a la exposición pública. Para nosotros todavía es un aprendizaje. Pero juntos estamos manejando todo esto, y lo que importa es que, con el tiempo, las cosas se están calmando.

—¿Qué les parecen estos juguetes? Son mordedores. Compré varios para ti y tus hermanos.

Miro a Ana y le guiño un ojo. Leonardo está emocionado. Eso es bueno, era todo lo que más queríamos.

—Me parecen perfectos. Compremos también un corralito —respondo, atrayendo a Ana más cerca de mí.

—Todavía tenemos que comprar pañales —dice Leonardo, caminando deprisa hacia la vendedora.

47

Ana Clara Milani

El día de la boda...

Mi barriga ya está bastante redondeada, y me aseguré de elegir un vestido que la resaltara. Mi madre acomoda delicadamente el velo sobre mi cabeza y, enseguida, me da un beso cariñoso.

—Estás preciosa, hija —dice con una sonrisa tonta y los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias, mamá. —Sonrío mientras observo su reflejo en el espejo.

Me mira con tanto orgullo y ternura que casi consigue hacerme llorar, pero me contengo. Aunque la maquilladora haya dicho que el maquillaje es resistente al agua, no quiero arriesgarme.

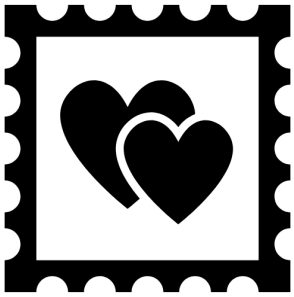
—Estoy segura de que Miguel se va a quedar sin palabras cuando te vea —añade, acomodando el velo una última vez.

Respiro profundamente, intentando contener las lágrimas que amenazan con aparecer. Hoy es el día. El día en que finalmente todo encaja. Todo lo que hemos pasado, todas las dificultades y obstáculos, nos trajeron hasta aquí.

—¿Estás lista? —pregunta mi padre al entrar en la habitación, vestido con un traje impecable y con una sonrisa emocionada en el rostro.

—Más que nunca —respondo, sintiendo que mi corazón late con fuerza—. Muchas gracias, papá, por todo. Por ser el mejor padre del mundo, por protegernos siempre de todo y de todos. Eres y siempre serás mi héroe.

Extiende el brazo hacia mí y yo lo sujeto con firmeza. Caminamos juntos hacia el altar, donde Miguel me espera.



Miguel Milani

Estoy temblando en el altar, sudando tanto que parece que voy a arruinar por completo mi traje. Solo consigo pensar en el momento de decirle «sí» a ella, a la mujer que me hizo comprender que vale la pena vivir la vida intensamente, que me demostró que soy digno de ser feliz.

—Creo que la novia se escapó —susurra Ryan con tono divertido.

—Deberías preocuparte más por la forma en que Bruna te está mirando —respondo, todavía nervioso, aunque con una ligera sonrisa.

—Ana podría haber elegido a otra dama de honor —murmura Ryan, mirando discretamente hacia un lado.

—Creo que vas a tener que enfrentarte a lo que sea que le hayas hecho —respondo, intentando contener la risa.

—Cambiemos de tema. —Se acomoda la corbata y lanza una rápida mirada por encima del hombro en dirección a Bruna.

Unas filas delante de mí veo a Tâmara y Thiago. No imaginaba que realmente vendría, pero su presencia no me molesta. Al final, hoy solo se trata de Ana y de mí, y de nadie más.

Empieza a sonar la marcha nupcial. Enderezo la postura y, cuando nuestras miradas finalmente se encuentran, todo el nerviosismo desaparece. Es como si el mundo se detuviera y solo quedara el amor que siento por ella. Sonríe, con los ojos brillantes, y en ese momento sé, con absoluta certeza, que estamos exactamente donde deberíamos estar.

—Estás preciosa —susurro cuando se acerca, con una sonrisa suave y los ojos clavados en los míos.

—Gracias —responde emocionada.

El velo sobre su cabeza se mueve suavemente con el viento. Nunca he visto a una mujer tan hermosa. El mundo a nuestro alrededor se convierte en el escenario perfecto para nuestro momento. Nuestros dedos se encuentran y, con ese contacto, pienso en cómo llegué hasta aquí, en lo feliz que soy en este lugar.

El celebrante empieza a hablar, pero apenas consigo prestar atención. Lo único que importa es Ana, aquí, ahora, conmigo. Cuando llega el momento de intercambiar los votos, siento que mi cuerpo se calienta. Es extraño decir delante de todos lo que me gustaría susurrarle al oído.

—Prometo, en cuerpo y alma, ser tuyo, Ana. Siempre. Hoy, mañana y por el resto de mi vida. —Las palabras salen más claras de lo que creía posible.

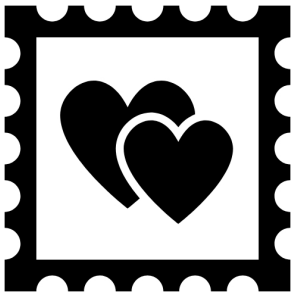
Me mira con lágrimas en los ojos y sé que siente lo mismo.

—Yo también te lo prometo, Miguel. Todo lo que soy, todo lo que puedo llegar a ser. Soy tuya y siempre lo seré. —Su voz se quiebra ligeramente.

Mientras sostengo su mano, comprendo que todo lo que realmente importa está justo delante de mí. Siento el peso de la emoción apoderarse de mí y, antes de poder evitarlo, me arrodillo suavemente frente a ella y beso con cuidado su barriga.

—Ya te amo tanto —susurro, sintiendo que un amor inmenso llena mi corazón—. Y prometo, con todo lo que soy, que seremos felices juntos, tú, yo y nuestro bebé.

Ana acaricia mi cabello y sus ojos brillan con una intensidad que me hace creer que, sin importar lo que el futuro nos depare, estamos preparados para enfrentarlo. Juntos.



—Felicidades, lo conseguiste —la voz de Higor suena detrás de mí, fría y cargada de sarcasmo.

Me giro lentamente para mirarlo. Está, como siempre, aislado en un rincón, con esa expresión de quien se siente superior a todo el mundo y que conozco tan bien.

—Gracias —respondo, sin demasiado entusiasmo, volviendo a darle la espalda e intentando ignorar la provocación.

Hiago está bailando con Ana y veo a Ryan hablando con Bruna, que pone los ojos en blanco con cada palabra que él dice. Leonardo y Samanta también bailan como si fueran recién casados, y esa es mi meta al lado de Ana: tener una vida larga y feliz. Tenemos un gran ejemplo en nuestra propia casa.

Después, todo parece estar bien. Tras el «sí», Thiago se marchó, quedando solo sus padres y su hermana, a quien Higor no deja de contestar mal mientras ella continúa persiguiéndolo.

Miro alrededor del jardín y recuerdo el día en que Samanta me sentó en su regazo y me dijo que mi madre se había convertido

en una estrella; el abrazo reconfortante que Leonardo me dio justo después; lo feliz que fui aquí y cómo rechacé esa felicidad porque no me consideraba digno de ella.

Una vez más, estoy aquí, recibiendo de ellos su bien más preciado. Una vez más, me demuestran cuánto me aman, y yo quiero demostrarles lo agradecido que estoy.

Hoy, mientras respiro este aire, rodeado de quienes realmente importan, lo sé: no necesito huir de lo que siento ni de las personas que siempre estuvieron a mi lado.

—¿Qué haces ahí, mi amor? —pregunta Ana, llenándome de besos.

—Nada, solo estaba contemplando mi felicidad. Tengo tanta suerte de que te hayas tropezado conmigo —digo, llenándola de besos.

Epílogo

Ana Clara Milani

Cuatro años después...

Es Navidad y todos estamos reunidos en casa de mi padre, excepto Higor, que todavía está en Toronto, sin fecha prevista para regresar.

Ian está emocionadísimo abriendo la enorme cantidad de regalos que compró mi padre. Hiago parece un niño a su lado, abriéndolos con el mismo entusiasmo, y después lo ayuda a formar filas de autitos por toda la casa. Y sí, tenemos suficientes para trazar una ruta por toda la casa.

Miguel conversa con mi padre sobre asuntos que casi siempre tienen que ver con negocios. Mi madre regresa de la cocina con algunos aperitivos y se sienta a mi lado.

—Higor podría haberse esforzado por venir —dice con un tono triste.

—Vamos a darle espacio.

—No demasiado. Ya sabes lo que pasó la última vez —su voz sale entrecortada y yo fuerzo una sonrisa.

—Prometió que no volvería a ocurrir.

Suena el timbre y, unos minutos después, aparece una de las empleadas acompañada por dos guardias de seguridad que traen un paquete enorme.

—Es un regalo para Ian —dice la empleada.

—Ah, gracias —respondo, acercándome, pero Ian es más rápido y corre hasta el paquete para romper el envoltorio con

voracidad.

Recojo la tarjeta que cayó al suelo y, antes de abrirla, mi celular vibra. Una enorme sonrisa aparece en mis labios.

—Es Higor —digo, y todos me miran con atención.

—¿Hermano? —digo al verlo al otro lado de la pantalla.

—¿Llegó mi regalo? —pregunta con una sonrisa preciosa, esa sonrisa que amo ver en su rostro, la que reserva para muy pocas personas y que me hace sentir privilegiada por recibirla.

—Sí, acaba de llegar —respondo, girando la cámara hacia Ian.

—Tío —dice él, acercándose a mí.

—¿Te gustó el regalo de tu tío? —pregunta Higor, sentándose en el sofá de su sala.

—Una moto, Higor —digo sin girar la cámara hacia mí, pero lo escucho soltar una carcajada al otro lado.

—Una igual a la del tío. Bueno, un poco más pequeña, pero aun así es igual.

—Gracias, tío —responde Ian, regresando al juguete e intentando descubrir cómo funciona.

Giro la cámara y todos se acercan.

—Feliz Navidad, hijo —dice mi padre, mientras mi madre se limita a asentir con la cabeza, intentando contener las lágrimas de añoranza.

—Gracias, papá. Prometo que la próxima Navidad estaremos juntos, mamá. ¿Y Hiago? —pregunta, y giro la cámara hacia mi hermano, que lo saluda con la mano.

—Un vuelo de Toronto hasta aquí no dura un año, Higor —refunfuña.

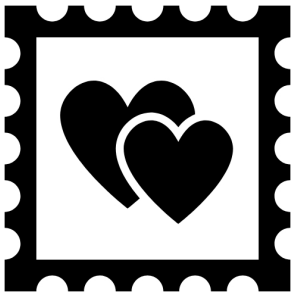
—Lo sé. Estoy bien. Ahora voy a salir con Vinícios, vamos a una fiesta. Los amo —dice antes de terminar la llamada.

No creo que mi hermano realmente vaya a una fiesta, pero quiero creer que estará aquí la próxima Navidad.

Con una sonrisa valiente, guardo el celular.

—Bueno, creo que ya podemos cenar —digo, tomando a Ian en brazos y acercándome a Miguel, que me besa.

La cena transcurrió con tranquilidad, acompañada de muchos recuerdos, muchos de ellos divertidos. Nos reímos, deseando poder vivir muchas Navidades más juntos y que, en las próximas, estemos todos completos.



Miguel Milani

Regresamos a nuestra casa, que queda cerca de la mansión Milani. En el buzón encuentro una tarjeta de Ryan, junto con innumerables mensajes en mi celular. Regresó a Canadá, pero todavía visita Brasil con frecuencia.

Entro en nuestra casa silenciosa, aunque llena de juguetes esparcidos por todos los rincones. Nunca permanecen en su sitio durante demasiado tiempo. Basta con poner a Ian en el suelo y, en pocos minutos, todo se convierte en un verdadero parque de juegos.

Acostamos a Ian. No aguantó más y se quedó dormido durante el camino de regreso.

—Creo que nos faltó el regalo de Navidad para Ian —murmuro, atrayendo a Ana hacia mí mientras dejo un camino de besos por su cuello.

—Mmm... ¿qué clase de regalo estás planeando? —pregunta con malicia.

—Ese que dejamos en el horno y solo entregamos unos meses después —respondo con una sonrisa sugerente.

—¿Podemos fingir solamente que estamos fabricando ese regalo? —Se ríe, girándose ligeramente para mirarme.

—Claro. Podemos fingir todos los días, tanto como quieras —respondo antes de capturar sus labios en un beso.

—Fuiste lo mejor que me pasó, mi amor prohibido e inevitable. Lo haría todo de nuevo.

—Yo también lo haría todo de nuevo —respondo—. No hay nada más precioso que estar aquí contigo y con nuestro hijo. Somos una familia —digo, con una certeza que nunca había sentido con tanta fuerza—. Y ahora, lo único que importa es lo que vamos a construir de aquí en adelante.

Ana apoya la cabeza sobre mi hombro y yo la abrazo con fuerza. Permanecemos así, en silencio, durante un rato. Nunca me canso de agradecer por la vida, por ella, por nosotros. No necesito nada más.

Fin... o no...

Agradecimientos

Me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento a todos los que colaboraron, directa o indirectamente, para hacer posible la publicación de este libro.

Quiero dedicar una mención especial a mi madre, que siempre creyó en mí y me dijo que todo saldría bien. Gracias, mamá. Tenías razón. Como siempre.

A mi amiga Samanta Marinho, que me soportó durante todo el proceso de escritura de este libro. Fueron muchos momentos de locura, y eres una excelente oyente.

Por último, quiero agradecer a mis lectoras por haberme acompañado en esta historia y por amar a esta familia tanto como yo. Son maravillosas, las mejores lectoras que podría tener.

No olviden dejar su valoración. Su opinión es muy importante para que más personas puedan conocer esta historia.